Escritos de Medianoche

Por Antonio Torres Román

Dedicado a aquellos que han sido parte
de mi vida. Mis padres, esposa, hijas, hermanos
y nietos.

Prólogo

En “Escritos de Medianoche” he tratado de rescatar relatos cortos escritos en diferentes épocas de mi vida los que he agrupado bajo este título; algunos de ellos, publicados en revistas o periódicos, otros a través de editoriales virtuales.

Estos cuentos que en total suman once, es mi intención dejar en manos de la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes en el propósito que a través de la misma llegue a conocimiento del público lector, y logren pasar un momento ameno en su lectura.

Antonio Torres Román

Indice

Hambre…… 4
NN……...11
Cristina……18
Pasajero de Palo..... 33
Corazón de Hierro..... 62
Feliz Año Nuevo Mi Amor.....82
Maleficio..... 92
La Motocicleta.....115
Los Horcs.....137
Momento Argentino.....154
Pena Capital.....176

Hambre

El frío la despertó. Tenía los pies helados. Las primeras luces del día se filtraban a través de los vidrios granulados. Aguardó un momento; luego estiró el brazo y encendió la luz. La habitación era pequeña, con una sola puerta que daba al exterior, paredes de ladrillos sin revocar. El cielo raso de cartón prensado presentaba una enorme mancha en una de sus esquinas, producto de alguna vieja gotera.

Una cama de una plaza, una mesa pequeña, dos sillas y un antiguo ropero con una enorme luna, era todo el mobiliario. Corrió las viejas frazadas con las que se cubría, levantándose. El piso de concreto estaba mojado de humedad, por lo que tuvo que colocar hojas de diario para pisar sobre él. Retiró el orinal de debajo de la cama para sentarse sobre el mismo. Al tiempo de orinar lanzó un cuesco que estalló estrepitosamente en el ambiente.

Observó su figura reflejada en el espejo. Un montón de huesos en un saco viejo, pensó. Y sintió lástima de sí misma. Su rostro macilento estaba plegado de arrugas. Tenía labios delgados y ojos pequeños de mirada triste; debajo de uno de sus orificios nasales una enorme verruga pretendía perderse entre el espeso vello que sombreaba su labio superior. !Estás vieja Pepa! ! Vaya si estás vieja!, se dijo.

En agosto cumplía ochenta. Eran muchos años. Volvió a ocultar el orinal debajo de la cama secándose la orina de entre las entrepiernas con un pedazo de media vieja. Luego se enderezó caminando en dirección a la ventana. Le dolían las piernas terriblemente, también el estómago. Las piernas por el reuma, el maldito reumatismo que arrastraba desde hacia años y que con el correr del tiempo se le hacía más difícil de sobrellevar. El estómago por el hambre, el hambre que se lo oprimía como si una tenaza de acero se lo estuviese presionando.

Llevaba tres días sin comer, alimentándose a puro mate. De seguir así las tripas se le iban a poner verdes. Los últimos pesos los había gastado enviando a un chico a comprar azúcar. Cuatro días hacia de esto, exacto, cuatro días. Fue cuando Doña Ramona, la vecina, pidió permiso para pasar a retirar unos calzoncillos de su marido que el viento había arrancado del tendedero la noche anterior, arrojándoselos a su terreno. Sí, aquello había sucedido cuatro días atrás.

Entreabrió la ventana espiando hacia afuera. Una garúa fina se dejaba caer. Vio a un obrero pasar chapaleando barro, haciendo equilibrio. Su mano derecha sostenía fuertemente un bolsón de género. Detrás de él una mujer alta, delgada, lo seguía. Cubría su cabeza una bolsa plástica rasgada en uno de sus lados, protegiéndose con esto de la llovizna.

Cerró la ventana, retirándose en dirección a la cama donde se sentó. Nuevas punzadas aguijonearon sus entrañas. El hambre seguía clamando en su interior. Se inclinó calzándose los zapatos, ya viejos, que Carlos le había regalado en una oportunidad. Luego se vistió. No hubiese podido acostarse nuevamente, el hambre y el

frío no la hubiesen dejado dormir. No tenía reloj. Carlos se había llevado el despertador, era suyo.

Cuando estaba Carlos no tenía problemas, el muchacho cargaba los baldes y la iba a buscar, pero desde que se había ido la cosa era distinta, había que cuidarla. Alguna vez Pitillo, el vecino de enfrente, cuando regresaba a la tarde de su trabajo, le hacía el favor de traer un balde o dos, según los que necesitase; pero otras veces tenía que apechugarse y traérselos ella y Dios sabía lo que costaba a esta vieja, caminar cuatrocientos metros con aquellas piernas que arrastraba como dos pesos muertos.

Abrió la puerta tirando afuera el agua que había utilizado para lavarse. Un airecillo húmedo le abofeteó el rostro. Rebelde se encontraba debajo del limonero y al verla se acercó ronroneando con la cola erecta. Haciendo mimos pasó debajo de ella para después frotar su pelaje humedecido contra su pierna izquierda. Luego entró en la habitación.

—¿Dónde has estado, atorrante? — lo amonestó suavemente, al tiempo que cerraba la puerta. Lo tomó en brazos y comenzó a secarlo con una vieja blusa que descansaba encima de la cama.— !Mira cómo te has puesto! ¡Pobre diablo!— le decía, mientras el gato ronroneaba feliz en sus brazos. Era totalmente blanco y de no haber estado tan flaco podía haberse dicho que era hermoso.

Le tocó la panza cariñosamente para continuar -¿ Qué ha estado rasguñando? ¡ Bandido! A ver, cuéntale a mamita- y lo acercaba a su rostro haciendo las delicias del felino. Hacía cuatro años que lo tenía. Antes no se movía de la casa; pero desde que se fue Carlos la cosa se había puesto mal y la bestia se había visto obligada a salir a buscar manutención.

El vapor que escapaba por el pico de la pava, le indicó que el agua estaba en estado. Depositó a Rebelde sobre el piso y comenzó a preparar el mate. Al quinto mate ya no daba para mas, se le anudaban los intestinos e hizo algunas arcadas estando a punto de vomitar. Era otra cosa lo que pedía el estómago. Una oleada de desesperación e impotencia se apoderó de ella. No tenía un centavo partido por la mitad y aun faltaban cinco días para que la Caja de Retiro comenzase a pagar. Ella tenía una pensión, no era gran cosa, pero era algo.

Había criado tres hijos. Adoptivos. Ella no pudo tener familia. El primero, Gustavo, lo adoptó en vida de Alberto. Era un chico de unos doce años de cabellos rubios y grandes ojos azules. Alberto perdió la vida en un accidente. A los cuarenta y un año había quedado reventado bajo las ruedas de un camión, dejándola con el chico y la magra pensión que hasta la fecha recibía, pero era aún joven y pudo trabajar en casa de familia.

No tuvieron grandes problemas para poder subsistir. Después del servicio militar, Gustavo se fue de improviso, sin avisar. Por un par de años no supo nada de él. Cuando recibió su primera carta remitida desde la Provincia de Mendoza, le comunicaba que se había casado. Nunca más lo volvió a ver, de cuando en cuando recibía alguna tarjeta postal para las fiestas de fin de año o para el día de la madre. Sabía que tuvo muchos chicos y que algunos ya eran grandes. Eso era todo lo que llegó a conocer de él.

Pedro fue el segundo. Se lo dejó al nacer una joven sirvienta que no quería llenarse de problemas a los 18 años. "No sabría qué hacer con él, Doña Pepa" le dijo al entregárselo. El pobre chico no había nacido bien. Vivió enfermo los siete años de su corta

existencia. Veintidós días después de haber cumplido su séptimo aniversario contrajo una meningitis que lo llevó a la tumba.

Aún lo recordaba en sus últimos momentos, con cuarenta grados de fiebre, sus manecillas delgadas apretando las suyas con fuerza mientras decía con voz entrecortada: "Mamita, mamita, tengo sed, mucha sed."

Carlos fue el último. Fue con el que estuvo más tiempo. Se lo trajo de muy pequeño su madre, un pariente que después falleció de tuberculosis. Desde pequeño le gustó el trabajo, vendiendo periódicos o golosinas en los colectivos o trabajando de peón en cualquier cosa. No era de los que se achicaban para trabajar. Siempre buscaba la ocasión para traer dinero a casa, primero fueron moneditas luego cantidades mayores.

Cuando el reuma se hizo muy agudo atacándole las piernas, tuvo que dejar de lavar ropa para afuera. Para ese entonces Carlos ya había entrado a trabajar en la Cervecería Quilmes. Tenía un sueldo seguro. Un sueldo que cobraba todas las quincenas.

Compraron el terreno, ciento cuarenta y cuatro cuotas mensuales a pagar. "Se pagan solas mamacita, ya vas a ver", le había dicho con gran optimismo.

De esto hacía cinco años, en sus primeras vacaciones compró ladrillos y edificó aquella pieza, cuando estuvo terminada se mudaron. Todo había ido muy bien hasta que apareció Filomena, aquella mujer lo había enredado. Ocho años mayor que él, casada o juntada Dios sabe cuántas veces, con una cantidad de hijos repartidos en cada hombre que había tenido, lo engatusó como a un bebé abandonando al estúpido que tenía de turno y llevándolo del hocico como a un borrego.

Así fue como un día le comunicó que levantaba todas sus pertenencias para hacer rancho aparte con aquella ramera. Tres meses habían transcurrido desde entonces, tres meses que habían sido los más largos de su vida. Y ahora sola y sin la ayuda de Carlos, comprendía que no podía bastarse con aquella miserable pensión que mensualmente recibía.

Los espasmos se hicieron mas pronunciados, estaba sentada sobre la silla y en un momento debió inclinarse, cruzándose el estómago con ambos brazos apretándoselos con fuerza, mientras una acidez cortante y desagradable se le subía hasta la garganta. Tenía que comer, no podía continuar de aquella manera.

El almacén más cercano se encontraba a tres cuadras, era donde compraba todas las cosas: desde un par de medias hasta un kilo de pan. De todo vendía Doña Celsa, pero ahora le debía 1.000 pesos nuevos y aquello era lo máximo que le fiaba. Ya le había dicho la ultima vez que se había corrido hasta el almacén. "Se acabó el crédito Doña Pepa, hasta que no salde esta cuenta no hay más mercadería". De esto hacía una semana.

Eructó y aquello la hizo sentir mejor. Se enderezó en el asiento para después ponerse de pie.

Su debilidad se traslució en un extenso mareo y tuvo que aferrarse a la mesa para no caer.

Faltaban cinco días para que comenzasen a pagar en la Caja de Jubilaciones y Pensionados.

Cinco días para que volviese a tener dinero en sus manos. También sabía que si en ese lapso de tiempo no echaba un bocado al estómago, no eran muchas las probabilidades que tenía

de llegar a esa fecha. Por un momento cruzó por su mente la idea de salir a pedir, un plato de comida no se lo iban a negar; pero sintió vergüenza y desistió. Nunca había mendigado y ya estaba vieja para empezar.

Se vio arrastrando sus piernas, golpeando las puertas de vecino en vecino, llegando a sus manos algún triste mendrugo envuelto en un regalo de consuelos y consejos, por gente que solo esperaba que se volviera para después criticarla, despellejándola en vivo. No, era muy orgullosa para tener que soportar aquello. Reflexionó sobre el suicidio. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, tampoco se sentía con valor como para llegar a eso.

El maullar de Rebelde la arrancó de su meditación, sentado a sus pies levantaba la cabeza emitiendo débiles maullidos. Se inclinó trabajosamente levantándolo del suelo. Luego se sentó nuevamente en la silla suspirando con profundidad. Comenzó a acariciarlo pasando las manos con suavidad por la cabeza y el lomo. Agradecida, la bestia se arqueaba girando la cabeza con indolencia con la que intentaba acariciar la mano de su dueña.

—¿Te gusta eh... tunante? ¿Te gusta eh...? — le decía suavizando la expresión de su rostro, mientras continuaba con sus mimos.

Recordó el día que se lo trajo Carlos. Fue para un cumpleaños suyo. Parecía un capullo de algodón en sus manos. Todavía no sabía comer por sus propios medios y aquel mismo día tuvieron que comprar una mamadera para alimentarlo.

Qué felices días. Qué triste resulta recordar los buenos momentos que se nos han escapado.

Nuevas convulsiones la obligaron a doblarse, temblaba como una hoja, al tiempo que un frío de muerte semejaba posesionarse de todo su ser. "Dios mío, que terrible eran aquellos dolores. Nunca hubiese imaginado que el hambre llegase a martirizar de aquella manera".

Miró a Rebelde que, recostado sobre su falda, aguardaba paciente nuevos mimos. Entonces lo pensó, parecía increíble que estuviese pensando aquello, era monstruoso. Levantó a Rebelde con ambas manos, introduciéndolo rápidamente dentro de una bolsa de algodón floreada que había sobre la mesa y que utilizaba para las compras. Después de tirar del cordón y cerrar el cuello de la bolsa, comenzó a palpar el cuerpo del felino con una idea fija. Rebelde empezó a maullar. Ubicó el cuello apretándolo con fuerza. Los últimos maullidos del gato resultaron escalofriantes.

Mientras despellejaba el animal se extrañó de su frialdad, no sentía lastima ni remordimiento alguno. Solo preocupación, una gran preocupación por saber de qué forma lo iba a preparar

.....

NN

Nubes blancas al cielo. Un sol radiante. La gente que pasa despreocupada, enclaustrada en sus problemas, y yo, mezclado con ellos.

Esta mañana enterraron al viejo, pobre viejo, murió en la madrugada del día anterior. Encendió la luz, saltó de la cama y se dirigió hasta la mesa donde estaba la jarra con agua, yo estaba

sobre el sillón, era el lugar donde me acomodaba para dormir. Hacia años que vivía con el viejo, lo cuidaba, era mi trabajo.

Tomó un trago de agua, sus ojos azules me miraron por unos momentos, se notaba que no se encontraba bien. En otras ocasiones había sufrido crisis parecidas; pero lo que estaba por producirse ahora me pareció que era muy especial. Se dirigió a la cama sentándose al borde de ella, sus manos se apretaron contra su pecho comenzando a respirar agitadamente. Había algo extraño en el ambiente, algo extraño y frío, lo percibía, no estábamos solos. No pude hacer mucho al respecto, realmente no pude hacer nada. Todo sucedió tan rápidamente que cuando me quise dar cuenta había fallecido. Me quede llorando a su lado, quería mucho al viejo.

Aquel día fue muy agitado, llegaron los hijos, parientes, vecinos. Al viejo no lo quería nadie, lo tenían abandonado como a un leproso en aquella habitación de paredes húmedas y frías; pero había muerto y había que despedirlo. La hipocresía es la principal virtud de los seres humanos.

Me dio mucha pena ver cuando era introducido en el ataúd. Un pariente, hombre mayor, le había bañado el rostro con vinagre para afeitarlo. El viejo no tenía buenas ropas, cuatro trapos ajados, mal remendados y mugrientos eran todo su vestuario. Lo vistieron con un traje de su hijo menor, un traje de colores vivos, chillones. ¡Qué contraste!, la muerte vistiéndose de primavera. Luego lo rociaron con perfume, que gracioso, el viejo se bañaba tan sólo para nochebuena, a veces hasta se olvidaba de hacerlo, la mugre le revocaba las piernas mientras lo envolvía un olor penetrante, tan penetrante que eran pocos los que se acercaban para conversar con él. Pero el viejo había sido feliz así, y yo había sido feliz

viéndolo en su felicidad. Por eso me parecía una tontería ver como lo acicalaban para encaminarlo hasta lo que sería su última morada.

No fue mucha la gente que se apersonó al velatorio. El viejo no era muy popular. Se preparo café en cantidades. A veces se acompañaba alguna copita del fuerte, hacia frío y aquello caía de maravillas a los concurrentes.

El ataúd tipo bovedilla en madera de pino lustrado color natural fue ubicado al centro de la habitación, sobre su cabecera, un crucifico de metal con base de pie se recostaba contra la pared, la tenue iluminación violácea de las velas eléctricas pronunciaban lo lúgubre del ambiente. Salvo la corona de flores que comprendía parte de los servicios de la casa de pompas fúnebres, no se observaba otra cosa que pudiese simbolizar un presente de despedida.

Durante mucho tiempo permanecí escondido en uno de los rincones de la habitación, la poca iluminación me protegió para pasar desapercibido. Me sentía solo, triste, destrozado.

Un río de penas inundaba mi alma, aquel viejo había sido por muchos años, todo para mí. Ahora al morir una gran parte de mi ser desaparecía con él. La mayoría de los concurrentes entraban, echaban una ojeada al viejo y se retiraban, todo era tan frío, tan falso.

Desde el fondo del ataúd el viejo parecía burlarse de aquellos rostros contritos, cuyas almas vacías y carentes de sinceridad, solo se acercaban para satisfacer un sentimiento estúpido de curiosidad.

Cerca de la madrugada el mayor de los hijos me obligó a retirarme del recinto. "Vamos" me dijo, ve a dar una vuelta por ahí. Me acompañó hasta la salida y me empujó hacia la calle. Me alejé con la cabeza gacha, los ojos hundidos, mi congoja era como una cuchilla que atravesaba lacerante mis entrañas. A los pocos metros volví mi cabeza para mirarlo, él estaba en la puerta, mirándome, erecto, en toda su elevada estatura. Me hizo un gesto con la mano para que continuase mi camino lo que yo, inconsciente, obedecí.

Cuando volví a mirar nuevamente había desaparecido. La puerta estaba cerrada. No volví a entrar más a la casa, había comprendido que no me querían en ella. Que ya no pertenecía a ella. Estuve un tiempo parado bajo el cartel luminoso de la farmacia de la esquina.

No tenía fuerzas para alejarme de aquel lugar, con el correr del tiempo me fui acercando con prudencia hasta estacionarme frente a la casa, a través de la reja que daba al jardín observé un grupo de personas conversando en voz baja, mientras pitaban con fruición sus respectivos cigarrillos, entre ellos se destacaba la imponente figura del hijo mayor.

La claridad del día se desbordó por la ciudad para encontrarme parado al borde de la calzada, el frío me calaba hasta el tuétano y hubiese sido aconsejable caminar o correr un poco. Pero mi interés era ver al viejo y en devoción a ello no me moví.

Al viejo lo sacaron a media mañana, cuatro empleados de la empresa funeraria portaban al difunto, sus dos hijos les seguían. Cargaron el ataúd en el coche fúnebre, luego fijaron la única corona del velatorio en la parte posterior del vehículo. El servicio comprendía tres coches de acompañamiento, los que pronto

fueron ocupados por deudos y conocidos. Los hijos se acomodaron en el que marchaba detrás del coche fúnebre. Los vi alejarse con esa lentitud tan singular que caracteriza los funerarios.

El cementerio no se hallaba muy distante y a mi no se me había invitado a subir a alguno de aquellos coches de acompañamiento, de manera que comencé a caminar a paso apresurado, siguiendo el cortejo.

El corazón se me hizo pedazos cuando vi bajar el ataúd. Deudos y allegados se congregaban alrededor de la fosa. El sacerdote, después de hacer la señal de la cruz, comenzó a rezar, los presentes lo acompañaron.

A cierta distancia del lugar resguardado detrás de una lápida sepulcral observaba la escena. Terminada la ceremonia el sacerdote volvió a hacer la señal de la cruz, fue después de eso cuando el hijo mayor cogió la pala de manos del sepulturero y echo la primera palada, luego entregó la herramienta a su hermano que hizo lo mismo para después regresarla al sepulturero, éste, con la parsimonia propia del asalariado que conoce su oficio, comenzó paulatinamente a cubrir la fosa.

Cuando todos se retiraron, me acerque disimuladamente hacia la tumba. Frente a la cruz de madera donde habían sido grabados los datos del viejo, me eché, hundiendo mi cara en aquella tierra aún no asentada que cubría los restos de quien me había amado y había sabido amar por tan largos años.

Estuve un tiempo así. La gente que a aquellas horas visitaba a sus difuntos me miraba extrañada, pero conociendo el dolor supieron respetar el mío.

A media tarde me alejé del cementerio, tenía hambre, hacía dos días que no comía, desde que se produjo el deceso.

No me acerqué a la casa, sobre eso estaba todo dicho, mi labor había terminado con la muerte del viejo; acercarme a ella hubiese sido violentar a alguno de sus hijos y lo más probable es que me sacasen a puntapiés.

Deambulé por las calles hasta llegar la noche. A mi dolor, se sumaba el hambre que me punzaba implacable.

En una plaza encontré un solitario como yo, digo más bien, una solitaria. Estaba echada sobre un banco aterida de frío y con sus pupilas de mirar vago, indefinidas, buscando perderse en ensoñaciones que la ayudasen a escapar de su cruel realidad.

Hicimos migas, nos entendimos, los solitarios encontramos la hermandad en nuestros infortunios. Le conté mis penas, me contó las suyas y en corto plazo paseamos juntos como si nos hubiésemos conocidos de por vida.

Aquella noche anduvimos de un lado a otro, sin rumbo fijo, por las calles de la ciudad. Conocerla a ella, mitigó el dolor que me quebraba el alma. Le conté mis planes, mis proyectos, ella me escuchó. Irme lejos muy lejos, a la campiña, huir de la ciudad para vivir en contacto más directo con la naturaleza. Ella lo aprobó.

Y aquella noche sobre los prados de un parque buscamos el calor de nuestros cuerpos y nos amábamos, desconociendo el relente frío que parecía bañar a la ciudad. La luna en el espacio infinito era como un disco de plata, dejando escapar una oculta sonrisa dentro de su pálida picardía.

Me encontraba feliz, de una manera distinta, una nueva estrella iluminaba mi destino y aquello me hacía sentir eufórico de esperanza, pleno de dicha. Mi pena parecía borrarse al tiempo que crecía este nuevo sentimiento que me embargaba.

El esplendor de un hermoso día nos recibió, el sol dejaba caer sus rayos suaves sobre la ciudad acariciando nuestros cuerpos. Ella se me acercó. Dos seres que se aman forman ellos solos un universo.

Fue en lo que podría decirse los límites de la ciudad, yo no me había dado cuenta, ella me avisó. Una camioneta color celeste nos había avistado y se acercaba a velocidad. La maldita guardia del terror. Había que huir no era cuestión de jugar con el tiempo. Corrimos ¡Dios! Cómo corrimos, pero las cartas estaban echadas y ella debilitada en su mala nutrición no estaba en condiciones de eludir a aquellos esbirros asalariados de la incomprensión humana.

Que golpe de muerte recibí en mi pecho cuando vi que los guardias la apresaban.

Enfurecido de dolor, me volví, era una locura, pero comprendí que no me quedaba otra cosa por hacer. Ella era mi felicidad. Sus ojos tristes me miraban mientras gemía con desesperación. Sus ojos tristes me seguían mirando cuando los guardias dieron cuenta de mí.

Nos subieron en la camioneta. Había otros compañeros detenidos. Nuestras miradas se cruzaban en} silencio, conscientes de nuestros destinos. Pronto comenzaría a funcionar la máquina mortal. Había oído hablar de ella.

Uno de los detenidos miró hacia arriba, hacia el orificio que había en uno de los extremos del techo del vehículo de donde provendría

el gas letal cuando fuese cerrada la compuerta posterior y quedásemos todos en la más completa oscuridad.

Ella acercó su cuerpo tembloroso al mío. Yo, henchido de rabia, alcé la cabeza con orgullo, me acerqué hacia la parte posterior del vehículo y rebelándome a mi destino, apoyé mi cabeza en los barrotes ladrando hacia el exterior mientras balanceaba mi cola con nerviosidad.

CRISTINA

Cuando nació Cristina, Ricardo tenía seis años. Era un chico inteligente, introvertido, bastante observador. No le gustó mucho la nueva compañía. ¡Claro está! Hasta el momento había sido el Rey de la casa. Todos los miramientos habían sido para él y de pronto aquel montoncito de carne rosada que gesticulaba haciendo mil monerías que llenaban de alborozo, le substraía todas las atenciones que antes eran de su exclusividad. Era natural que aquello no le causase ninguna gracia.

En algunas ocasiones lo observé detenerse frente a la cama cuna y mirar abstraído a su hermanita; daba la impresión que parecía querer penetrar en aquella mente virgen que le sonreía inocentemente mientras levantaba sus manecillas al cielo iluminando sus ojitos azules color mar.

Me atreví a comentarlo con Alicia.
—¿No te parece bastante extraña la actitud del chico desde que nació la nena?
Me miró con aquella expresión tan suya que me hacía sentir como un insecto.
-—Nunca dejarás de ser un estúpido- me contestó. Alicia era así. Era muy común en ella rociarme con una sucesión de **epítetos,** aquel era uno del más suave. Había otros que alcanzaban desde la honorabilidad de mi madre hasta ciertas zonas íntimas del cuerpo humano.
—Son celos. Imbécil. Todos los chicos son iguales - prosiguió —Ya se le pasará.
-Sí... entiendo. Es una observación. Solo quería decir que me parece que el niño se siente desplazado. Pensará que no lo queremos. Que no lo quieres. Últimamente me ha parecido ver que te has volcado mucho en la niña despreocupándote un poco de él.

Fue un acto de coraje. Mi primer acto de coraje en ocho años de casado. No sé como me atreví a decir aquello. Me parecía increíble que hubiese tenido el valor para hacer aquel reparo. También se lo pareció a Alicia. Me miró con sus ojos negros profundo, que gradualmente se fueron empequeñeciendo, mientras comenzaba a subir de presión respirando agitadamente. Levantó sus brazos, aquellos brazos rollizos, fuertes, de amazona hecha a los trabajos rudos desde su más tierna infancia. Sus ochenta kilos, veinte más que los míos, se hicieron sentir.

Me tomó de los hombros levantándome como a un pelele y acercando mi rostro al suyo. Alicia media diez centímetros más que yo, de manera que me encontraba diez centímetros distanciado del suelo. Aquellos brazos de luchadora me acercaron a su obeso rostro con connotaciones a esos inmensos zapallos colorados que

suelo ver en el mercado. Por aquel entonces temblaba como una hoja, cerrando mis ojos para no encontrarme con sus llameantes pupilas.

—¡Qué es lo que dijiste hijo de… !-
Era muy difícil que mi madre se salvase cuando **se** producían aquellos arrebatos de Alicia.
—Nada... nada querida. Me parece que nada malo- la miraba aterrorizado.

Cómo se transfiguraba aquel rostro cuando era invadido por aquellos accesos de ira. Me hacía recordar a un dragón echando bolas de fuego por la boca. Aquellos mismos dragones con los cuales mi abuelo salpicaba sus cuentos nocturnos para hacerme dormir cuando niño.

— Solo quería razonar contigo- continúe- sobre algo que a mi entender habría que corregir- esto último lo dije en un tenue hilo de voz.

Me asentó suavemente en el piso. Su rostro seguía congestionado. Vi como cerraba su regordete puño derecho. Tragué saliva. Me juré a mí mismo que aquellos eran los preliminares, que de un momento a otro aquel puño se iba a estrellar contra mi cara haciéndomela añicos. Contuve la respiración y esperé. Habrá sido un segundo, me pareció un siglo. Pero no. Dios me guarde, no pasó nada. Hizo una mueca. Una mueca de asco, una mueca bien definida, donde asunto, seguí observando por mi cuenta traslucía bien a las claras, sus sentimientos hacia mi persona.

—Vuelvo a repetirlo, eres un estúpido. No hay nada que corregir, todo está en orden. Dedícate a lo tuyo y déjame los chicos a mí.

Aquello fue todo. Dio media vuelta y se alejó. Yo no me atreví a decir esta boca es mía, pensé que había tenido suficiente.

Aunque nunca más se me ocurrió hablar del al chico**.** Su proceder comenzó a hacerse más notable a mis ojos, ya que Alicia en su obcecación, pretendía ignorar lo que estaba sucediendo, haciendo gala de una miopía delirante, centrando sus atenciones y mimos en Cristina, que a la postre, inocente ángel, mal podía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

De esta manera pude comprobar que las estancias de Ricardo frente a la cama cuna fueron haciéndose día a día más prolongadas, ahora se sentaba frente a la niña y por largos espacios de tiempo se quedaba mirándola. Un día se me ocurrió controlarlo. Estuvieron tres horas fijas sus pupilas en las de su hermana. Tres horas sin decir una palabra**.** Tan solo mirando. Sin mover tan solo un músculo de su rostro. En una expresión pétrea y no acorde a su edad. Aquello era para preocuparse y yo estaba preocupado.

Cuando entró en la habitación Alicia, que regresaba de hacer algunas compras, él se levantó de su asiento y la miró de soslayo, había fastidio en el reflejo de sus ojos al girar sobre sí mismo para retirarse, sus pupilas se encontraron con las mías, entonces me sobresalté. Aquella mirada no era la de un chico de seis años, era la mirada de un ser adulto. Quedé anonadado, no era algo que me había parecido, era algo que había visto. Con el ceño fruncido seguí su figura hasta que desapareció por la puerta de entrada.

Alicia entró, cogió la niña en brazos y comenzó a hacerle caricias, baboseándola de besos. Yo pretendí hacer ver que seguía leyendo

el periódico que tenía en mis manos. Sobre lo que había descubierto no hice ningún comentario. Hubiese sido tonto hacerlo.

Los días siguientes a aquel hecho busqué la forma de acercarme a Ricardo, tenía que comprarme al chico me dije. No podía concebir que por la ceguedad o estupidez de su madre el niño se traumatizase a tan temprana edad dejando sembradas malas semillas, que Dios sabe qué consecuencias podrían acarrear en el día del mañana.

Comencé a traerle caramelos todos los días, los cuales se los daba a escondidas de su madre. Esta complicidad dio lugar a cierta camaradería que fue naciendo entre ambos.

De esperaba todas las tardes a la hora que regreso del trabajo en el umbral de la puerta de calle. Cogía el caramelo y luego su manecilla apretaba la mía acompañándome al interior de la casa.

Si nos encontrábamos solos se sentaba conmigo en el comedor o en la cocina. Yo les hacía algunas preguntas que él me respondía. Cuando su madre hacía su entrada, desaparecía como por encanto.

Aquello parecía no preocuparle a Alicia o no se daba cuenta de ello. El caso es que los meses fueron pasando y el chico parecía mostrarse mas animado, lo que me alegraba, aunque seguía de cuando en cuanto parándose frente a la cuna de su hermana y observándola con esa mirada absorta que me destrozaba los nervios.

No digo que el chico fuese el mismo que era antes de nacer Cristina; pero aquella política de acercamiento que había practicado, había dado sus resultados positivos. Comenzó a

comunicarse, hablaba, aunque fuese conmigo y eso era importante.

Eso sí, en nuestras conversaciones nunca había hecho referencia a su hermanita. Pensé que aquello había que dejarlo pasar hasta que el tiempo me diese la oportunidad de poder hacerlo. Así que por lo tanto, Cristina, por el momento era tabú. Y aunque me mordía de curiosidad por saber que era lo que pensaba de su hermana, me lo supe guardar hasta no presentarse la ocasión. Y esta llega una tarde de primavera en que ambos nos entreteníamos en mirar, a través de la ventana, a Olivia, nuestra gata, acompañada de su cría, paseándose por el jardín con ese orgullo nato de hembra satisfecha de poder mostrar los retoños gestados en su vientre.

—Mira que hermosos son— le dije- cinco gatitos. ¿ No es maravilloso verlos acompañar a su madre, jugar y amarse como buenos hermanos que son? ¿ No te parece?-
No me contestó. Siguió mirando con la nariz aplastada contra el vidrio a la familia gatuna.
Animado trate de perseverar en mi intención.
—¡Fíjate, fíjate! ¿ Me vas a decir que no es agradable verlos jugar? Aquel, mira, el de color blanco que parece tener una corbata de moño negro al cuello. Mira como le mordisquea la cola al de color marrón con machas blancas. ¿Lo ves? Están jugando y lo hacen en forma cariñosa, a su manera, claro está. En ellos... eso, es una forma de demostrar su cariño, como buenos hermanos que son. Eso, como buenos hermanos.

Lo miré de reojo tratando de vislumbrar alguna reacción de su parte; pero no tuve suerte. No contestó una palabra. Siguió con la

mirada fija en Olivia y su cría que jugueteaban a su antojo en el jardín. Entonces traté de ser más directo.

—En todos los hermanos, los buenos hermanos, hay mucho cariño. Por ejemplo, yo estoy seguro que tú sientes un gran cariño por tu hermanita Cristina. ¿No es cierto?
Me pareció que pestañeaba; pero no estaba seguro. Su vista seguía fija en la gata y su familia.
- ¿Qué me contestas? - continúe, un poco amoscado al ver que no lograba hacerlo hablar- ¿Sientes cariño por tu hermana o no? - Esto último lo dije levantando un poco mi tono de voz.
Se dio vuelta girando su rostro para mirarme con sus ojos negros como los de su madre.
-¿Qué es cariño? -preguntó.
-¡Cariño... cariño...!¡Diablos! Vaya pregunta. Cariño es. - me tomé un tiempo antes de proseguir- es un sentimiento de afecto hacia otra persona. Es amor. Atracción hacia otro ser. ¡Demonios! Que más puedo decirte. Tú y tu hermana tienen algo en común, la misma raíz, los mismos padres, esos lazos de sangre originan de por sí un sentimiento de cariño. Están hechos con la misma carne. Como explicarte, con los mismos elementos. Son en cierta forma idénticos. -
-¡No!- me interrumpió, su vocecita sonó como un estampido en la habitación. Lo miré sorprendido.
—¿Cómo?- atiné a preguntar.
—No somos idénticos. Somos distintos.

Eso fue todo. Se apartó de la ventana y se retiró del ambiente dejándome solo. Quedé confundido entrelazando ideas que no hacían mas que confundirme más. Demonios de chico. Qué maquinaciones elaboraba aquella mente infantil. ¿Por qué habría

dicho eso? Realmente llegué a la conclusión que día a día me costaba mas entender a aquella criatura.

No volví a hablar mas del asunto con Ricardo, pensé que debía dejar un tiempo antes de hacerlo.

Para nochebuena hicimos nuestra fiesta, la de todos los años, como siempre mama estuvo invitada. Vino con Octavio mi hermano menor, veinticinco años, soltero; alquilaba con mama una vieja casa en un barrio obrero de la ciudad, y por el momento por lo que se me dejaba saber, con lo que él ganaba y con la pensión que se cobraba de mi difunto padre vivían sin preocupaciones. Tenía un hermano mayor que yo radicado en un apacible pueblecito rural del interior del país. De él solo teníamos noticias cuando se dignaba enviarnos alguna postal en la cual nos recordaba a que aún seguía existiendo.

También estuvo presente en aquella fiesta mi amigo Gustavo, viejo amigo de la casa. Nos habíamos criado juntos desde la adolescencia. Compañero de mil correrías de muchacho. La noche que conocí a Alicia, fue en una fiesta de casamiento, él me acompañaba. Habían transcurrido tres años desde que había sufrido la lamentable desaparición de su madre, desde aquel entonces, participaba en todas nuestras fiestas como si fuese un miembro más de la familia. Había atravesado la barrera de los cuarenta y todavía mantenía su celibato, con orgullo de presa que aún no se ha dejado atrapar. De estructura obesa, cabellos ralos, pronunciadas entradas y unos ojos azules profundo en los cuales parecía guardar todas las picardías del mundo.

Fue el rey de la noche. Dicharachero, alegre, ingenioso, conversador; nunca dejaba de descollar en ninguna reunión. De

todas mis amistades, Gustavo era el preferido de Alicia. Verlo llegar era iluminarse sus pupilas. Decir Gustavo cuatro cosas, era echarse a reír como una loca. Confieso que me gustaba ver a mi amigo en casa, nos levantaba el espíritu a todos. Y ya está visto que con mi mujer las cosas no andaban muy bien que digamos. Y desde aquel altercado que se había producido a consecuencia de Ricardo las cosas andaban de mal en peor. Parecíamos sombras vagando por la casa. Y cuando se me ocurría preguntarle algo, cualquier nimiedad, semejaba gruñirme. Eso es, gruñirme, como a esos perros que cuando están comiendo se les ocurre a uno molestarlos. Huelga decir que trataba de evitarla en lo posible.

La fiesta fue un éxito. Los méritos, ya están dichos, fueron de Gustavo. Él la animó en todo momento. Cristina fue la reina. Mimada por todos. De los brazos de Alicia, a los de mi madre, Octavio, y naturalmente de Gustavo, quien la tomaba en brazos con suavidad como si se tratase de una pompa de jabón para después deshacerse en caricias.

Ricardo en un extremo de la mesa, se dedicaba a comer. Con disimulo lo observé en varias ocasiones, en ninguna lo vi sonreír. Nadie tampoco se preocupó por él. Todos se centraban en las monerías de Cristina, salvo mi madre que en tres oportunidades lo convido con algunos dulces. Serían cerca de las tres de la mañana, cuando decidimos dar por finalizados los festejos relacionados con la Natividad del Señor. Acompañé a mi madre hasta la parada de taxis donde tomó uno junto con Octavio y Gustavo.

Cuando regresé a casa, Alicia había acostado a Cristina y Ricardo se había retirado a su habitación.

—Limpia la mesa, lava las vajillas. Y trata de no romper ninguna cosa— me dijo al verme llegar. Así lo hice. Ella se fue a dormir.

Fue un día después de reyes cuando se me ocurrió volver a insistir sobre aquella conversación que había mantenido con Ricardo. Paseábamos por el parque de deportes que se encontraba a unas cuadras de casa, yo había acabado de encender un cigarrillo, que aspiraba con profundidad, mientras él, muy ufano, con un par de revólveres de cebita enfundados en sus correspondientes pistoleras, regalo que había recibido el día anterior, caminaba imitando a uno de esos vaqueros que estamos acostumbrados a ver por la televisión.

—¡ Sabes! - comencé- el otro día me dejaste muy intrigado.
—¿Cuándo?
— Cuando hablábamos de cariño, de tu hermana Cristina y de todas esas cosas. Tú me dijiste que ella era distinta. ¿A qué te referías con eso?

Se detuvo, sacó los dos revólveres apuntando a un enemigo imaginario para después disparar. Sonaron los estampidos de la cebita. Luego sopló los cañones de los revólveres enfundando nuevamente sus armas.
— Ese no volverá a caminar. Otro fiambre para el enterrador.-

Arrugué el entrecejo en un gesto afirmativo.
— Sí. Tienes mucha razón— respondí. No recordaba en que serie de televisión había visto aquella escena.

Caminamos un trecho sin hablar, hasta que decidí volver a la carga nuevamente.
— Bueno... no me has contestado. Qué es lo que ves de distinto en tu hermana.

Detuvo su marcha nuevamente levantando su cabecita para mirarme a los ojos con tranquilidad, como lo hubiese hecho un adulto.
— ¿ No te has dado cuenta?
- La verdad que no - respondí.
- Sus ojos papá. ¿Es que no te has fijado?
- ¡Cuernos! ¿Qué tienen sus ojos?
- Son azules papá. Azul profundo. Nadie en casa tiene los ojos así. Los tuyos son marrones claros, los de mamá parecen negros. ¿Por qué Cristina tiene los ojos azules?

Aquello me tomó de sorpresa. Me reí. Me reí con ganas. Vaya el muchacho tonto. En las cosas que se preocupaba.
—Mira— le dije, en un tono semi burlón- No sé porque tu hermana tiene los ojos azules; pero lo considero muy normal. Supongo que se deberá a algunos genes de algún antepasado mío o de tu madre. En mi familia, mi padre que en paz descanse, la abuela, que ya conoces... bueno, quiero decir ambos, han sido dueños de ojos pardos y por lo que recuerdo de mi abuelo, por la línea paterna, los otros no alcance a conocerlos, también. En cambio por parte de tu madre, tu abuela Mariana, a quien conoces muy bien ya que estuviste en su chacra una temporada, tiene los ojos verdes. Ya ves, Cristina podría haber nacido con ojos color verde. ¿Qué me dices ahora?
— Pero no nació con ojos color verde- me contestó fríamente- Nació con ojos color azul, que no es lo mismo.

Eso fue todo. Calló y no hubo forma de sacarle una palabra. Hasta que al final, cansado de formularle preguntas sin obtener respuestas, decidí regresar a casa.

El diecisiete de mayo se cumplió el primer aniversario de cumpleaños de Cristina. Cayó en domingo. Lo que fue una suerte, de esta manera los festejos se realizaban el mismo día en que había nacido la niña, no existiendo impedimentos para nadie por razones de índole laboral.

Para aquel día Alicia había resuelto tirar la casa por la ventana. Y porque no decirlo, yo estaba plenamente de acuerdo. La niña, día a día me ganaba más y más, llegando a temer que sucediese conmigo, lo mismo que había sucedido con Alicia.

Compramos un cordero y se hizo la invitación a los parientes y amistades más allegadas a nosotros. En el faenamiento del cordero ayudé a Alicia en lo que pude. Mi madre que se había hecho presente temprano aquel día nos ayudaba. A media mañana se dejó caer Octavio junto con Gustavo. Después comenzaron a llegar los otros invitados.

Nos encontrábamos en la cocina. Habíamos abierto el cordero en dos y lo limpiábamos de sus vísceras, trabajo que hacía Alicia con la prolijidad de mujer hecha a estos menesteres. Acabábamos de descuerar al animal y yo me entretenía en limpiar el pellejo, que le había prometido a mi madre.

En un rincón de la habitación, sentado sobre un banquillo, Ricardo nos miraba en nuestro trabajo, ensimismado. A las once de la mañana mi madre inició los preparativos para encender el fuego. La parrilla la había hecho construir contra la medianera a un costado del lavadero, en un momento me había parecido una buena ubicación, después cuando la parra comenzó a desarrollarse y extender sus ramificaciones comprendí que no

había estado muy acertado. Cada vez que utilizaba la parrilla, la planta sufría los efectos de la combustión.

Para aquel entonces Alicia ya había adobado al cordero y no quedaba mas que llevarlo hasta la parrilla. Me miró en un gesto imperioso, autoritario, como diciendo, "¡Vamos gandul! ¿Que hacemos? ¿No pretenderás que lo lleve yo?" Interpreté la intención de la mirada y me dirigí hacia la salida en el propósito de llamar a mi hermano Octavio para que me ayudase a llevar la bestia hasta la parrilla.

No había alcanzado a dar tres pasos cuando escuché una de esas interjecciones soeces tan comunes en labios de mi mujer. Me volví, y la vi hundiendo un cuchillo en las cavidades oculares del animal, extrayendo así los ojos del cordero con una ligereza y limpieza que me dejo asombrado.

— Que estúpida, me había olvidado de sacarle los ojos a este bicho - dijo introduciendo uno de sus dedos regordetes en una de las fosas que ahora presentaba el testuz del sacrificado. Luego cogió los ojos que descansaban sobre la mesa con su mano derecha, y acercándose al lugar donde se encontraba Ricardo, le dijo al tiempo que abría la palma de su mano:

—¿Te gustan?
Vi como el chico se echaba hacia atrás, contra la pared en una mueca de verdadero terror.
—¿Tienes miedo?- manifestó al tiempo que se estremecía en un acceso de risa plegada de histerismo.
Ricardo se levantó de su asiento y salió de la habitación como alma que se la lleva el diablo. Alicia seguía riéndose.

—Que chico tonto— me dijo conteniendo a duras pena su hilaridad.

No dije nada, agaché la cabeza y crucé el marco de la puerta encaminando mis pasos en busca de Octavio.

A eso de la una el cordero estaba a punto. Con la unión de dos mesas se había hecho un alargue la cual se extendía debajo de la parra. Todo estaba preparado. No faltaba nada. Mi madre con sus setenta años se había movido con la celeridad de una jovencita de veinte. Insté a los invitados a que comenzasen a buscar ubicación. Había colocado la silleta de la homenajeada en la cabecera de la mesa. Alicia y yo nos sentaríamos en uno de los extremos de ésta, al lado de Cristina, Ricardo y mi madre enfrente de nosotros.

Acaban de sentarse la totalidad de los invitados, cuando un espantoso alarido nos martilleó los tímpanos sobrecogiéndonos de espanto. Nos miramos unos a otros sin atinar a decir ni a hacer nada. Sin saber por qué había comenzado a transpirar copiosamente. Un nuevo alarido, más escalofriante siguió en segundos al primero.

—¡Cristina! — grité desaforadamente. Fue un grito imponente, parecía que se me quebraban las cuerdas vocales.

Entonces vino la reacción. Se levantaron todos y todos corrimos en la dirección de donde provenían los gritos.

Pasaran años. Podrán pasar siglos. Nunca podré borrar el dantesco espectáculo que se ofreció a mi vista.

Parado al lado de la cama cuna, Ricardo extendía sus bracitos haciendo un cuenco con ambas manos en cuyo interior

descansaba una materia sanguinolenta la que pretendía mostrarme.

Cristina, pobrecita, gritaba enloquecida en su dolor. Allí donde antes descansaban aquellos hermosos ojos azules, fluía sangre a raudales, manchando su cabellera, deslizándose por sus mejillas introduciéndose por su boca, atragantándola por momentos.

Alicia estaba a mi lado. Quieta, estática, paralizada, pálida, con ese color propio de los muertos. Detrás de mí Octavio, también Gustavo. Creo que mi madre se desmayó y tuvo que ser retirada por uno de los invitados.

Ricardo se adelantó unos pasos, siempre en aquella actitud oferente.

—¡Papa! — me dijo, su vocecita sonaba afectuosa- Ahora si que es igual a nosotros. Es idéntica. Ahora si puedo tenerle cariño.

No dije nada. No tuve tiempo de decir nada. Vi como Alicia, en un grito de ira se lanzaba con furia asesina contra el niño. La alcancé a tomar de un brazo desviando el golpe lanzado, aquello salvó a Ricardo. Octavio y Gustavo también intercedieron junto con algunos invitados. Costó bastante calmarla. Al final Gustavo la empujó con delicadeza contra la pared empezando a hablarle con palabras suaves, fraternales. Hasta conseguir que la represión interna de mi mujer estallase en una sucesión de sollozos al tiempo que se abrazaba a mi amigo.

—¿Qué han hecho Gustavo?— escuché que decía, entrecortando sus sollozos- ¿Qué han hecho Gustavo con nuestra hija? ¿Qué le han hecho a nuestra querida Cristina?.

Vi como Gustavo se ponía rojo como la grana. Vi como todos se miraban entre sí. Me parecía no comprender bien lo que estaba escuchando. Recordé la conversación que había sostenido tiempo atrás con Ricardo, que aún con sus bracitos extendidos me ofrecía los ojos de su hermanita.

PASAJERO DE PALO

Capítulo I

Joaquín avanzó hacia la ventana cruzada de barrotes. El día despertaba hermoso, primaveral. Desde aquel lugar se podía apreciar buena parte de la ciudad. Las casitas de corte colonial, pintadas casi en su totalidad de blanco, descendían caprichosamente aquella pendiente hasta juntarse con las vías del ferrocarril. Mas allá, al otro lado de los rieles, comenzaba la parte comercial, lo que era conocido como El Centro, con una avenida principal colmada de negocios, algunos pequeños y otros no tanto, que resultaban ser la delicia de los turistas.

Después venían las playas. Hermosas playas de arena gris inundadas de caracolas, que bordeaban las aguas frías arrastradas

por aquella corriente oceánica que viajaba de sur a norte del continente. Aspiró profundamente, llenándose los pulmones de oxígeno. De aquel oxígeno que venía de afuera. De aquel oxígeno que por ocho años se le había negado.

El viejo estaba sentado en su camastro frente a él. Lo miraba con sus ojos pardos oscuros. Con aquella mirada resignada de aquellos que bien saben que ya nada pueden esperar..

— ¿Te vas? — preguntó.
— Así es viejo, me voy — respondió este.
-—Enhorabuena muchacho. Enhorabuena. Te voy a extrañar.-
-—Yo también viejo.
— Han sido muchos años - dijo el viejo -Tú sabes, uno se acostumbra. Vamos a ver a quién me traen ahora.

Joaquín sintió lástima. El viejo estaba de por vida. Se había salvado de la pena de muerte y le habían dado perpetua. Siendo joven trabajaba en un fundo. La esposa del patrón, mujer joven hermosa, acostumbraba bañarse en la piscina, ubicada cerca de la casa patronal. Luego tomaba baños de sol. Lo malo era que, a veces, lo hacía en traje de Eva, y así fue como un día la encontró el viejo. No se pudo contener y la quiso hacer suya. La dama se defendió y en la lucha la golpeó y la golpeó mal. Su muerte fue instantánea. Luego de tres días de persecución lograron alcanzarlo. Tuvo suerte que no lo matasen en el momento, también tuvo suerte de que no lo mandasen al paredón.

— No te puedes quejar muchacho. Has tenido suerte. Te bajaron dos años.-
— ¿Suerte?— una ráfaga de ira cruzó las pupilas de Joaquín. Llevaba ocho años de prestado, pagando una culpa ajena en aquel

maldito presidio enclavado en aquella ciudad del sur del país. Fue tan sólo un momento. Después reflexionó y la calma volvió a tomar cuerpo en él.

—Puede ser viejo, puede ser. Dos años son dos años.-

A eso de las diez de la mañana lo vinieron a buscar, se había vestido con ropa de paisano. Se sentía extraño con aquella vestimenta. Llevaba años vistiendo el uniforme del presidio, no era fácil adaptarse en el momento. Abrazó al viejo al despedirse, lo sintió estremecerse. Comprendió que lloraba. Eran muchos años juntos.

.....

El alcaide lo saludó al entrar. Era un hombre grueso, calvo, cuya mirada de absoluta indiferencia trataba de ser disimulada detrás de unas gafas de metálico armazón.

— ¿Listo para entrar en el nuevo mundo?— preguntó.
— Sí señor.
— Tuviste suerte de que te perdonasen esos años, aunque a decir verdad te lo merecías, nunca nos distes demasiados problemas.-
—Gracias señor.-
—Tienes alguna idea de lo qué piensas hacer en el futuro.
—Sí. Mi madre y mis hermanos se encuentran en San Felipe. Quiero rehacer mi vida al lado de ellos.-
—Entiendo. Bueno, cuídate. ¿Piensas viajar en el tren de las seis?-
—No hay de otra señor alcaide. El autobús da muchas vueltas y, además, es caro. Por otro lado, se debe de hacer transbordo al llegar a San Clemente y ahí se pierde como una hora. El tren a mi entender, es cómodo, más económico y, además, es un viaje directo. En doce horas puedo encontrarme en San Felipe.-

—Entonces ni hablar.- El alcaide dibujó una sonrisa al decir esto al tiempo que habría el cajón de su escritorio para coger un sobre amarillo que entregó al presidiario. - Estos son los ahorros acumulados en tus años de trabajo en el presidio. Creo que si los sabes administrar bien, vas a poder aguantarte un par de meses hasta que encuentres algo allá afuera. Cuéntalos, no quiero que te vayas de aquí sin antes decirme que todo esta correcto.-
—Gracias señor alcaide.— exclamó Joaquín, rasgando uno de los costados del sobre y comenzando a contar el dinero efectivo que había en su interior.
—Todo está correcto- manifestó al finalizar la cuenta. Luego, continuó- Nunca olvidaré cuando empecé a trabajar en el taller de la carpintería del presidio. No sabía ni cómo coger un serrucho.
—Es verdad. Pero ahora es diferente. En ocho años bien puedes decir que te has ganado él título de carpintero en toda su ley. Y eso... es un oficio que te servirá de mucho para que puedas reorganizar tu nueva vida.
— Dios lo oiga señor alcaide.
Joaquín guardó el dinero en uno de sus bolsillos extendiendo su brazo para despedirse del alcaide.
— Nuevamente gracias.
—De nada muchacho, sólo espero que encuentres la suerte que te mereces.-respondió el alcaide estrechando fuertemente la mano del presidiario.

.....

Faltaba un cuarto de hora para dar las doce del mediodía cuando las puertas del penal fueron abiertas para dar paso a Joaquín en su encuentro con la libertad. Se despidió del guardia que le había dado acceso al exterior para después caminar por la amplia plaza, sin árboles ni jardines, situada frente al presidio.

Al llegar a la parada del autobús se detuvo. Una anciana, cuyo rostro surcado de arrugas dibujaba el mapa de una sufrida vida, se hallaba en primera fila, al lado del poste de parada, a la zaga, le seguía un muchacho cargando una canasta repleta de limones. Se situó en línea detrás de ellos quedando a la espera.

Media hora demoró el transporte en hacerse presente. Era el único autobús que llegaba hasta el presidio. Su recorrido abarcaba desde el centro de la ciudad hasta el penal.

Joaquín sacó su boleto y se sentó en uno de los asientos del lado de la ventanilla. El autobús iniciaba su recorrido por lo que se encontraba vacío. La anciana se perdió en la parte posterior del vehículo. El muchacho del canasto de limones se sentó en el asiento individual delante del suyo. Al correr el vidrio de la ventanilla, la brisa fresca que bajaba de la montaña le acarició el rostro.

La Avenida Manuel Rodríguez era la principal arteria de aquella ciudad. Innumerables negocios descansaban en la misma, tratando de despertar la curiosidad de los turistas. Joaquín no la conocía. Cuando arribó a aquella ciudad ocho años atrás, lo había hecho en uno de los clásicos camiones del presidio designado a transportar reclusos, y los mismos no contaban con ningún tipo de abertura como para que alguien se decidiese a curiosear el exterior.

Estuvo caminando por espacio de horas por aquella avenida. Incursionando en diferentes negocios. Lo acompañaba el deseo de comprar algún recuerdo para su madre. Algo que hablase de aquella ciudad, y le costaba decidirse. Al fin, se inclinó por una pañoleta de seda de fondo rojo sangre. Llevaba estampado el nombre de la ciudad, también vistas locales, sin faltar, desde

luego, la figura imponente del presidio. Le pareció interesante y la compró. Pensó que a ella le gustaría.

En la estación de ferrocarril compró el boleto para San Felipe. Faltaba una hora para que llegase el tren. No llevaba ningún tipo de equipaje, había salido del presidio tan sólo con el traje de paisano. Se acomodó en uno de los asientos de la sala de espera, no veía la hora de abandonar aquel lugar y de encontrarse con los suyos. Sería una sorpresa. Ellos no lo esperaban. Miró la bolsa de papel dentro de la cual se hallaba el regalo que llevaba para su madre. Pensó que de llevarlo en la mano podía en cualquier momento perderlo, por lo que decidió sacar la pañoleta de la bolsa con la que el comerciante le había entregado su compra, y sin ningún tipo de inhibición, anudársela al cuello.

Una joven de buen porte entró en la sala sentándose frente a él. Sus miradas se encontraron. Ella se entretuvo en mirarlo fijamente con aire provocativo por lo que tuvo que bajar la vista tratando de ignorarla. Sin darse cuenta, sus ideas comenzaron a viajar en forma regresiva.

Todo había sido por cuestiones de falda. Carmela. Ambos se gustaban. La desgracia sucedió en el baile del décimo aniversario del Club Alianza. Moncho era uno de los tantos pretendientes de Carmela. Un gigante perdonavidas amigo de las acciones violentas, las que eran favorecidas por la fortaleza de su constitución. No le agradó que Carmela se fijase en él, por lo que en un momento del baile tomándolo de sorpresa, se abalanzó contra su persona cogiéndolo de la pechera y zamarreándolo como si fuese un pelele mientras vociferaba como un energúmeno.

No era cuestión de perder tiempo en argumentaciones, por lo que cogiendo una botella de vino a medio vaciar, de una de las mesas que circundaban la pista de baile, se la estrelló en la cabeza haciéndola añicos. El gigante cayó como una bolsa de patatas golpeando su anatomía contra las baldosas de la pista. Aquello desató un pandemonium en los concurrentes. Sus amigos le aconsejaron que se retirase para evitar llevar el problema a mayores. No lo quiso hacer en un principio, pero después comprendió que era lo más razonable. Mientras caminaba de regreso a su casa con las manos metidas en los bolsillos, se encontró con la uña de león que nunca dejaba de llevar. Se alegró el no haber tenido que usarla.

Los carabineros lo despertaron a las cuatro de la mañana. Al abrirles la puerta entraron como una tromba dentro de la casa, sin guardar ningún tipo de consideración. Su madre que había despertado con los golpes también se había levantado y miraba con ojos asombrados aquel allanamiento. Después de las preguntas acostumbradas comenzaron a revisar la casa. Fue en su habitación donde encontraron la uña de león. Él la había dejado sobre la mesita de luz antes de acostarse, junto con las llaves y el dinero que llevaba en los bolsillos de sus pantalones.

—¿ Es tuya?— preguntó el sargento de carabineros.
—Si.— había respondido él en toda su inocencia.
— Entonces caballero está usted en problemas. Nos va a tener que acompañar a la comisaría.

No acababa de entender lo que estaba pasando y no lo entendió hasta que no llegó a la comisaría. Alguien le había dado a Moncho el pase eterno. Alguien le había rajado el vientre con una uña de león. Fue inútil que se declarase inocente. Fue inútil que su madre

testificase la hora en que él había arribado a su domicilio. Fue inútil dejar saber que no era el único individuo que portaba una uña de león, que había miles de conciudadanos en el país que cargaban esa temible navaja, cuya forma semicircular le había servido para ganarse aquel peculiar apodo.

Lo que vino después fue todo muy rápido. En menos de un suspiro se vio pagando una deuda de la cual el no había tenido ni arte ni parte. Con el tiempo, mientras purgaba aquella injusticia, recibió carta de su madre. En la misma, con una elemental caligrafía de palotes, su viejecita trataba de explicarle como Carmela, su querida Carmela, se había casado. Su pareja, ni más ni menos, el hermano menor del Moncho.

El tren, de acuerdo al reloj de la estación, llegó con tres minutos de antelación. Por ser lunes, no eran muchos los pasajeros que viajaban en el mismo. Algunos comerciantes que bajaban de las minas de carbón hacia Rosales en busca de suplementos, también algunos indios que cargaban sus productos manufacturados para vender en la feria que se llevaba a efecto todos los martes en aquella misma ciudad.

Joaquín se acomodó en el vagón más solitario que encontró. Como había comprado el periódico local del día, comenzó a hojearlo, interiorizándose de las noticias de aquel mundo, que empezaba ya a formar parte de su nueva vida.

Capítulo II

La torta se cortó a la medianoche. Eran muchos los invitados y el tamaño de la misma no cubría tamaña voracidad. Se tuvo suerte

de que la mayoría de los hombres habían empezado a calentar el pico con buen tinto desde temprano y a aquellas alturas resultaba difícil que aquellos paladares decidiesen cambiar su derrotero. Por lo que, a pesar de todo, aquel pastel de bodas cubrió las necesidades del evento.

Los novios bailaron un vals antes de retirarse. Un auto de alquiler los esperaba a la salida. Hubo mucha algarabía cuando se alejaron. Alguien cercano a la familia dejó saber que la luna de miel la pasarían en un balneario del norte.

Tiburcio, apoyado contra el marco de la puerta de salida, fijó su vista, a través de aquella muchedumbre, en el vehículo que se alejaba. Junto a él estaba su hermano. Después de la partida, los invitados paulatinamente comenzaron a retirarse. Hasta que llegó el momento en que comprendieron que se habían quedado solos.

— Se fue la Nena-—observó Tiburcio dirigiéndose a Pablo.
— Así es hermano.
—Si padre la hubiese podido ver. Siempre estuvo orgulloso de su benjamina. Así la llamaba él.-
— Es verdad. Pobre viejo. Pero así es la vida.

Tiburcio se quedó con la mirada perdida añorando cosas del pasado. De los tres hermanos era el mayor, y desde aquel día el único soltero. Desde el fallecimiento de su padre había vivido solo con la Nena. Nunca se le ocurrió pensar que algo como esto llegaría a ocurrir. Iba a extrañar mucho a su hermana. Pablo era otra historia, había abandonado el pueblo años atrás en busca de nuevos horizontes, para terminar casándose con una capitalina con la que se había cargado de hijos y de la cual hasta la fecha no tenía conocimientos de ella.

La noche era hermosa. Una brisa cálida recorría las calles del pueblo. Tiburcio se acercó a la magnolia plantada frente a la casa y sin muchas contemplaciones desabotonó su bragueta para después comenzar a regar con orina las bases del árbol.

— ¿Está descargando el tinto hermano? — indicó Pablo.
— Puede ser.— respondió este, sacudiéndose el miembro en el objeto de vaciar el conducto en su totalidad. —Pero el que no puede descargar nada es su compadre hermano. Mírelo. Está en las últimas.

Pablo dirigió su vista al lugar donde le indicaba Tiburcio. Tendido en la acera, apoyando sus espaldas contra la pared de la casa, se encontraba Leoncio, su cuñado y compadre. Borracho. Tan borracho que había tenido que tirarse al suelo por no poder mantenerse de pie. Moviendo la cabeza a ambos lados, en un gesto de preocupación, se acercó a él.

— Leoncio, compadre. Venga, levántese. Déjeme llevarlo adentro de la casa y ayudarlo a acostarse.-
Este lo miró envuelto en su nebulosidad.
— ¿ Qué me está diciendo usted? Yo no me quiero acostar.-
Hablaba arrastrando las palabras con la entonación propia de los ebrios. — Lo que yo quiero es una hembra. Una hembra bien hecha para partirla.— continuó hablando.
Pablo entrecerró los ojos haciendo un gesto de disgusto.
—Está bien compadre, está bien, pero no le parece que es mejor dejar eso para mañana. A dónde va a encontrar usted algo así a estas horas.
—¿Es que en este pueblo no hay un lugar para ir a descargarse?-
Tiburcio que se había acercado preguntó:
—¿ Qué es lo que le pasa?

-—Nada que pueda hacer en sus condiciones. Anda pidiendo mujer.
—¡Diablos! Eso sí que está bueno. Si apenas se puede tener en pie.
—Es lo que trato de darle a entender.
— Vaya el socio que se trajo hermano.
-—Le doy toda la razón Tiburcio, pero qué quiere que le haga, es el hermano de mi mujer.-
—Pues... usted verá lo que hace con él.
— Lo conozco Tiburcio. Es mas testaduro que una mula. Si se le pone algo en la cabeza termina saliéndose con la suya.-
—En ese caso se la va a tener que amarrar si se siente tan bravo, porque lo único que tenemos por aquí es la Casa de Cristal, y eso está bastante retirado como para acercarse por allí a estas horas.-
— Va a ser un problema Tiburcio. Va a ser un problema. Yo conozco a este cabrón.
Tiburcio se sonrió.
Únicamente que se le ocurra cabalgar a la india Sofía.-
—¿ Cómo es eso?
—Vive a unas pocas cuadras de aquí. Es más vieja que Matusalén y más fea que un espanto. Hace cualquier cosa por poder comprar su dosis de tinto. Y lo bueno es que lo puede hacer en su casa. Tú no la conoces porque llegó después que te fuiste de aquí. Dicen que en su juventud fue meretriz bien pagada y otras cosas más. Ahora es un deshecho que se cae a pedazos. Si le damos unos buenos pesos, no se va a enojar porque la despertemos a esta hora y probablemente nos haga el favor.-
—Le hará el favor a mi cuñado querrás decir.
-—Bueno, es un decir. Eso sí, siempre que no se nos muera del susto.
— No me venga con eso hermano. Con el alcohol que tiene este

cabrón en el cuerpo se apareja con la novia de King Kong y ni se da cuenta.
— Entonces ni hablar, ayúdeme a levantarlo y ahí vemos como lo hacemos caminar hasta la casa de la india. Aunque, a decir verdad, no sé porque hacemos todo esto. Con la mama que lleva, la vieja Sofía lo va a tener que acunar porque de seguro que se le queda dormido encima de ella.

Sonrió Pablo ante la observación de su hermano llegándose hasta Leoncio para ayudar a Tiburcio a levantarlo.
— ¿ Adónde vamos?— preguntó este al encontrarse de pie.
— ¡ Vamos compadre! No andaba usted buscando partir mujeres.
—Así es cuñado, así es.— Entonces acompáñenos que allá vamos.

Mientras ayudaban ambos hermanos a mantener de pie a Leoncio, en la trayectoria hasta la casa de la india Sofía, Pablo comenzó a reflexionar sobre la figurita que tenía como cuñado. Diciéndose para sus adentros que no había sido un buen negocio haber traído a aquel bueno para nada al casamiento de su hermana.

Siete años atrás Pablo había abandonado Caletas cansado de siempre lo mismo, de un pueblo que no ofrecía ni mucho ni poco, por lo que rompiendo un día su monotonía, cogió el tren que iba hacia el norte en busca de mejores oportunidades. Es así como, después de diferentes tumbos en su azarosa peregrinación, terminó estableciéndose en la capital. Oportunidades no podría asegurar a aquellas alturas que las hubiese encontrado, pero lo que sí encontró fue una mujer con la cual se casó y que por cada año de convivencia le había sabido ofrecer un hijo, por lo que podía decirse en aquellos momentos a ciencia cierta que su vida no era precisamente un paraíso. Máxime cuando aquellos

angelitos que se dejaban caer año tras año faltaban a la promesa de la consabida sentencia de que todo recién nacido debe de traer un pan debajo del brazo.

Cuando su hermano lo invitó al casamiento de la Nena, sintió que no debía faltar, ya lo había hecho tres años atrás al no asistir a los funerales de su padre. Claro, existían problemas económicos, pero eso siempre iba a existir. Por lo que esta vez decidió no figurar como ausente. Su mujer lo comprendió, como también comprendió que resultaba mas que imposible la asistencia de toda la familia. Gastar dinero en boletos de tren para viajar hasta Caletas era demasiado oneroso para sus bolsillos, aunque se excluyese de pagar boletos a los dos más chicos, por no alcanzar aún los dos años de edad. Esa fue la razón por la cual desistió del viaje, ofreciendo en cambio a su marido la compañía de su hermano, lo que Pablo aceptó, no de muy buena gana conociendo como se las gastaba aquel hermano político. Claro que, si no contaba con muy buena disposición hacia su cuñado antes del viaje, en el trayecto del mismo y en su estadía en Caletas, su estado de ánimo se había agravado de tal manera, que consideraba a Leoncio peor que un dolor de muelas.

La casa de la india Sofía solo podía ser calificada como un pequeño rancho hecho de adobe de un solo ambiente, que la suma de años a cuesta habían iniciado en diferentes partes de la construcción pequeños desmoronamientos.

Pablo comprendió lo que su hermano le había querido decir cuando se explayó sobre este personaje. La mujer se ganaba el adjetivo de horrible y no se pecaba por ello. De edad incalculable, dependía del ángulo en que se la mirase, podía pasar por sesenta y sin andarse en exageraciones hasta los chenta.

Abrió la puerta de su casa al recibirlos restregándose los ojos como si quisiera arrancarse con ello el sueño que la invadía. Tiburcio fue quien le habló. Si en su primer momento se hubiese sospechado que existía un dejo de malhumor en ella por haber sido despertada a aquellas horas, este fue borrado como por arte de magia después de las primeras palabras de Tiburcio. Pablo la vio sonreír, comprobando entonces que le faltaban todos los dientes de su maxilar superior.

—¿Todos?— inquirió señalando el grupo.
— No, no. Tan solo el joven.- aclaro Tiburcio.
La mujer a estas alturas totalmente despierta, miró a Leoncio como cazador que estudia su presa. Este totalmente borracho se aferraba a Pablo para poder mantenerse de pie.
—No va a ser fácil- dijo la mujer dirigiéndose a Tiburcio.— Al muchacho se le fueron las copas. Quien sabe tome tiempo.-
— Tómate el que quieras.
—Entonces la paga va a tener que ser doble.-
—De acuerdo. No vamos a discutir por eso.

Ayudado por ambos hermanos entró Leoncio al interior del rancho, siendo acostado sobre un desvencijado camastro, cuyas mantas malolientes impregnaban de aquel olor el ambiente.

Antes de retirarse los hermanos, Leoncio cogió a Pablo de la muñeca para decirle:
—¿Está buena la yegua eh?
—¡Una barbaridad!- exclamó Pablo, alzando la mirada en una expresión sorpresiva.
—Ahí te lo dejamos Sofía.— indicó Tiburcio.
—No hay cuidado, no hay cuidado. Tan pronto el muchacho se

desahogue, los llamo. Esperen afuera. La noche está divina. Veré si puedo apurar el trámite.-

Ya en el exterior, los dos hermanos se sentaron a los pies de una higuera. Tiburcio sacó un paquete de cigarrillos convidando uno a su hermano.

— Vaya el socio que se echó hermano.— dijo Tiburcio al tiempo que encendía un cigarrillo.
—No me lo recuerdes.- respondió este, encendiendo a su vez el suyo.

Durante cerca de tres cuartos de hora los dos hermanos se entretuvieron en recordar gratas épocas del pasado. Serían cerca de las cuatro de la mañana cuando escucharon el ruido de la puerta frontal del rancho al abrirse.

—¡ Por fin! — exclamó Pablo— ¡Demonios! Vaya estómago el de mi cuñado para perder su tiempo con ese espantajo. Me resulta imposible creer que por más borracho que esté una persona, no alcance a ver la realidad que tiene frente a él.
— Lo entiendo Pablo, pero así son las cosas.

Los dos hermanos abandonaron su posición de descanso poniéndose de pie. La india se llegó a ellos con la cabeza gacha.

— Te tomaste tu tiempo Sofía.— señaló Tiburcio.

Esta alzó la vista mirándolo de frente, y aquella mirada cargada de temor y preocupación hizo comprender a los hermanos que algo fuera de lo común estaba sucediendo.

—¿Qué pasa Sofía?— preguntó Pablo.
— La demora fue porque no estaba en condiciones. Pero cuando

lo pudo hacer lo hizo.
—¿ Entonces?
— Es que se ha quedado dormido. Hace quince minutos que trato de despertarlo y no puedo..
— Sólo faltaba esto— exclamó Tiburcio.— Vamos Pablo, cojamos a ese cabrón y llevémoslo para casa.

Encaminaron sus pasos hacia la vivienda, seguidos por la india Sofía que trataba de alcanzar sus pasos.

Al entrar a la choza vieron a Leoncio tirado en la cama boca abajo. Pablo se acercó inclinándose para darlo vuelta empezando a sacudirlo. Al ver que no reaccionaba, aumentó la violencia de los sacudones.

—¡ Leoncio despierta! ¡Demonios!

Totalmente fuera de sí al ver que no reaccionaba le aplicó un par de bofetadas al rostro. Fue Tiburcio quien logró llevarlo a la calma.

—Tranquilo. Tranquilo hermano.
—Que tranquilo ni que ocho cuartos, este maldito ya me ha sacado de quicio.
—Tranquilo, tranquilo. El no le está escuchando.
— Pues me va a tener que escuchar.
— Calma hermano. Calma. El no le va a poder escuchar. Fíjese en la palidez de su rostro. El ya se fue.
— ¿Cómo? — exclamó este, deteniendo el zamarreo y mirando a la cara de Leoncio.
—No se da cuenta hermano. El ya es difunto.
Pablo soltó el cuerpo de Leoncio, el que fue a golpear contra el espaldar de la cama, mientras daba un salto hacia atrás con ojos llenos de terror.

—¿ Muerto? — balbuceo.
Arrinconada en una esquina de la choza, la india Sofía al escuchar la noticia comenzó un lastimero llanto, el cual se fue elevando hasta adquirir tonalidades de agudos alaridos que arrastraban reminiscencias de las costumbres de su raza.

.....

Fue muy difícil para Pablo poder asimilar la situación. El imprevisto lo había dejado totalmente descolocado.

La llegada de los carabineros casi simultánea con la del forense lo encontró en un estado de depresión absoluta, como si hubiese sido vaciado por dentro. Vanos eran los esfuerzos de su hermano por consolarlo, como vanos eran también los esfuerzos de Tiburcio por querer acallar a la india Sofía que continuaba emitiendo aquellos agudos alaridos que rompían el silencio de la noche.

El dictamen médico fue conciso y explícito. Un ataque cardíaco. Mucho alcohol en el cuerpo, sumado a la vehemencia de querer verticalizar una postura horizontal en momentos en que aquel organismo no se encontraba en condiciones de poder soportar este tipo de desatinos. Después de tan científica explicación, el forense extendió el certificado de defunción que dejó en manos de Pablo. Acto seguido cogió su sombrero abandonando el lugar.

Fue en aquel momento, en que el Sargento de Carabineros se acercó a Tiburcio, dibujando una amplia sonrisa en su rostro moreno y mofletudo para entregarle una tarjeta comercial, de una de las dos funerarias del pueblo; diciéndole que la misma podía hacerle un buen precio si dejaba saber que venía de su parte, ya

que su dueño era precisamente, primo suyo y hombre de muy buena voluntad.

.....

Serían cerca de las diez de la mañana cuando Pablo llamó a su mujer desde la Central Telefónica de Caletas. Utilizó para ello el teléfono comercial de Don Morón, dueño del almacén ubicado a dos viviendas de su casa.

La comunicación telefónica con su mujer fue un verdadero desastre. Llantos, gritos, lamentos, sumado a la terminante imposición de traer al difunto a la capital a como diése lugar. Donde se le harían sus funerales, bajo la asistencia de la prolífera familia con la que él contaba en aquella área; pero que por nada del mundo fuese a dejarlo en aquel prdido pueblo del sur del país.

Cuando dejó saber a Tiburcio aquella disposición, este tan sólo enarcó las cejas con despreocupación, extrayendo de uno de sus bolsillos la tarjeta comercial que horas antes le había sido entregada por el Sargento de Carabineros.

No difirieron mucho los estimados de ambas funerarias. Cuestión de monedas. Pero eso sí, sirvieron para aclarar el conocimiento de Pablo, quien se llegó a convencer de que llevar a efecto la orden de su mujer resultaba ser una absoluta locura. Ambas funerarias dejaron saber que el traslado del difunto desde Caletas hasta la capital, comprendía el cruce de innumerables municipios y que cada uno de ellos cobraba un determinado impuesto. Por lo tanto, el vehículo que atravesase todos esos municipios, al llegar a destino, sumaría tal cantidad de pagos en impuestos, los cuales abultarían una astronómica suma, que no estaba él en condiciones de poder pagar.

—¿ Qué vas a hacer?— le preguntó Tiburcio.
— Esa es una buena pregunta. ¿Qué es lo que me aconsejas?
—Lo que te pueda aconsejar no cuenta. Lo que tú decidas hacer es lo que cuenta. Y te diré, es una situación bastante difícil. En lo que a mí respecta, no me gustaría estar en tus zapatos.-
—Es verdad. Pero... ¡ Demonios! No puedo atravesar todos esos municipios con el cadáver de mi cuñado y pagar los impuestos que cada uno de ellos me aplique. En primer lugar, porque mi situación económica no me lo permite. En segundo lugar, te diré, que aunque lo pudiese hacer no lo haría. Es un robo. Un disparate.

—Lo entiendo hermano; pero quien tiene que entenderlo es tu mujer. ¿Qué le vas a decir cuando te aparezcas ante ella con las manos vacías?
— ¡Maldición! Sé lo que me quieres decir.
—¿ Qué le vas a decir? - volvió a insistir Tiburcio.

Pablo aplastó la colilla de su cigarrillo contra el cenicero de lata que descansaba sobre la vieja mesa de madera, que a falta de una pata apoyaba su cuerpo contra las maltratadas paredes de la choza. Aún se encontraban en la vivienda de la india Sofía. Al no haber concretado nada hasta el momento, con ninguna de las dos funerarias del pueblo, no habían querido retirar el cuerpo del difunto; por lo cual Leoncio continuaba acostado en el mismo camastro donde había sufrido el deceso, con la salvedad de que esta vez había sido cubierto de los pies a la cabeza con una vieja y descolorida sabana, que alguna vez pudo haber llegado a ser blanca.

La india Sofía, no pudiendo soportar aquel estado de cosas había decidido trasladarse a casa de ciertas amistades, dejando a los

hermanos dueños y señores de su casa hasta que todo volviese a su cauce normal.

— Es terrible, pero no se me ocurre nada.— dijo al fin Pablo, que había guardado un breve espacio de silencio ante la pregunta de su hermano.—De dejar a este desgraciado aquí, significaría romper con mi mujer de por vida. De eso estoy seguro. La conozco muy bien. No me lo perdonaría.

Tiburcio dejó traslucir un gesto de asentimiento dando a entender que muy bien comprendía de lo que estaba hablando.

—Tienes razón.- dijo al fin— No te lo perdonaría. avanzó unos pasos cabizbajo con los brazos cruzados, para detenerse y perder su mirada en actitud reflexiva en una de las esquinas de la choza.

Pablo, que no dejaba de observarlo, vislumbró algo extraño, diferente, en su semblante, por lo que se sintió obligado a preguntar:
—¿ Se te ocurre algo?
Tiburcio se volvió fijando sus pupilas en él. La ironía de una sonrisa había comenzado a iluminar su semblante.

—Sí. Vas a decir que es una locura; pero no lo es. No es nada nuevo. No es una idea que me haya ocurrido en el momento. Es algo que otros ya lo han hecho. Yo he escuchado de eso en alguna oportunidad, no recuerdo dónde, pero yo sé que alguien me habló de eso con anterioridad.
—¡Demonios hombre! Todo está muy bien. ¿ Pero, de qué se trata?
-—Transportar al difunto hasta la capital.
—Chocolate por la noticia. ¿ De eso estábamos hablando no?-
-—No. Nosotros hablábamos de empresas funerarias. En esta idea

que te ofrezco se puede prescindir de ellas.
—Bueno, no sé si llego a entenderte; pero sospecho que me estás hablando de un transporte, algo así como un taxi o algo parecido. Meter el cadáver de mi cuñado como un pasajero más y después tratar de atravesar todos esos municipios de incógnito. Si es eso, te diré Tiburcio que no es mala idea; pero existen dos pormenores. Primero, encontrar en este pueblo tan chico el individuo que esté dispuesto a contravenir esas ordenanzas que lo pondrían fuera de la ley. Segundo, lo más importante, que si llegase a encontrar la persona dispuesta a realizar ese macabro viaje, estoy seguro que querría ser bien remunerada. Por lo que vuelvo a dejarle saber hermano, que mi situación económica está por debajo de lo deplorable.- al decir esto Pablo se metió las manos en los bolsillos sacando estos para fuera en su afán de consolidar sus palabras.
— En verdad hermano estaba pensando en un transporte, pero nada que ver con lo que usted me ha dejado saber.
— ¿ Ah no? ¿ Y cuál es ese transporte entonces?
— El tren.
—¿Cómo?
La fisonomía de Pablo sufrió tal transformación, que Tiburcio no supo definir si la misma entraba en los terrenos de la comicidad o del dramatismo.

—¿ Se ha vuelto usted loco hermano? ¿ Se le ha tostado la sesera? Cómo pretende que haga yo algo así. Estamos hablando de querer trasladar el cadáver de una persona, no de trasladar un canario enjaulado.
—Lo comprendo hermano. Sólo le pido que me escuche antes de prejuzgarme.
—De acuerdo. Adelante.
—Mira Pablo, el tren llega por aquí como a eso de la una de la

mañana. Como tú sabes es el ramal que baja de las minas de carbón. El expreso que viene del sur pasa por aquí como tres horas después; pero ese no nos conviene. Pues bien, el que se detiene en Caletas a la una, generalmente viene vacío, ya que la mayoría desciende en Rosales. Si haces memoria, recordaras que todos los martes se hace la feria de granjeros en ese pueblo.-
—Es verdad.
—Muy bien. Si cogemos el cuerpo de tu cuñado, tu por un lado y yo por el otro haciéndolo pasar por borracho, podemos después subirlo al tren y sentarlo en uno de los asientos. Luego usted se sienta a su lado para cuidarlo, si logramos eso, puedes después hacer el viaje desde Caletas hasta la Capital, sin que nadie sé de cuenta de la verdad. Ya encontrándose en la capital, sólo necesitarías que los allegados a tu esposa, utilizando la misma triquiñuela te ayudasen a bajarlo.
Pablo arrugó primero el entrecejo en un gesto reflexivo, después cambiando su expresión dejó escapar una irónica sonrisa.

—Eres un loco Tiburcio. Pero me agrada la idea. No está mal, tiene cabida. Con un poco de suerte se puede dar.
— Estoy seguro que sí muchacho. ¡Vamos! Empecemos a preparar el teatro. Ayúdame a vestir a tu cuñado, después llama a tu mujer explicándole cómo están las cosas y lo qué tienen que hacer.
— Está bien.— respondió este poniéndose de pie. Su semblante se había iluminado de optimismo.

Eran la una y diez minutos cuando el tren proveniente del ramal de las minas de carbón hizo su aparición en la estación de Caletas. Pablo y Tiburcio aguardaban en la sala de espera. Leoncio, impecablemente vestido, había sido sentado en uno de los dos largos bancos que había en la sala dejando que su anatomía se

apoyase contra uno de los rincones de la pared, dando la impresión de que dormitaba placenteramente. Ambos hermanos se encontraban a su lado, tratando de corregir cualquier anormalidad que sé pudiese presentar y que los pudiese delatar.

.....

La llegada de los dos hombres soportando a un tercero, hecho una uva, hizo levantar la vista a Joaquín y detener su lectura del periódico que traía en sus manos y que había distraído en buena parte la pesadez del viaje. El borracho fue sentado del lado de la ventanilla. Uno de sus acompañantes se sentó a su lado.

— Muy bien Pablo, creo que esto es todo.— exclamó el más viejo de ellos, había cierta amargura en el tono de su voz.
—Gracias Tiburcio. No me queda más que confiar en la suerte.
—Adiós hermano. Cuídate.—Tiburcio se despidió con un fuerte apretón de manos, luego se retiró sin mirar atrás.

Pablo se dedicó a acomodar lo mejor posible a su cuñado, bajándole la visera de la gorra con la cual habían cubierto la cabeza del difunto. En un momento dado al girar sobre sí mismo, se encontró con la mirada inquisidora de Joaquín.

— Se le fue la mano en los tragos —dijo a modo de disculpa con cierto desgano.
— Se ve- respondió Joaquín, adoptando cierto aire de indiferencia.— ¿ Tiene un viaje largo?
-—Vamos a la capital.
—¡Oh! Yo bajo mucho antes. En San Felipe. Es la próxima estación, pero todavía tenemos como tres horas.
— ¡ Ah si! Conozco la ciudad.— manifestó en un tono expresivo y cortante, volviendo a dedicar su atención en su compañero.

Joaquín pareció entender que aquel hombre no era precisamente un amigo de las charlas que comúnmente se practican en un viaje, por lo que volvió a fijar su atención en el periódico que hasta el momento lo había estado acompañando.

Pablo no las tenías todas consigo. Estaba nervioso. Terriblemente nervioso. Además, aquel individuo con la pañoleta roja anudada al cuello y sentado frente al cuerpo sin vida de su cuñado, no contaba para nada con su simpatía. No sabía, porque pero esa era la verdad. Era como si un mal presentimiento se le estuviese anticipando.

Se hallaban sentados en uno de los dos primeros asientos, ubicados a la entrada del coche, por lo que al volverse pudo apreciar en toda su extensión la cantidad de pasajeros que había en el mismo. Prácticamente se encontraba vacío. Además, del individuo de la pañoleta roja, su cuñado y él, tan sólo tres pasajeros más viajaban en aquel vagón. Dos eran mujeres, las cuales dormían el sueño de los justos, el otro, un viejo de raídas ropas y espesa barba gris, quien sentado en el cuarto asiento de la hilera opuesta, tan sólo se concentraba en empinar una casi terminada botella de vino tinto. Por ese lado se sintió tranquilo. La falta de pasajeros lo beneficiaba, ya que de esa manera, se dijo, sería más fácil disimular el paquete con el cual viajaba.

Serían las tres de la madrugada cuando, cansado de su posición, decidió desperezarse abandonando su postura. Estaba por lo demás aburrido. Durante casi dos horas había cuidado del cadáver de su cuñado, quien no le había ofrecido ningún tipo de problema, ya que se había mantenido inamovible conservando la misma disposición con la cual se lo había dejado desde un principio. Lo que lo alegraba, ya que de continuar las cosas en ese estado,

podrían llegar a la capital sin contratiempos, además, de poder contar con un cierto descanso en la plataforma del coche sin que se presentase algún percance que pusiese todo al descubierto.

Por lo que después de levantarse y de echar una ojeada a su cuñado y a Joaquín, quien se había quedado dormido arrinconado en una de las esquinas del asiento, se dirigió al exterior del coche dispuesto a tomarse un descanso en la plataforma del mismo. La brisa fresca de la noche le acaricio el rostro.

El tren en su alocada carrera devoraba kilómetros, pasando ante sus ojos una sucesión de sombras impenetrables. El presagio de una tormenta había cubierto las luces del firmamento. Encendió un cigarrillo que aspiró con fruición, para lanzar después al espacio una espesa bocanada de humo. Aquello lo hizo sentir mejor.

.....

Cuando Joaquín despertó, entreabrió los ojos con pesadez dejando que la pálida iluminación del coche vagón penetrase en lo más recóndito de su cerebro. En un acto prácticamente instintivo se restregó con ambos puños los mismos tratando de arrancar de una vez la somnolencia que lo dominaba. Después de un breve bostezo y de recoger el periódico que había caído al piso, trató de aclarar sus ideas incursionando en lo que tenía a su alrededor.

Se fijó en Leoncio y observó que este continuaba en su estática posición, por lo que se despreocupo de él. El viejo andrajoso había terminado con la botella de vino, durmiéndose, para recostarse a todo lo largo de su asiento. Las dos mujeres continuaban meciéndose en brazos de Morfeo. Tomó en cuenta la ausencia de Pablo por lo que se dijo que el mismo debería de estar cumpliendo

necesidades fisiológicas o tal vez cogiendo fresco en la plataforma del coche.

Fue en el momento en que el tren disminuyendo su velocidad, circundaba el Lago Del Indio, cuando sucedió lo inesperado.

Se encontraba mirando su reloj de pulsera, observando que de acuerdo a sus cálculos no faltaba mas de media hora para arribar a San Felipe, cuando un brusco movimiento, producto posiblemente de algún problema de rieles, hizo saltar prácticamente el vagón. Fue algo esporádico, fugaz, pero suficiente para que el viaje de regreso al hogar del ex-presidiario tomase un giro totalmente diferente. El sacudón lanzó el cuerpo inerte de Leoncio contra él, quién cogido de sorpresa solo atino a abrazarse al difunto.

—¡Epa! ¡Tranquilo! ¡ Despierte hombre! — se le ocurrió decir, empujando suavemente a Leoncio contra su asiento, quien volvió a recuperar su antigua posición; pero la rigidez y la total falta de flexibilidad de aquella anatomía dieron paso a la más amarga sospecha del ex-presidiario.

—¡ Demonios!- exclamó inclinándose hacia el difunto y levantando los párpados de este. Un estremecimiento recorrió todo su ser al tomar contacto con la frialdad mortal de Leoncio.— ¡ No puede ser! —murmuró más bien para sí mismo, luego de examinar las pulsaciones del muerto.-—¡ Dios! ¡ No puede ser!- volvió a repetir- ¡ No puede ser!

Alzándose en toda su estatura con las pupilas inundadas por el terror de lo que todo aquello representaba para él en aquellos momentos, miró a su alrededor. Fijó su atención en el viejo y las dos mujeres cerciorándose de que estos continuaban durmiendo como benditos y no lo pensó dos veces. "Es que no tenía por qué

pensarlo. No señor. A él no le iban a endosar otro muerto. Ya sabía cómo se las gastaba la ley. Venía de pagar ocho años de presidio por una culpa que no era la suya. Ocho años, sí señor. Ocho años que no quería volver a repetir. ¡ Maldita la mala lecha que lo había parido! ¡Maldita suerte perra!".

Volvió a cerciorarse de que todo el mundo seguía durmiendo antes de decidirse. Luego con la mayor celeridad que le fue posible, abrió la ventanilla del lado del asiento de Leoncio y cogiendo a este por la nuca y el trasero lo despidió sin muchos miramientos hacia el exterior. En aquellos momentos, el tren se encontraba transitando el puente de hierro que la compañía de ferrocarril había construido para atravesar el lago de un extremo a otro en su parte mas angosta; por lo que los restos del infortunado Leoncio después de golpearse contra la estructura metálica del mismo, se deslizaron hasta caer en el espacio, terminando por hundirse en las frías y profundas aguas de aquel lago andino.

Acto seguido cerró la ventanilla volviendo a fijar su atención en los pasajeros. Al asegurarse de que estos continuaban durmiendo y de que no habían llegado a ser testigos de aquella acción, recuperó, en parte, algo de su calma; por lo que cogiendo el periódico volvió a sentarse, observando una posición de lector que estaba muy lejos de ser real, ya que su única verdad era contar los minutos que faltaban para llegar a San Felipe.

.....

La noción del tiempo se le había escapado de las manos. Apoyado en las barandas de la plataforma del coche había desahogado sus ansias de fumar en una continua cortina de humo levantada a través de cigarrillo tras cigarrillo. Sabía que tenía que entrar y

comprobar que todo continuaba en orden en el interior del vagón; pero lo había estado dejando pasar, minuto a minutos y de esta manera evadiendo ese desagradable tiempo de tener que sentarse al lado del cadáver de su cuñado.

Acababa de finalizar su cuarto cigarrillo, cuando escucho el aviso del empleado del ferrocarril que venía anunciando, vagón tras vagón, que en los próximos minutos el tren arribaría a la ciudad de San Felipe, aquello lo hizo reaccionar decidiendo al fin, pasar al interior del coche.

La entrada de Pablo al vagón fue desconcertante. Después de mirar detenidamente el lugar donde se suponía que debería estar su cuñado, cerró los ojos con fuerza como si con ello quisiera despejar la visión que se le ofrecía, al abrirlo y observar que nada había cambiado, se volvió hacia Joaquín, quien de pie y con el periódico en la mano, dejaba traslucir su intención de abandonar el lugar.

—¿Qué paso con Leoncio, mi cuñado?— alcanzó a balbucir.
—¡Oh! ¿ Su amigo?— respondió este con sorprendente serenidad.— No hace más que unos momentos que sé despertó. Le dolía la cabeza. Me dijo que iba a salir a tomar un poco de aire.

Las palabras de Joaquín brotaron con tal naturalidad que Pablo no supo que decir por unos instantes.

—¡ No puede ser!— dijo al fin, en forma atropellada, explosiva.- Yo estaba en la plataforma y no lo he visto.
—No. Él cogió en sentido contrario. Debe de estar del otro lado— continuó Joaquín en su fría exposición.

El tren se había detenido y algunos viajeros comenzaban a descender. El guarda del ferrocarril ahora anunciaba a voz de cuello, el arribo a San Felipe.

—Bueno, con su permiso caballero.—indicó Joaquín.— Lo que es por mi parte, he llegado a mi destino.— Con fría parsimonia comenzó alejándose del lugar para después apearse del coche. Ya en él andén, se llenó los pulmones del oxígeno fresco de la mañana, después, encaminó sus pasos hacia la salida. A pesar de su aparente frialdad, no podía desprenderse de la imagen tétrica de Leoncio, por lo que apuró el paso, como si con ello, pudiese borrar de su mente aquella macabra impresión.

Pablo lo siguió con la vista, viéndolo alejarse por el andén hasta perderlo definitivamente. Un escepticismo absoluto lo dominaba, pero a pesar de ello se dirigió en la dirección que le había señalado Joaquín. Se sentía desfallecer, su energía parecía haberse desvanecido. Su corazón palpitaba sin control, asemejando una maza tratando de abrir una brecha para escaparse de su pecho. Un dolor inmenso atravesaba su cabeza como si algo dentro de la misma fuese a estallar en mil pedazos.

.....

El tren llegó con algún retraso. Eran las once de la mañana cuando la locomotora hizo su entrada en la Estación Central. Los pasajeros se apearon con la naturalidad del caso. Ninguno de ellos se percató de que las autoridades del ferrocarril habían solicitado la atención de los carabineros, para que arrestasen a un desequilibrado que había recorrido todos los vagones desde que salieron de San Felipe hasta su arribo a la capital, y que según decía "estaba buscando el cadáver resucitado de su cuñado".

El reloj de la Estación Central marcaba las once y cuarto en el momento en que los carabineros entregaron a dicho sujeto a empleados del Hospital de Salud Mental del Municipio capitalino, quienes no se tomaron muchas contemplaciones en colocarle una camisa de fuerza antes de llevárselo.

.....

CORAZON DE HIERRO

Capítulo I

Anthony McGlothin, embajador de los Estados Unidos en aquel pequeño país caribeño, miró a través de la ventana mientras fruncía el ceño preocupado. Por unos momentos su vista se detuvo en el oscuro jardinero nativo que había sido recientemente contratado para cuidar los jardines de la embajada; pero aquello fue tan solo un momento. Eran muchas las preocupaciones por las que estaba atravesando como para perder su tiempo observando el trabajo de aquel insignificante personaje. Apartándose de la ventana, encaminó sus pasos hacia el escritorio abriendo la caja de cigarros que descansaba sobre el mismo. Eran de los buenos. Venían de Cuba. A pesar de los cuarenta años de castrismo y de las tristes relaciones que mantenían Washington y la Habana,

siempre había gozado de buenos contactos como para que nunca llegase a faltarle un buen cigarro cubano. Luego de coger uno, lo encendió, aspirándolo con fruición mientras se extasiaba con el aroma del tabaco.

—Pues bien, capitán Walker— indicó, dirigiéndose al agregado del Departamento de Defensa, que de pie frente al escritorio, había estado aguardando pacientemente sin interrumpirlo en sus reflexiones.— Como usted comprenderá, la situación es bastante delicada. No debemos permitir dentro de nuestras posibilidades, de que ese hombre se nos muera. No justamente ahora. Debemos hacer hasta lo imposible por salvarlo. El ha sido por años, un excelente colaborador de la CIA y no podemos ignorar que le debemos innumerables favores dentro de la política que hemos estado desarrollando en la zona del Caribe. Además es una pieza que juega un papel muy importante en estos momentos para nosotros, y de llegar a fallecer, muchas cosas que nos convienen terminarían evaporándose.

—¿Qué se puede hacer Excelencia? Lo único que sabemos es que se encuentra en terapia intensiva y que su estado es muy delicado.- dejó saber el capitán Walker.
—¿Pero qué fue lo que paso? Porque hasta el día de ayer por lo que tengo entendido, se encontraba en perfectas condiciones. ¿Puede usted clarificarme eso?
—Bueno... -el capitán Walker suspiró profundamente, oxigenándose los pulmones antes de continuar. Como si con ello quisiera tomar fuerzas para lo que tenía que decir.— Ayer él tuvo una fiesta en su casa de campo, Excelencia. Usted sabe, una de esas fiestas privadas que él acostumbra realizar y que no creo que escapen a su conocimiento.
—Está bien, está bien. Abreviemos.

—Pues bien, en esa fiesta se encontraba la teniente Patricia Wilde, que como usted sabe forma parte de mi plantel de colaboradores y que por lo visto era una de sus especiales invitadas.
-Muy bien, eso si que ya es una novedad.
—Por lo que la teniente me dio a entender en la conversación que mantuvimos hace un par de horas, — continuó el capitán Walker- es que entre bromas y copas, terminó ella entrelazada haciendo arrumacos en la lujuriosa cama de agua de su anfitrión.
—¡Cuernos! Eso ya es mas que una novedad.
— Pero no todo terminó ahí, Excelencia. Lo peor es que el hombre decidió superar todo tipo de record erótico habido y por haber. Y para eso, comenzó a ingerir una píldora de Viagra detrás de otra. El resultado ya lo conoce. Lo tuvieron que llevar con los pies para adelante. Por lo que tengo entendido. Su estado es bastante critico.
—¡ Maldición!- vociferó el embajador McGlothin dejándose caer malhumurado en el sillón giratorio situado frente al escritorio.- ¡Sexo! ¡Siempre sexo! Este mundo es un manicomio. Y ese imbécil qué demonios se creía al tragar las píldoras de Viagra, que estaba embuchando bombones de chocolate.
—Sabrá Dios, Excelencia. El caso es que lo hizo.-
—Si, eso es verdad.- asintió el embajador levantando la cabeza para lanzar una densa bocanada de humo. Luego agregó.- Solo esperemos que ese estúpido logre salvar el pellejo. Pero... hágame un favor capitán Walker.
—Usted dirá, Excelencia.
—Por el amor de Dios. Saque de mi vista a esa colaboradora suya. La teniente Patricia Wilde. Mándela usted donde mejor le plazca. Si quiere aceptar un consejo, envíela en misión especial a Kenia, Uganda, Tanzania, estoy seguro que en esos lugares va a encontrar nativos dispuestos y bien equipados que sabrán

complacerla.
—Sé lo que me quiere decir Excelencia. Seguiré su consejo.
El embajador McGlothin siguió con la vista al capitán Walker hasta que este hubo desaparecido detrás de la puerta de entrada. Al encontrarse solo, dio rienda suelta a su furia, descargando la misma contra el resto de cigarro que tenía en sus manos, el que aplastó sin consideración contra el cenicero de cristal que descansaba sobre el buró.
Cuando recobró la serenidad, se avergonzó de haber tenido aquel ridículo acceso de iracundia. Por lo que decidió tomar las cosas con más frialdad. Comprendió que su mejor opción sería visitar el sanatorio y ver en que condiciones se encontraba el paciente. Tenía que seguir muy de cerca el caso. Probablemente Washington, antes de finalizar el día, le exigiese una exposición completa de la situación.
El director del Sanatorio Rockefeller, doctor Albizu, salió al encuentro del embajador McGlothin al enterarse de que este transitaba por los corredores de la clínica.
—¡Excelencia!— exclamo en un tono totalmente servil, lo que se comprendía, si tomamos en cuenta que el Sanatorio Rockefeller, prácticamente subsistía a través de las donaciones recibidas por empresas y bancos americanos.— ¡ Excelencia!— volvió a repetir.—¿Qué lo trae a usted por aquí?
-Un interés nacional. ¿Me comprende?-
—Desde luego Excelencia.
—¿Cómo se encuentra?
—Muy delicado Excelencia. Muy delicado. Estamos tratando por todos los medios de normalizar la situación, pero cada minuto que pasa se nos hace más difícil. Creo que vamos a tener que practicar una segunda operación.
—Sálvelo doctor. Sálvelo.

—Es lo que estamos tratando Excelencia. Pero creo que vamos a necesitar ayuda. Necesitamos a alguien que esté sobre nuestros conocimientos. Es por eso que estamos tratando de comunicarnos con diferentes especialistas en el campo de la cardiología, en la esperanza de que puedan venir a nuestro país a ofrecernos sus servicios.
—Llame a quien tenga que llamar, doctor Albizu. Lo único que importa es que lo salve.- observó el embajador en un tono cortante y autoritario.

Capítulo II

De pie ante el patíbulo, lanzó una mirada a todo aquello que lo rodeaba. Al otro lado de los cristales de aquel recinto mortal se alcanzaban a ver periodistas y algunos invitados especiales, todos cómodamente sentados en aquellas butacas forradas en terciopelo, mas apropiadas para el teatro Nacional de la Opera, que para la sala destinada a los invitados a presenciar los últimos suspiros de un condenado a la pena capital. Al fijar su atención en la concurrencia, pudo palpar la ansiedad que ofrecían sus semblantes, cada uno de ellos guardaba en lo más recóndito de su ser el gozo interno de poder ser testigo de aquel espectáculo. Del lado interior, guardias, el alcalde, un sacerdote católico y entre ellos, aquel siniestro personaje que ocultaba su faz detrás de una capucha negra. El verdugo.

La escena estaba preparada y él, era el personaje primordial. Él, Manuel Saldarriaga, el líder, el guerrillero, el hombre a quien el pueblo en su reconocimiento por haber mantenido una línea de conducta justa y generosa lo había sabido bautizar "Corazón de Hierro". Si, Manuel Saldarriaga, el guerrillero, que había luchado por aquel pueblo que amaba; contra la opresión, contra la tiranía

de aquel carnicero, que durante mas de dos décadas había practicado los más abominables crímenes que se pueden cometer. Los crímenes del General Sebastias. Si, el General Sebastias, aquel monstruo que había asesinado a mansalva durante veinte años, segando mas vidas en ese tiempo, de las que pudo haberse llevado la epidemia de viruela acaecida a principios de siglos. Lo que era mucho decir. Y ahora él, Manuel Saldarriaga, el líder de quien todo un pueblo había confiado, siguiéndolo en la esperanza de poder encontrar un futuro espléndido, estaba derrotado. Sintió pena, mucha pena. Muerto el líder, era como lanzar a ese pueblo hacia la orfandad. Diez años de sacrificio y de lucha, terminarían aquel día suspendido ante aquella fatídica horca.

La adversidad, comenzó a hacerse presente en el momento en que el General Sebastias llegó a un acuerdo con los americanos, en el cual les cedería por veinticinco años a título de préstamo la isla de Malvarrosa. Una verdadera joya natural por su incomparable belleza panorámica sumada a ciertos valores históricos dentro del desarroll de antiguas civilizaciones precolombinas. Por lo tanto, la isla Malvarrosa después de aquel acuerdo, pasaría a pertenecer, supuestamente temporal, dentro de la jurisdicción del gobierno de los Estados Unidos. En la intención de servir a prácticas militares o a ciertos experimentos de orden bélico no muy bien esclarecidos por el Pentágono. Claro que, una de las cláusulas del contrato, era que el ejército de esa nación, colaborase con los esbirros del General Sebastias para sofocar los brotes guerrilleros que durante diez años se habían incrementado en el sudeste del país, llegando a constituir en los actuales momentos un gran peligro para la tranquilidad de su gobierno.

Aquello dio la pauta para que la guerrilla comprendiese que las cosas no podían continuar desarrollándose dentro del orden

acostumbrado. Así lo entendió también Manuel Saldarriaga al tener conocimiento de aquel acuerdo. Aquella concordancia entre ambas naciones, volcaba la balanza a favor del tirano y muy poco podía hacer la guerrilla para subsistir ante la intromisión de aquel poderoso participante. Diez años de contienda donde millares de vidas habían sido inmoladas en su afán de encontrar el camino hacia la democracia, se desmoronaban como un castillo de naipes mal armado. Por lo que decidió, coger el toro por las astas y en una acción por demás descabellada, atentar contra la vida del dictador, antes de que aquel convenio fuese firmado. Muerto el perro se acabo la rabia.

Habían transcurrido hasta la fecha, cinco días desde el momento en que cuarenta guerrilleros en una acción al estilo kamikase, se habían lanzado contra el palacio presidencial, bajo una sola consigna. Asesinar al General Sebastias. Entre aquellos valientes, iba él.

Todo había sido correctamente planeado. El operativo se decidió efectuar al iniciarse la semana. Pero algo falló. Un traspié, el estúpido traspié de un compañero, que al caer de bruces había dejado disparar su arma. Eso había sido como dar el toque de alarma. El grupo rebelde atravesaba en aquellos momentos el muy bien cuidado parque ubicado en la parte frontal del palacio presidencial, cuando cientos de luces fueron encendidas dejando a aquellos cuarenta bravos a merced de los sicarios del General Sebastias. Tan solo tres se salvaron de aquella masacre. Él fue uno de ellos y a pesar de encontrarse en la zona mas aventurada de aquella balacera, había sido favorecido con la suerte por no contar con herida alguna.

Lo que vino después, es fácil imaginárselo. Un juicio super rápido. Un juez y un jurado que en este caso sobraba. El fallo. Sentenciado a la pena capital. Algo que por demás no sorprendió a nadie. Pero eso sí, no el clásico fusilamiento que era lo tradicional en el país. No. La pena había sido la horca. Una ejecución denigrante, algo mas bien para ser aplicado a maleantes o traidores, y no a quien había dirigido a un pueblo en sus cantos de libertad. Los compañeros supervivientes a aquella matanza habían sido ajusticiados el día anterior. Él había sido reservado para el final.

Desde luego, que no dejaba de admirar la celeridad con que había actuado el gobierno del General Sebastias, ya que después del quinto día de haberse realizado el ataque al palacio presidencial, ya había sido juzgado, condenado y camino de ser ejecutado. Sucediéndose todo dentro de una diligencia que no solo lo había sorprendido a él, sino al país entero.

Volvió a lanzar una mirada despectiva a los observadores que se ofrecían a través de los cristales, luego fijó su vista en los guardias y en el alcalde.

—Tienes algo qué decir.— preguntó el alcalde.
—Muerte a los tiranos. Viva la democracia.—respondió el condenado. Después siguió su camino desatendiéndose de la máxima autoridad del presidio.

El sacerdote, le hizo la señal de la cruz antes que comenzase a subir los peldaños. Allá arriba, la sombría figura del hombre de la capucha, lo esperaba.

El accionar de la palanca que dejó caer la trampa de madera donde él se encontraba parado, fue el acabose. Sintió el golpe, como si algo se quebrase en su interior. La asfixia.

Alcanzó a ver figuras que se movían turbiamente a su alrededor. Después, nada. Una quietud absoluta. Pero lo más extraño, lo que no alcanzaba a comprender era esa sensación de desdobles que lo dominaba. Sabía que aún estaba ahí. De que aún era parte de aquel cuerpo suspendido de una cuerda. De que aún era Manuel Saldarriaga, "Corazón de Hierro". Pero había algo que lo confundía, porque aunque llegaba a comprender que la totalidad del ente había perdido parte de su integridad, seguía conformando una composición híbrida entre aquel cuerpo muerto y algo incorpóreo que respondía a la esencia misma de su persona. Y lo más curioso, es que aunque existía el deseo de querer desprenderse de aquella armazón que lo había acompañado en el transcurso de su vida, se le hacia difícil hacerlo, hallándose prácticamente prisionero dentro de la misma.

Muchas veces el tema de la muerte lo había llevado a mantener profundas conversaciones en el afán de encontrar una respuesta. Y aunque se había acostumbrado a respetar todas las creencias que sobre la materia se ofrecían, su sólida formación nihilista, le impedía aceptar que después del mas allá pudiese existir algo. Pero ahora, se sentía totalmente desconcertado al comprender que no todo terminaba después del último suspiro.

Luego de la ejecución y antes de que se hubiesen retirado el total de los visitantes, se hicieron presente cuatro hombres con vestimentas de enfermeros quienes lo liberaron de aquella maldita cuerda, para después recostarlo sobre una camilla movible la que

empujaron por diferentes corredores, hasta alcanzar el patio frontal donde se hallaba estacionado un coche ambulancia.

No pudo precisar cuánto tiempo estuvo viajando, pero al finalizar del recorrido, alcanzó a ver en grandes letras de molde doradas el nombre de la clínica que había sido su destino. Sanatorio Rockefeller. Aquello lo dejó sorprendido. Aquel era uno de los sanatorios más costosos del país, donde si uno se descuidaba, eran capaces de pasarle factura por el solo hecho de usar sus excusados.

Trató de reordenar sus pensamientos tratando de hallar una respuesta a lo que estaba sucediendo; pero antes de que esta se ofreciese, fue acostado en la mesa de operaciones de uno de los quirófanos de la clínica siendo rodeado por media docena de facultativos.

Una enfermera alta, delgada, cuyas recias facciones acartonadas dejaban traslucir cierto corte masculino, enjabonó con un hisopo su cuerpo exánime, desde el pecho hasta la rodilla. Después de aquella primera etapa, comenzó a rasurarlo con una prodigiosidad admirable capaz de dar envidia al mas capacitado barbero. Finalizado aquel proceso de asepsia se predispuso la anatomía dejándola en condiciones para la futura intervención quirúrgica.

No le costó mucho comprender qué es lo que estaba por suceder. Uno de los facultativos, el más alto de ellos, ubicándose a la cabecera de la mesa de operaciones explicó al resto de los presentes en la forma en que la incisión se llevaría a efecto.

Acto seguido cogiendo el escalpelo, dibujó un corte transversal a todo lo largo de su naturaleza.

Aunque fue totalmente insensible a la acción por su estado corpóreo, el solo hecho de ver como se profanaba aquel cuerpo que no hacía muchas horas formaba parte de su ser, lo hundió en la más terrible depresión, a tal manera, que intentó nuevamente escapar de aquella situación.

Pero como había sucedido con anterioridad, le fue imposible hacerlo. Era como si su esencia etérea, se encontrase fuertemente ligada a aquella materia inanimada que descansaba sobre la mesa de operaciones.

La labor del facultativo fue por lo demás excelente, con una habilidad lo que dejaba entrever la extremada experiencia que poseía dentro de aquel campo de la cirugía, extrajó el corazón, el que después de enfriarlo fue depositado dentro de un recipiente con una solución especial.

Concluida la operación, un enfermero trasladó el recipiente con el órgano supuestamente a otro quirófano para su transplante. El equipo médico que había tenido responsabilidad en aquella labor, culminada la misma, abandonó el lugar.

Es así como Manuel Saldarriaga se encontró solo en aquella sala de operaciones dentro de aquel armazón del cual no podía desprenderse. Pensó en su corazón, y en sus reflexiones se dijo que lo único que lo alegraría era saber que el mismo llegase a beneficiar a alguna alma generosa.

Dos enfermeros lo trasladaron a la morgue. Se preguntó cuánto duraría aquel estado de cosas, no podía concebir que su ente quedase ligado a aquella masa inerte que ya comenzaba a dar ligeras muestras de descomposición.

La respuesta le llegó al día siguiente. En el momento en que en su manoseada anatomía era depositada en un económico ataúd de pino, se produjo el desprendimiento. Fue algo que lo cogió de sorpresa. No lo esperaba. En cierta forma se había resignado a aquella nueva disposición. Entonces recordó viejas historias escuchadas en su pueblo en su época de infante. Historias que hablaban de la muerte, de los espíritus. Historias que aseguraban que el alma del difunto necesitaba velar su cuerpo por veinticuatros horas antes de abandonarlo. Se sintió perplejo al recordarlo. Aquellos pueblerinos de antaño, sin contar con muchas luces, estaban mucho más cerca de la verdad que los grandes científicos del mundo.

Lo que vino después le resulto más incomprensible. Se convirtió en algo volátil. Como si su composición estuviese conformada por una masa de gas carente de gravedad. Comenzó a sentirse empujado hacia el espacio. Quiso regresar a título de curiosidad; pero le resultó imposible, una fuerza extraña lo empujaba más y más hacia el infinito. La tierra llegó a convertirse en un puntito, algo así como una átomo perdido a la distancia. Después nada. Tan solo la inmensidad del espacio y aquel viaje que lo conducía hacia lo incógnito. Su nueva morada.

Capítulo III

Anthony McGlothin arribó al Sanatorio Rockefeller después del mediodía. Lo acompañaba el Agregado del Departamento de Defensa, capitán Walker.

El rostro del embajador se saturaba de alegría. Había recibido los últimos informes médicos y estos navegaban dentro del más absoluto optimismo. Por lo que no resultaba difícil comprender su estado anímico.

Se encontraban ambos hombres transitando la división destinada a cardiología, cuando les salió al encuentro el director del establecimiento, doctor Albizu.

—Buenos días señor embajador— saludó con su tradicional servilismo.

El Embajador McGlothin respondió con una leve inclinación de cabeza al tiempo que extendía su mano.

—La operación de transplante fue un éxito señor embajador- comenzó explicando el director del sanatorio.- El doctor Bronstein, que como ya sabe es una eminencia en cardiología en su país, fue llamado para hacerse cargo de esta operación. La misma alcanzó una duración de siete horas y el paciente se encuentra en estos momentos en un estado favorable. Se le están aplicando regularmente los inmune supresores y... crucemos los dedos, no se ha observado ningún tipo de rechazo.
—Maravilloso. Esto si que es una buena noticia. ¿Se puede hablar con él?-
El director del sanatorio se encogió de hombros.

—Esa es una respuesta que sólo puede dársela el doctor Bronstein. Pero acompáñeme para que el mismo pueda contestar esa pregunta.

El doctor Bronstein lo recibió en la oficina que el sanatorio le había asignado. Alto, delgado cuya edad bien podía oscilar entre los

sesenta a sesenta y cinco años, se caracterizaba por sus ojos pardos de mirar profundo. Lo atendió con extrema amabilidad, volviendo a subrayar lo que con anterioridad le había dejado saber el doctor Albizu. Los resultados de la operación, que había sido practicada el día anterior, eran hasta el momento totalmente positivos. El paciente había descansado normalmente en la noche, despertando aquella mañana dentro de una regularidad aceptable. No se habían presentado hasta la fecha ningún tipo de rechazo y de continuar en esa disposición, probablemente en un par de semanas, estaría cumpliendo sus funciones habituales.

Cuando el embajador le preguntó si podía mantener una breve conversación con el paciente, este le contesto que no veía el inconveniente, pero que iba a tener que esperar aproximadamente cerca de una hora ya que en aquellos instantes se hallaban higienizándolo.

Anthony McGlothin dio por aceptada la resolución medica accediendo a aguardar el tiempo convenido.

La entrada del embajador y de su acompañante, el capitán Walker, vistiendo mascarilla, batas y guantes, fue observada con indiferencia por el paciente, quien recostado sobre la cama, nunca se le ocurrió sospechar quienes podrían ser aquellos nuevos visitantes. Fue cuando el embajador dejo oír su voz al saludarlo cuando sus ojos se movieron inquietos y curiosos fijando su vista en él.

—¡Cristo! embajador McGlothin, capitán Walker. ¡Vaya sorpresa!--Sorpresa es la que usted nos dio- se apresuró a responder el capitán Walker.
—El capitán quiere decir que nos hizo pasar un mal momento.

Imagínese, a punto de dar termino a nuestras negociaciones, las que ya habían sido aceptadas por Washington, y pasarle esto.-
—Lo siento. Nunca fue mi intención. Además, creo que pronto seré dado de alta, y así podré firmar los convenios acordados.-
—Eso me suena a música celestial.— acordó el embajador riendo.
—Me alegro. Entonces deje de preocuparse por eso embajador McGlothin.
—Lo haré. Delo usted por hecho. Solo me resta decir, que espero su pronta recuperación general. Que goce usted de excelente salud y que tengamos General Sebastias por muchos años.-
—Y así será embajador. Así será. No olvide que mi nuevo corazón viene con nombre "Corazón de Hierro" eso quiere decir mucho. -

Y al decir esto sé echó a reír siendo acompañado en aquel acto de regocijo por los visitantes.

—Muy bien capitán Walker. A Dios gracias, creo que podemos dar esto por terminado.— manifestó el embajador McGlothin en el momento en que abandonaban el sanatorio descendiendo las escalinatas de mármol que se hallaban a la entrada del mismo.
—Realmente no podemos negar que hemos tenido suerte.— dejó saber el capitán.
—Es verdad. Muy diferente hubiese sido si ese imbécil se nos muere. Ahora podemos decirle al Pentágono que ya pueden retirarse de Vieques. Y así cortamos por lo sano con los reclamos de los puertorriqueños, que como sigan en ese tren nos van a crear un problema internacional.
—Tiene mucha razón señor embajador. Nunca falta quien pueda sacar provecho en este tipo de circunstancias. Y no pretendamos ignorar lo que es una gran verdad. Hay mucho descontento por eso.
—Es verdad capitán. Pero ahora seamos optimistas y adelantemos

la noticia. Comuníquese con el Pentágono y dígales que en un par de semanas tendrán la isla Malvarrosa a su disposición para bombardearla a su antojo en sus prácticas militares.-
—Descuide. Hoy mismo se los dejaré saber.

El doctor Bronstein fue llamado al hotel donde se hospedaba, aproximadamente cerca de las once de la noche, precisamente en el momento en que se decidía a cepillarse los dientes.

La voz del director del Sanatorio Rockefeller, doctor Albizu, se dejo oír del otro extremo de la línea. Su tono traslucía preocupación; dejándole saber en breves palabras que el sistema inmunológico del general Sebastias, había iniciado un rechazo destructivo al órgano implantado con consecuencias catastróficas. Por lo que se había trasladado al paciente a la sala de operaciones, solicitando por lo tanto que ante dicha urgencia, se hiciera presente en la brevedad posible.

No se tomó mucho tiempo el doctor Bronstein en hacer acto de presencia, comenzando por reducir los lapsos de tiempo fijados en la aplicación de inmune supresores, en la necesidad de disminuir la capacidad defensiva del organismo. Pero todo fue inútil. Después de luchar casi una hora en su obsesión por salvar aquella vida, el electrocardiógrafo mostró la total ausencia de pulsaciones. Y fue en vano que aplicase eléctricos shock o que abriese el tórax tratando de reactivarlo inyectando drogas estimulantes al órgano transplantado. Nada de eso resultó. Su último intento, guiado por la impotencia que lo embargaba, fue tratar de masajear personalmente con sus manos el músculo cardíaco. Pero todo fue en vano. El general Sebastias ya se había ido. Exhausto, se dejó caer ante una silla que descansaba en uno de los rincones de la sala. El doctor Albizu, al igual que el resto del equipo de

colaboradores, comprendiendo el estado de depresión en que se encontraban el especialista norteamericano, decidieron dejarlo solo en su amargura.

Sumido en un profundo estado de abatimiento, el doctor Bronstein trataba de justificarse a sí mismo, diciéndose de que había hecho todo lo que estuvo a su alcance para salvar aquella vida. Se encontraba en aquel estado de reflexiones, cuando escuchó un sonido. Algo semejante a leves golpecitos casi imperceptibles, que fueron aumentando de volumen segundo a segundo.

Sorprendido, descubrió que los mismos provenían del cadáver del general Sebastias por lo que avanzó hasta el occiso deteniéndose a curiosear el espacio abierto en el tórax. Lo que vio lo dejó atónito. El órgano trasplantado al general Sebastias había comenzado a funcionar. Primero en lentas contracciones que aumentaban paulatinamente de velocidad.

Estaba por llamar al doctor Albizu y al equipo de colaboradores ante aquella novedad, cuando descubrió que a pesar de las contracciones y del bombeo, aquel corazón no impulsaba ningún tipo de fluido sanguíneo a través de sus arterias. Intrigado cogió la aorta presionándola en su intento de verificar si lo que había descubierto podría ser verdad o tan solo fruto de su imaginación. Fue entonces que retrocedió espantado, comprobando que sus sospechas estaban en lo cierto. El corazón latía, era verdad. Pero en su función, no impulsaba sangre. Era como una bomba de agua trabajando en vacío. Tratando de comprobar que no había error alguno en sus conjeturas, tomó el pulso del general, dando este hecho confirmación a sus sospechas. El general era un cuerpo muerto. Tan muerto como lo podía estar la momia de Tutankamon. Cosas de brujos se dijo, y aunque no era hombre de creer en esas

cosas, decidió terminar con el hechizo. Por lo que cogiendo el escalpelo, corto la vena cava, la aorta y todas las demás conexiones dejando libre el corazón el cual extrajo de su natural posición para depositarlo sobre el lavabo de acero inoxidable que había en la sala. Y entonces lo increíble. Cuando pensó que todo había terminado, vio como este en su estado independiente descansando sobre el lavabo, continuaba manteniendo contracciones como cualquier corazón normal.

El doctor Albizu regresó a la sala de operaciones media hora después de haberse retirado. Mucho le extraño hallar al doctor Bronstein sentado en un rincón del quirófano con los ojos inmensamente abiertos en una expresión de absoluto desvarío; pero más le extraño encontrar el corazón que otrora había pertenecido a Manuel Saldarriaga, el guerrillero, con un escalpelo clavado en su centro. Desconcertado pidió al doctor Bronstein una explicación por ello. Pero la respuesta del especialista norteamericano fue totalmente incoherente, por lo que decidió ignorar lo visto y no profundizar sobre el tema. Además, al fin de cuentas, esa masa de carne sanguinolenta, a esas alturas, no era mas que material inservible con futuro de basural.

Aquella mañana el embajador McGlothin, recibió la noticia precisamente en el momento en que se encontraba desayunando en el comedor de la embajada.

No se extraño de ver al capitán Walter dirigiéndose directamente hacia su persona, pero si lo inquietó la expresión desencajada que ensombrecía su rostro.

—¿Qué le sucedecapitán? —preguntó— Parece que hubiese visto usted a un fantasma. Reanímese. Se supone que en el día de hoy

debemos estar alegres.
—¿Entonces no está usted enterado todavía señor embajador?.
—¿Enterado? No sé de qué está hablando. ¿Qué está sucediendo?
—Un lamentable infortunio señor embajador. El general Sebastias falleció esta madrugada.
—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo? ¿Se ha vuelto loco?
—Bien quisiera estarlo señor embajador. Pero no, lo que acaba de escuchar guarda la más absoluta verdad. Hubo un rechazo total contra el órgano implantado. Esta mañana me informaron desde el sanatorio que se trató de hacer lo imposible por salvar la vida del general Sebastias; pero que todo fue inútil. El doctor Bronstein se encuentra deshecho y se niega a hablar con nadie, ni a conceder ningún tipo de entrevista, sea este quien sea.
—¡Maldición! ¡Maldición! ¿Cómo pudo suceder esto?
—Pero eso no es todo excelencia. La noticia ha corrido como reguero de pólvora. El pueblo se ha enterado de la muerte del general, lanzándose a las calles para después invadir el palacio presidencial tomando posición del mismo al grito de "Corazón de Hierro". Además, la guerrilla, desplazándose desde el sudeste en diferentes grupos, se encuentra en estos momentos en las inmediaciones de la capital. Si usted sale, podrá observar un pueblo entero alzando sus voces en cantos de libertad y democracia.
—¡Maldición! ¡Maldita sea! Capitán Walker ¿De qué me está usted hablando? ¡Por amor de Dios! Déjese de paparruchadas. ¿Qué es eso de libertad y democracia? ¿ A quien le importa eso? Por favor, capitán Walker, no diga mas gansadas. El negocio, eso era lo importante. Y nuestro negocio ha naufragado. ¿No se da cuenta de eso?.
—Plenamente embajador.

—¿Y los partidarios del general Sebastias? ¿Qué es lo que han hecho? El ejército, la marina, la fuerza aérea. Ese montón de parásitos. ¿Qué decisión han tomado?
El capitán Walker pestañeó repetidas veces antes de contestar.
—Algunos huir. Otros se han pasado a las fuerzas revolucionarias.
—Lo que me faltaba— murmuró el embajador McGlothin dándose una palmada en la cabeza.

Por unos momentos fijó su vista en la taza de café que sostenía en sus manos. Luego preguntó: -¿Quién está al frente de los rebeldes?-
—Saldarriaga. Héctor Saldarriaga. Primo de Manuel Saldarriaga. Y por los informes recibidos, un fanático idealista.
—Un fanático idealista. Eso me gusta capitán. Si, eso me gusta. Creo que no debemos de preocuparnos. Dejemos que las cosas entren en su curso normal.
—¿Está usted seguro señor embajador?
—Como que me llamo McGlothin. Solo debemos esperar que el tal Héctor Saldarriaga se instale en el palacio presidencial. Démosle tiempo. Después iremos a visitarlo. Usted terminara comprobando que estoy en la razón.
—No sé, tengo mis dudas. Dicen que es un hombre muy correcto. Cuenta con algo que el general Sebastias nunca conoció.
—¿Qué puede ser?
—Integridad.
—No me venga con payasadas capitán Walker. En que época está usted viviendo. ¡Integridad! ¿Qué es eso? Déjeme poner en un platillo de la balanza la integridad de ese individuo y en el otro, una buena cantidad de dólares, y después usted me cuenta de que lado se vuelca la balanza. Integridad. ¡Por favor¡ Esa integridad yo la desintegro con dólares.-

El capitán Walker se encogió de hombros.

—Pueda que tenga razón.
—La tengo capitán Walker. Llevo cuarenta años de carrera diplomática y he tenido que patear muchas piedras en el camino. Sé lo que estoy diciendo. Pero es mejor que dejemos de lado esta conversación. Es preferible que empecemos por comunicar a Washington esta desagradable noticia. Llame usted al Pentágono y déjeles saber que aunque es de lamentar, van a tener que continuar bombardeando Viequer. Por mi parte, le comunicaré al señor Presidente que la operación Malvarrosa por el momento ha sido postergada.

Al finalizar de decir esto, sorbió él ultimo trago de café para después levantarse de la mesa y saludar, abandonando el lugar. El malhumor se traslucía en su semblante. El capitán Walker ni se tomó el cuidado de seguirlo con la vista. Reflexionando sobre las palabras dichas por el embajador, pensó que mucho se alegraría saber que este se hubiese equivocado.

.....

Feliz Año Nuevo Mi Amor

Domínguez recostado sobre el mostrador fijaba su atención en las ultimas noticias impresas en el matutino del día. Levantó la cabeza al ver entrar al anciano.
—¡Buenos días Don Jorge! ¿En que le podemos servir?— sonrió mostrando su despareja dentadura.

Había doblado el periódico para después esconderlo en alguna parte debajo del mostrador.

—Vengo por algunas cositas— replicó este.

La despensa era pequeña pero bien aprovisionada. Se podría decir que había de todo un poco, o al menos, casi de todo. El cliente podía encontrar, pan, masas, fiambres, artículos de almacén y hasta ropa y calzado de hombre o mujer.

El recién llegado sacó de unos de los bolsillos de su chaqueta una arrugada hoja de papel la que comenzó a desdoblar cuidadosamente, en ella se encontraban anotados los artículos que había venido a buscar, con voz calma, comenzó a dejárselos saber al almacenero. Era un hombre mayor, en sus setenta, de estatura media, rostro enjuto. Por su vestimenta, no en muy buenas condiciones, mostraba a simple vista su precaria situación económica. Sus pupilas verdes grisáceos guardaban un mundo de tristeza.

—¿ Cómo amaneció la patrona?— preguntó Domínguez, al tiempo que preparaba el no muy extenso pedido de su cliente.

El anciano se encogió de hombros

—Que puedo decir. Como todos los dìas. Es un martirio verla sufrir.

—Lo entiendo.—Dejo saber Domínguez con expresión apenada—¿Pero que dicen los médicos?

—No mucho. Experimentan con ella con su quimioterapia. Además todos sabemos como anda la medicina pública. No se puede esperar mucho de ellos. Ahora le han asignado un nuevo oncólogo. El ocho de Enero Francisca tiene cita con él. Por lo que tengo entendido comenzaran con ella, un tratamiento de radioterapia.

—Quiera Dios que todo sea para bien—dejó saber el almacenero, quien a estas alturas estaba deseando terminar con aquella conversación que lo deprimía

—Es lo que digo—señaló el anciano.

El pedido había sido preparado y descansaba sobre el mostrador. Don Jorge comenzó a introducir la mercadería una a una en la bolsa de género que

acostumbraba traer para sus compras. Fue en el momento de pagar cuando vio las botellas de sidra alineadas en la estantería ubicada a su derecha.

—¿A como están las sidras?— preguntó.

Domínguez dejó saber el precio.

El anciano vaciló por unos momentos para después decir:

—Deme una.

—Desde luego— respondió el comerciante.

—Esta noche es Fin de Año. Veré si mi señora esta de ánimo para brindar conmigo.

—Es una excelente idea— indicó el almacenero, entregándole la botella de sidra.— Un año nuevo siempre trae esperanzas.

Don Jorge no respondió, dibujó una apagada sonrisa mientras introducía la sidra dentro de la bolsa. Después se retiró. Domínguez lo vio alejarse hasta desaparecer por el marco de la entrada.

La vivienda no estaba muy distante del almacén. Dos cuadras a lo sumo. Don Jorge había confeccionado unas correas con viejos cinturones, que cosidos a la bolsa de genero, le servían para cargársela a sus espaldas a modo de mochila. De esta manera le era mucho más cómodo transportar la mercadería.

Al llegar a destino abrió la pequeña puerta existente en una de las hojas del portón de hierro. Un estrecho patio se ofreció a la vista. En el centro a un costado, una añosa higuera se complacía en dar sombra a un grupo de niños que se entretenían en jugar a las canicas. La casa era antigua, probablemente construida en las postrimerías del siglo diecinueve. Tres familias se hospedaban en la misma. Su dueño, ante la imposibilidad de rentar la propiedad a una sola persona, había decidido alquilar las habitaciones individualmente. Había un solo baño, de acuerdo a la mentalidad de la época de su construcción, este se encontraba afuera en una esquina del patio, siendo común para todos los residentes quienes se turnaban diariamente para su aseo. Cerca de la higuera había un grifo el que dejaba caer su agua sobre una pileta de cemento la que a su vez servía para diferentes usos, allí se podía coger el agua para cocinar,

lavar la ropa o los utensilios, como también había momentos en que algún inquilino llegase a usarla para su higiene personal cuando el baño se hallaba ocupado.

La casa contaba con seis habitaciones, sus ocupantes acostumbraban a cocinar dentro de las mismas, ya que edificarles una cocina a cada uno de ellos hubiese sido muy oneroso para el propietario. Don Jorge y su mujer rentaban tan solo una de aquellas habitaciones.

Encontró a Francisca sentada frente a la ventana del cuarto.

—¿Llegaste?— exclamó al verlo entrar.

—Llegué, — respondió él.— y mira lo que traigo.

Alzaba la botella de sidra que había cogido de la bolsa.

—¿No me digas que festejaremos esta noche el Año Nuevo?

—Ni más ni menos— sus ojos tristes se fijaron en los de ella.— Esta noche quiero brindar contigo.

—El doctor dice que no se debe de tomar alcohol cuando se hace tratamiento de quimioterapia.

—¡Al carajo con el doctor! Será un pequeño brindis. Una pequeñez. El doctor puede decir misa si quiere.

La mujer se sonrió

—Como el señor diga.

Hacían cuatro años desde que se había pronunciado aquel mal. Cuatro años en los cuales habían dejado pasar ignoradas aquellas fiestas al igual que otras.

—¿Creo que tenemos derecho?— observó él.

—Sí mi amor. Claro que tenemos derecho. Sería como recordar aquello que quedó atrás.

—Lo que quedó atrás— musitó él, dejando escapar un suspiro, que era como un lamento a los recuerdos.

Había dejado la sidra en la nevera, para después comenzar a guardar la mercadería en un viejo armario.

—¿Cómo te sientes?— preguntó, entrecerrando los ojos como si no quisiera escuchar la respuesta.

Hubo una pausa antes de contestar.

—Tu sabes— respondió— hay momentos de calma, como ahora, donde siento como si me punzasen los pechos con una aguja, es un dolor molesto pero no agudo creo que ya me he acostumbrado a soportarlo. Lo otro, lo otro no, bien lo sabes. Es como si una garra de acero me estrujase los senos tratando de meterlos dentro de mí. Eso es insoportable, te juro, que en esos momentos quisiera morirme y terminar con todo.

—No digas eso.

—Lo digo, porque es la verdad. ¿Cuánto tiempo crees que se puede soportar todo esto?

¿No es mejor acabar de una vez y así poder descansar?

—Debemos tener fe, esperanza— dijo él, en un tono carente de convicción.

—Lo dices porque no lo sufres tu.

—Si te vas, yo me voy contigo.

La miró ella con tristeza

—Mi viejo, — exclamó ella emocionada, extendiendo sus brazos— venga acá.

Por unos momentos se mantuvieron abrazados.

—Quien sabe, —dijo ella— deberíamos empezar a pensar en hacer el viaje juntos.

Don Jorge la miro extrañado, pero no respondió.

Serian cerca de las doce del mediodía cuando él se dedicó a preparar algo para comer. Fue algo frugal. Francisca no tenía mucho apetito pero comió, aunque a desgano. Finalizado el almuerzo, se sintió cansada y decidió recostarse por un rato. Cuando regresó Don Jorge después de haber lavado en la pileta del patio los utensilios, la encontró profundamente dormida.

Pobre, pensó, acomodando la vajilla. Luego se sentó en la silla frente a la ventana que anteriormente había ocupado su mujer. Hay mucha de razón en lo que dice, reflexionó, que sentido puede tener la vida para ella condenada por su mal, y por extensión, que sentido puede tener la vida para mí que ya no puedo ni sostenerme en mi esqueleto. Además, de fallecer Francisca ¿qué sería de mí?.

No sería mala idea viajar juntos hacia ese destino sin regreso. Ninguno sufriría la ausencia del otro.

Había una inmensidad de años si se miraba hacia atrás, siempre juntos, luchando adversidades y sonriendo pequeñas alegrías.

El primer encuentro había sido en un parque, se miraron, se sonrieron, ella acepto sus requiebros, mas tarde se dieron cita y volvieron a encontrarse. Luego, lo de siempre. Es así como aquel joven obrero metalúrgico, acariciando sus veinte años, se halló de pronto siendo presentado a los padres de su nueva amiga, comenzando un noviazgo inundado de sueños y miles de proyectos. Eran jóvenes, fuertes. El mundo era de ellos. Todo era posible, todo parecía fácil, nadie podría detenerlos. Que hermosa edad, cuando se cree que con las manos se puede tocar el cielo. Se casaron, y lo que vino después, no fue lo soñado. Los sueños, tan solo son, eso, sueños, la realidad los derrumbó con la facilidad que se derrumba un castillo de naipes. Nació el hijo, hubo mucho que luchar, el único hijo. Quisieron darle lo mejor y por él trabajaron como nunca lo hubiesen imaginado, extremando sus horas de labor. En ese tren no tomaron en cuenta que la juventud se les iba de las manos. Pero la constancia tiene su premio.Compraron un terreno. Con mil sacrificios comenzaron a edificar. Fue primero una pieza y un baño, consiguiendo de esa manera poder abandonar la húmeda habitación de una casa de vecindad y así residir en su propiedad. Fueron años de trabajo, perseverancia para poder concretar aquel sueño de la casa propia. Semanas, meses, años se evaporaron en aquel esfuerzo en el que no se conoció el descanso; pero si obligadas privaciones, única vía que los llevó a contar con la suficiente liquidez para poder adquirir el material de construcción necesario. El sueño se cumplió, la casa fue terminada. Pero la vida es caprichosa y despareja. Hoy una de cal, mañana una de arena. El muchacho, el hijo adorado, aquella esperanza de ellos, resultó un fraude. En el tiempo en que se liberaron de los compromisos de la construcción, andaba por los diecisiete, un adolescente, casi un hombre. Flojo, bueno para nada, no le costo mucho arrimarse a gente de la peor calaña. Tardaron en enterarse, pero al fin y al cabo nadie puede tapar con un dedo el sol. La verdad salió a la superficie.

Fue una gran decepción. Mezclado con traficantes de drogas, había encontrado en aquel medio su forma de vivir. A los veinte lo cogieron con las manos en la masa. Ya había tenido dos entradas con anterioridad, casos menores donde había tenido la suerte de no permanecer demasiado tiempo en cautiverio. Pero esta vez, la cosa fue distinta.

Junto a tres de sus compinches fue a dar entre rejas. Le endosaron diez años. Francisca casi se muere al enterarse. Era un martirio verla llorar.

Calmado el panorama decidieron buscar la forma de poder hacer algo por él. Contrataron un abogado, para ello, hipotecaron la casa. Tres años debió luchar aquel doctor en leyes para poder conseguir sacar al muchacho de la cárcel en libertad condicional. Tres años de legalidades que se devoraron la casa.

El muchacho salió libre; pero ellos quedaron en la calle. Viéndose obligados a regresar a una casa de vecindad. Que ironía.

Pero eso no fue todo. Aquel que nace mal parido, no puede torcer sus designios. Un día el cretino decidió volar, quebrando su palabra con la ley, ya que su compromiso respondía a hacer acto de presencia ante las autoridades en determinados periodos. Fue un golpe mortal. Algunos de sus amistades dejaron saber que probablemente había huido al extranjero. Brasil tal vez. Nunca se pudo confirmar, tampoco nunca volvieron a tener noticias suyas. Pero lo peor para ellos, lo que más les dolió, fue que el maldito, se había levantado algunos ahorrillos que Francisca guardaba religiosamente en algún rincón del ropero.

Lo que vino después fueron los años pasando inexorablemente frente a ellos, haciéndoles sentir la cruda realidad de la vejez. Se jubilaron con una mísera mensualidad, y para remate, el destino se ensaño dañando la salud de Francisca.

Es así como en sus últimos tramos se hallaban solos como al comienzo, pero esta vez no los acompañaban aquellos dulces sueños de esperanzas que es gloria de juventud. Esta vez la compañía respondía a la cruda pesadilla de la realidad.

Francisca se despertó como a las cuatro. Se despertó mal. Terribles dolores la torturaban en su interior. Era desesperante escucharla gemir. Le dio un

medicamento que según se suponía debería de actuar como calmante, pero su acción no fue lo suficientemente ágil como se esperaba, aun debió de soportar por cerca de una hora los lamentos de su mujer. Después de aquel tiempo cayo en un estado de profunda somnolencia, que la dejó media adormecida. Don Jorge la acomodó en la cama cubriéndola con una colcha.

Serían cerca de las seis cuando volvió a reaccionar. Miró a su marido que sentado al lado de la cama la observaba.

—¿Te sientes mejor?— preguntó él.

Ella sonrió, parpadeando repetidas veces.

—¿Qué es mejor?

Él acusó la ironía de la respuesta.

—Té entiendo—atinó a decir— soy muy tonto.

—No. Eso no es verdad, solo que es muy difícil ubicarse en mi lugar.

—Si que lo es.—respondió con tristeza.

—No te deprimas. Es el destino. Venga, dame esa mano, ayúdame a levantarme.

Él la ayudó a salir de la cama.

Se sentaron junto a la ventana. Por un tiempo estuvieron en silencio, la vista viajando a través de los cristales, encontrándose con el muro lindero de la casa. Un muro de ladrillos gastados por los años adornado en su parte superior por una hilera de vidrios cortantes colocados en la mejor intención de detener la intromisión de gente extraña.

Fue él quien rompió el silencio.

—Estuve pensando en lo que dijiste.

—¿Qué dije?

—De acabar de una vez. Terminar con todo.

Ella se volvió para mirarlo, como estudiando las facciones de aquel hombre que había sido su compañero de por vida.

—En mi caso sería una solución.

—Nos iríamos juntos.

—Tu no tienes porque.

—No podría vivir si llegases a faltar.

—Viejo tonto—exclamó ella acercándose a él—Venga, venga, abráceme.

Por horas estuvieron hablando del tema, planeando la mejor forma. Que era lo mejor, que era lo peor, que se podría hacer o dejar de hacer.

Resultaba sorprendente escuchar a aquel par de ancianos planear con aquella pasión y sangre fría la mejor forma de apagar sus existencias y abandonar aquel valle de lagrimas donde sus vidas no eran mas que una consecuencia de penurias.

Al fin decidieron la hora. Año nuevo. Un buen momento para dar final a la etapa de sus vidas. Saludando la llegada del nuevo año, espacio de transición donde gran parte de nuestra humanidad se ilusiona de esperanzas creyendo en un nuevo comienzo que en realidad no marca diferencia con los anteriores, al menos, para la mayoría de esa legión de desposeídos que pululan en este planeta.

El hombre fue quien propuso la manera. Cortarse las venas. Dejar que la vida se diluyese a través de ese escape de sangre.

Francisca no estuvo de acuerdo en un principio. Ver sangre la horrorizaba.

Él le hizo ver después de una pausada explicación que no tenía porque preocuparse. Nunca verían la sangre, se haría todo en la mas completa oscuridad. Sería una muerte lenta pero no dolorosa, dejó saber, caerían en un sopor, perderían el conocimiento y después el fin. Y eso seria todo. Y con la mayor frialdad le fue informando los mínimos detalles del proceso. Primero se acostarían y sentados en la cama, esperaría él ultimo segundo del año. Luego llenarían las copas de sidra para festejar la llegada del nuevo inicio. Acto seguido comenzaría el proceso, cortando en primer lugar las venas de ella para después envolver la herida con una toalla. Finalizado esto, continuaría con él, y de esa manera quedarían ambos en la tranquilidad de esperar el final.

La anciana, al escuchar esto, quedó totalmente convencida dando un vuelco de ciento ochenta grados en sus apreciaciones para luego entrar en un estado anímico de tal optimismo, que cualquiera pensaría que se encontraba programando un viaje de descanso a alguna isla del Caribe.

Un minuto antes de las doce destaparon la botella de sidra. Sobre la mesita de luz, una pequeña radio a batería trasmitía música de fin de año, dejando saber el tiempo faltante para entrar en el nuevo periodo. Sirenas, pitos, matracas sumados a la loca algarabía de los integrantes de la trasmisora, dieron a entender a aquellas pobres almas que el comienzo del fin había empezado.

—Feliz año nuevo mi amor— saludó ella, levantando la copa de sidra para beber su contenido.

—Feliz año nuevo.—respondió él.

Se besaron, sintiendo el estremecimiento de sus cuerpos viejos. El hombre, dejó las copas vacías sobre la mesita de luz. A lo lejos se escuchaba el tronar de las bombas y cohetes. La alegría del mundo parecía centrarse en aquel despilfarro de pólvora.

Don Jorge palpo en la oscuridad el brazo de Francisca, su mano descendió hasta encontrarse con su muñeca. La inocente docilidad de la mujer facilito el trabajo. Fue un corte seco, hecho con navaja. La misma navaja que en el correr de los años había rasurado su rostro miles de veces.

Percibió el temblor de ella al producirse el corte. Con rapidez envolvió la herida con una toalla que tenia para tal efecto.

—¿Sentiste dolor?— preguntó él.

—No, no. Pero sí mucho miedo—respondió ella—Es tu turno ahora.

—Si, lo sé.

Preparó la navaja nuevamente. Tanteo en la oscuridad hasta encontrar la toalla con la que debía envolverse. Todo parecía estar en orden. Acercó el filo de la hoja a su muñeca. Sería un corte rápido y fácil. Un corte que los llevaría a terminar sus días juntos, tan juntos como habían recorrido tantos años de sus vidas. La decisión estaba hecha y parecía sentirse eufórico con aquella acción, por lo tanto, manos a la obra se dijo; pero en el momento en que la hoja de acero acarició la piel de su muñeca, la magia se quebró. Un frío intenso le hizo estremecer de pies a cabeza dejando la intención paralizada. Su anatomía quedó como petrificada y el brazo empuñando la navaja se convirtió en un peso muerto, imposibilitado para tomar acción alguna. Fue inútil pensar que podía

hacerlo, la idea cruzó por su cerebro una y mil veces, pero los resortes de su organismo no respondieron a la idea.

Escuchó la voz de su mujer. Le hablaba.

—Tenías razón.—decía—Siento como un dulce sopor que me invade. Me siento como si estuviese viajando por las nubes.— Su voz era tenue, perdida, lejana— ¿ Y tu? ¿Cómo te encuentras mi amor?

Se escuchó gemir a sí mismo. Fue un gemido débil, imperceptible. Hubiese querido llorar. Aun mantenía el filo de la hoja apoyada a su muñeca. De pronto empezó a temblar, una convulsión incontrolable cimbró todo su ser dando paso a que sus manos se abriesen para dejar caer la navaja. Y ahí en la oscuridad, avergonzado, solo atinó a cubrirse el rostro para ahogar el llanto que pugnaba por brotar de su interior. Aun a su pesar, pudo escuchar la voz de Francisca en sus últimos suspiros.

—Feliz año nuevo mi amor— En un hilo de voz, su mujer se despedía.

Un alarido fue su respuesta, un alarido desgarrador, como si un monstruo se hubiese posesionado en su interior y le estuviese arrancando las entrañas. Después, un llanto entrecortado e interminable, al tiempo que abrazaba el cuerpo inerte de su esposa besando en la oscuridad su rostro una y otra vez.

Afuera, la fiesta continuaba.

.....

Maleficio

Mabel, se sento al borde de la cama descalzandose**.** Comenzando a bajarse las medias deslizandoselas suavemente por sus bien torneadas y morenas piernas.

La ultima pieza en desprenderse fue el corpiño,sus pechos saludables saltaron atrevidos sin aquel elemento de contension. Desnuda,se admiro en el tocador. Se sabia hermosa y pensar en ello la lleno de satisfaccion. Sus

manos pequeñas acariciaron lentamente los contornos de aquel cuerpo joven, habia cierta morbosidad en el acto. Con una morisqueta se despidio de su figura girando sobre si misma en un pretendido pase de ballet. Despues de cubrirse con un floreado camison de nylon se introdujo en la cama.No hacia mucho frio, por lo que retiro una de las dos gruesas mantas invernales con que sabia abrigarse.

No apago la luz, no tenia sueño, tampoco tenia deseos de leer, reflexiono, lanzando una vaga mirada al best seller de moda que descansaba en una de las esquinas de la mesa de luz.

En aquel momento hubiese dado cualquier cosa por encontrarse con su amiga Betty,era su amiga de confianza, a su modo de ver, la unica persona que sabia realmente comprenderla.Generalmente acostumbraban a hacerse confidencias mutuas, las que analizaban para despues aconsejarse de acuerdo a sus respectivos puntos de vista. Creia conocer todos los pormenores relacionados con Betty,sus relaciones con su novio, incluso los aspectos mas intimos de las mismas. A su vez,ella habia sabido confiarle lo de Carlos.

Escucho a su madre cerrar la puerta de la cocina. Seguramente habria terminado de lavar la vajilla y ahora iria a acompañar a su padre a ver television. Se quedaban hasta muy tarde, ya era costumbre en ellos desde que su padre se habia jubilado. No tenian problemas de despertador.Al pensar en esto, recordo que el suyo tenia por practica llamarle la atencion a las seis y media de la mañana, hora en que luego de desperezarse se levantaba,vistiendose y desayunando para concurrir a cumplir sus funciones administrativas en una empresa metalurgica.

Habia ocasiones, especialmente en esos crudos dias de invierno cuando el frio semejaba clavarla a la cama,en que gustosa se hubiese cambiado de lugar con sus padres; quienes,disfrutando su estado de pasividad, habian adoptado habitos perezosos no levantandose jamas antes de las nueve de la mañana

Fijo su vista en el cielorraso, en uno de sus rincones se destacaba una pequeña mancha de humedad. Habia escuchado decir a su padre que a la llegada del verano contrataria a un albañil para reparar aquella penetracion y evitar que la misma se propagase.

Por unos momentos se quedo observando la forma de la mancha, podria decirse que se asemejaba a una bota aunque por su delineamiento irregular mas se acercaba al mapa de Italia.Al bajar la vista,fijo su atencion en un pequeño estante situado a la izquierda de la ventana, sobre sus anaqueles se acomodaban algunos libros. Su padre se lo habia construido para su comodidad en la epoca en que estudiaba secundario. Por aquel entonces no desperdiciaba tiempo en prepararse, por lo que se la veia hasta avanzadas horas de la noche tratando de digerir extensas lecciones en su desmedido afan de conseguir las mejores calificaciones. El mueble servia para guardar en el, los libros de informacion, de esta manera evitaba el tener que caminar hasta la biblioteca a buscarlos en el momento de necesitarlos.

Ahora ,salvo una voluminosa biblia y un no menos voluminoso diccionario Enciclopedico Larousse, los volumenes existentes en el mueble no pasaban de ser un reducido numero de novelas que figuraban entre los exitos de venta de librerias.

Un florero con flores plasticas se hallaba en el centro del estante. A uno de sus costados una figurilla de madera tallada representaba a un colerico Quijote, que parecia buscar con su lanza imaginarios gigantes en su afan de deshacer entuertos. En el lado opuesto se encontraba el elefante blanco de porcelana. Se detuvo unos instantes a mirar aquel objeto.El elefante de la suerte,se dijo,y se sonrio.

El primer regalo de Carlos. Obsequio de nochebuena. De eso, ya habian transcurrido un par de años. Recordaba la nota que en su oportunidad se adjunto al regalo: “Que la suerte te acompañe en todos los años de tu vida” Firmado,familia Sierras.

Lo de la familia no lo considero, para ella el regalo habia venido de el y asi lo acepto. En aquella epoca trabajaban juntos. Bajo su recomendacion

logro entrar en su misma empresa en funciones de principiante administrativo. ¡ Que momento feliz habia sido aquel! Su primer trabajo. La destinaron a la oficina donde se encontraba el, aquello la cohibio un poco.Conocia a aquel hombre desde que era una niña, amigo de su padre, vecino de la zona, con una hija de su misma edad.Un hombre al que siempre le habia merecido el mayor respeto.

Con ellos se encontraba Ernesto, un joven de unos veintitantos años. Era quien se encargaba del archivo, tambien de realizar los tramites bancarios.

En las primeras semanas le habia embargado un estado de depresion que casi la indujo a abandonar el empleo. En aquel ambiente rodeado de estantes repletos de biblioratos las unicas conversaciones que se escuchaban eran aquellas relacionadas pura y exclusivamente con el trabajo.

Como envidiaba entonces al personal de la oficina de compras, contigua a la suya, en su mayoria mujeres, que sabian combinar la parte laboral con ciertos momentos de expansion que producian una descarga a la tension acumulada durante el dia, haciendo mas llevadero el estado en esa.

Con el correr del tiempo supo acomodarse a aquel estado de cosas, aceptando con naturalidad el silencio en que transcurria la jornada.

El accidente de Ernesto fue sin lugar a dudas el hito que marco un cambio trascedental en su vida. Habia chocado con su moto. Un encuentro brutal .El choque habia sido contra una camioneta.La moto quedo para chatarra. Nadie se pudo explicar como se habia salvado. Un brazo y tres costillas computaban el saldo de la colision. Lo vistieron con una coraza de yeso. El parte medico decia que tenia para muchos meses de descanso.

En gerencia resolvieron designarla para reemplazar a Ernesto. Atendio el archivo y desde luego los tramites bancarios.

Aquello lo acerco mas al cincuspecto señor Sierras,quien poco a poco le fue tomando confianza comenzando a pasarle trabajos de su pertenencia para terminar llegando a hacerse imprescindible para el. Con que placer recibia sus aprobaciones, cuando despues de controlar sus trabajos le daba el visto bueno. Un calido cosquilleo le recorria todo el cuerpo. Se sentia como una colegiala

recibiendo las felicitaciones de su preceptor. Entonces se prometia a si misma que los proximos trabajos superarian a los anteriores poniendo una desmedida atencion en ellos, disfrutando en el esfuerzo como si hubiese sido premiada de antemano.

De esta manera se fueron sucediendo los dias y mientras estos se deslizaban frente a ellos,se fue produciendo un cambio que modifico el aspecto tradicional de aquella oficina.

Es asi como una tarde se encontro en forma imprevista, concentrada en una agradable charla c on el señor Sierras, la que muy lejos estaba de ser relacionada con las correspondientes tareas administrativas de las que eran responsables.

Volvieron a repetirse estas platicas, las mismas se desarrollaban sobre una vasta variedad de temas que iban descubriendo facetas ignoradas de la personalidad de aquel hombre, muy lejanas a la imagen que se habia forjado de el. Es asi como la figura grave del señor Sierras se fue diluyendo en el espacio de los recuerdos como un bosquejo mal trazado, para dar paso a un nuevo hombre, rico en matices espirituales, que la dejaron sorprendida.

Aquellas exposiciones que atesoraban una gran gama de conocimientos terminaron por impactarla. Se sintio confundida. El señor Sierras habia comenzado a crecer en forma desmedida ante sus ojos Paralelamente debio de aceptar que ciertos sentimientos brotaban con espontaneidad de su persona perturbando su equilibrio. Por un tiempo quiso ignorar la explicacion de lo que le estaba sucediendo, hasta que comprendio al fin, que no podia cerrar los ojos a la realidad.

Se habia enamorado. Era una locura, no le cabia la menor duda. Pero era una verdad,tan evidente como el amor mismo. Se sintio impedida de negarse a aquella pasion que dia a dia parecia consumirla inexorablemente.

Muchas veces venia a su memoria las manifestaciones que sobre la atraccion de los seres habia hecho su profesor de sicologia en sus tiempo de estudiante. “ Es algo que no se pude reglamentar, sucede por una composicion de hechos accidentales que conducen a consolidar una corriente

de lineas magneticas muy dificil de anular." Nunca sospecho que años despues tendria la ocasion de confirmar la ortodoxia de la misma.

Se habia enamorado y mientras mas se fortalecian aquellos lazos de pasion que la poseian, mas endebles se mostraba la barrera de prejuicios sobre las cuales se habia educado, llegando esta, por terminar desmoronandose como un castillo de naipes mal armados, para convertirla en un ser dispuesto a luchar por lo que consideraba ya como algo de su pertenencia, sin importarle mucho las reglas de combate, ya que estimaba que todas eran aceptables mientras la condujese a concretar sus deseos.

Convencida de esto, comenzo a pronunciarse ante el señor Sierras, primero en pequeñas insinuaciones las que atrevidamente se fueron acrecentando hasta hacer tambalear su estabilidad. Fue una tactica de ataque, donde las proverbiales sutilezas de mujer volvieron a ser practicadas sin tregua hasta el dia en que el la tomo en brazos besandola apasionadamente, convirtiendose el señor Sierras en simplemente Carlos.

La continuacion de aquello fue encontrarse danzando en una voragine enloquecida al compas del impetu de sus deseos con aquel hombre maduro,que habia despertado en ella una devocion que rayaba en la locura. Asi se sucedieron las citas, salidas al cine, encuentros en confiterias, en una clandestinidad de
ensueño , de la que nunca llego a arrepentirse.

De esta manera fueron pasando los dias, semanas, meses, teniendo ambos el cuidado de que aquellos sentimientos no trascendiesen para caer en la observacion de profanos que viven buscando debajo de cada piedra el escandalo que motive sus vidas opacas.

Pero todo principio tiene su fin y aquello no podia escapar a las leyes universales. El derrumbe comenzo cuando enfermo la mujer de Carlos. Luego de una operacion de vesicula que presentaba un cuadro post operatorio normal, se presento a la semana de haber sido dada de alta una tromboflebitis que la obligaron a ser conducida de urgencia a terapia intensiva.

En aquellos dias Carlos se mostraba preocupado y poco comunicativo y aunque supo respetar aquel estado de animo, no pudo evitar que cierta inquietud se posesionase de su persona, llegando a la conclusion de que una oleada de celos la habia invadido, contra aquella mujer que tantos años de su vida habia compartido con el hombre que amaba.

La esposa de Carlos salio de terapia intensiva a los cuatro dias de haber sido internada, cinco dias despues le daban de alta. Pero no habia quedado bien, su pierna izquierda hinchada, era el mejor testimonio de ello.

Se le diagnostico reposo y que tuviese sumo cuidado en el futuro con los esfuerzos que realizase. Una nueva recaida podia resultar de fatales consecuencias.

Cuando Carlos le hizo aquellas referencia sobre su esposa, no le presto mucho cuidado, y hasta se molesto en su interior porque se las habia comentado. ¡ Que le importaba aquella vieja ! La habian traido de vuelta, bien. Que tenia que cuidarse, que se cuidase. Por ella podia reventar. Lo que le importaba ahora es que todo volviese a ser como antes, con un Carlos sin preocupaciones y ajeno a todo aquello que no fuese el amor profesado por ambos; pero se equivoco. ¡ Madre de Dios ! Si que se equivoco. Carlos cambio. Cambio con ella. Y cuando se lo reprocho le ofrecio una exposicion fria y concisa. Aquello no podia seguir mas, lo lamentaba; pero habia razones que no podia pasar por alto. Que la estimaba mucho podia darlo por seguro, pero su esposa estaba enferma y necesitaba su atencion. Traicionarla en aquellos momentos le parecia de una bajeza inconmensurable.

Recordaba que lo habia escuchado con los ojos humedecidos, pero no lloro,cuando lo hizo nadie pudo verla.

Una semana mas tarde presento su renuncia, quince dias despues se empleaba en la empresa donde se encontraba en la actualidad. Pero aquello no significo que estuviese dispuesta a renunciar a su hombre,en su fuero interno mantenia viva la esperanza de recuperarlo. El problema era su mujer, mejor dicho, el estado de salud de esa mujer que habia despertado en Carlos

un sentimiento equivocado de compasion. Sentimiento, eso si,que habia logrado arrebatarselo de su lado.

Con que fuerza la odiaba, ¡ Dios de los Cielos! Pensar en Carlos y el tiempo que perdia con su esposa la llenaba de celos. Claro que bien sabia que aquellos celos no tenian fundamentos, ya que de una cosa estaba segura. Carlos la amaba a ella.

A dos meses de aquel distanciamiento se encontro con Betty, habian cursado juntas el ultimo año de bachiller. De aquella epoca guardaba buenos recuerdos. Se rieron un poco recordando añejas anecdotas, tambien hablaron de cosas del momento.

Betty salia con un joven, cursaba el primer año de medicina y segun ella la cosa iba en serio. Con el tiempo llego a conocerlo. Era un joven de agradable figura y estereotipada sonrisa; un verdadero galan de cine,se dijo al verlo,aunque llego a la conclusion de que no era su tipo.

Comenzaron a salir juntas, consolidando una amistad que considero muy necesaria para atenuar la crisis que estaba atravesando. En ocasiones salian solas,en otras, en compañia del novio de su amiga Habia veces que el joven se ofrecia para traer a algun compañero de facultad, saliendo entonces en parejas.

Un fin de semana Betty la fue a visitar a su casa, le presento a sus padres con quienes dialogo algunos temas del dia dejandolos encantados.

Despues del te, se encerraron ambas en su habitacion a escuchar discos. Estuvieron cerca de una hora extasiandose con las voces de diversos conjuntos y cantantes de moda,cuando se cansaron de ello, se dedicaron a hojear un album que guardaba fotos de sus años de estudiante; habia algunas que pertenecian a la excursion de fin de curso que mostraba hermosos paisajes de Bariloche. Hubo cierta nostalgia cuando evocaron pasajes retrospectivos. Los años felices, sin lugar a dudas los mejores, y ambas estuvieron de acuerdo al declarar esto.

Mas tarde se explayaron sobre argumentos mas de actualidad y de esta manera , sin pretenderlo y ante su sorpresa, se encontro de pronto con una

Betty que volcaba su confianza hacia su persona entrando en confidencias que la hacian receptora de la mas absoluta intimidad. Si, habia tenido relaciones sexuales con su novio. No tenerlas era una bobada propia de los viejos de antes. De todas formas, si no las tenia con ella las tendria con una de esas locas que andaban por ahi. Y quien podia asegurarle , que por prejuicios ya pasados de moda no terminase perdiendo a su hombre. Era una bobada,ya lo habia dicho,propio de viejas que establecian que los derechos nacian despues del matrimonio. En el amor no se deben fijar fechas ni contratos, porque si no ya deja de ser amor. El amor es una comunion de cuerpo y alma y los principios de posesion deben de ser compartidos en el mismo momento en que nace este. Reprimir esos principios a la espera de legalizaciones es perjudicial,ya que no se es fiel a los impulsos naturales de la pareja. Asi lo entendia ella, y quien le viniese a estas alturas a hacerle comprender lo contrario,perdia su tiempo.

Cuando termino de hablar se habia quedado mirandola a la espera de una respuesta sobre aquella manifestacion suya. Pero ella no habia sabido que

decir inclinando su cabeza para fijar su atencion en sus piernas largas y rectas que estiradas a lo largo dejaba cruzar a la altura de sus tobillos

Fue entonces cuando Betty le pregunto, si alguna vez habia tenido alguna experiencia sexual. Noto como se ruborizaba y se sintio ridicula por ello. Su primer impulso fue negarlo terminantemente, resabios de siglos se confundian en su mente. Pero reacciono con rapidez desprendiendose de ese caparazon de inmadurez y le hablo de Carlos, Betty la escucho con solicitud durante todo el tiempo que hablo sin interrumpirla en ningun momento. Cuando finalizo, le hizo algunas observaciones sobre la diferencia de edades, a las que ella respondio en forma categorica que aquello la tenia sin cuidado.

Liberada en parte , con aquella confesion hecha a su amiga de aquel secreto que tan celosamente escondia consumiendola por dentro, continuo extendiendose sobre el tema bajo el oido atento de su interlocutora que solo la

detenia para aconsejarla sobre determinados proyectos que ella presentaba para lograr el retorno de Carlos. Asi estuvieron conversando sin darse cuenta hasta bien entrada la noche. Al despedirse de Betty la abrazo efusivamente.

Cuando se introdujo en la casa le parecio que animicamente flotaba, desbordaba de alegria,luego le parecio tonto que aquella alegria fuese el producto originado por el solo hecho de haber encontrado una aliada para su causa.

Aquel tema volvio a tratarse en otras oportunidades. Hubo momentos en que Betty la llamo a reflexion volviendole a hacer notar que la diferencia de edades existente entre ambos era un factor negativo para la continuacion de aquellas relaciones; pero sus observaciones cayeron en el vacio, llegando a originar estados de enfado por parte de ella que hicieron comprender a su amiga que no era conveniente insistir sobre aquel aspecto.

Aclarado aquel punto, Betty se convirtio en un verdadero apoyo para su estado de animo y con el correr del tiempo llego a comprenderla, como tambien comprendio a su vez, que en el amor las diferencias de edades no ocupaba la importancia con que en un principio supo darle.

Fue ella la que le hablo por primera vez de hechizos y brujerias. Recordaba haberse reido cuando se lo comento, su formacion cristiana y su devocion catolica le impedia creer en ese tipo de cosas. Pero la desesperacion es la madre de las creencias y ella comenzo a sentirse desesperada, al ver que las posibilidades de hacer regresar a Carlos a su lado parecian distanciarse mas y mas. Al fin de cuentas si el Señor no se dignaba a prestarle su debida atencion, porque no recurrir al demonio, de quien segun se decia, siempre estaba dispuesto a ayudar a aquellos que lo invocaban.

Es asi como un dia entusiasmada por su amiga, se dejo llevar hasta un apartado barrio de la ciudad, siendo conducida hasta una de esas viejas casas cuyas construcciones databan de fines del siglo diecinueve. Al entender de Betty alli residia un verdadero personaje del ocultismo.

Una obesa mujer les abrio la puerta de entrada,guiandolas por un mal iluminado corredor hasta una pequeña sala donde dos mujeres, una joven

y otra de mediana edad esperaban su turno de atencion. La espera se prolongo cerca de media hora. Cuando la llamaron sintio que sus rodillas vacilaban al trasponer el umbral. Un miedo cerval habia invadido todo su ser. Aunque en forma vaga, cruzo la idea de huir de todo aquello pero se repuso. No fuera cosa de ponerse a hacer tonterias a estas alturas

Un ambiente semi en penumbras la sorprendio. En el centro de la habitacion se ubicaba una mesa rectangular cuyas lineas se trazaban en un rustico estilo medioeval,detras de la misma,se perfilaba la figura de un hombre que sentado ante ella, apoyaba los codos sobre la tabla dejando apoyar la barbilla sobre ambas manos entrelazadas. De menuda complexion y ralos cabellos lo que mas se destacaba en el, era su hirsuta barba negra y sus ojos penetrantes que parecian atravesarla.

Una bombilla color azul suspendida a media altura del cielorraso, era la encargada de difundir la palida luz que trataba de quebrar la oscuridad ambiental. Se acerco hasta situarse frente a aquel extraño personaje. La tenue luz de la bombilla se reflejaba sobre el bruñido barniz de la mesa. Con un gesto se le indico que se sentase en la silla destinada a las visitas. Obedecio la orden acomodandose la falda, para terminar cruzandose de piernas. Se sentia incomoda. No sabia de que forma disimular el nerviosismo que la embargaba. Le hubiese gustado que Betty se encontrase a su lado; pero sabia que eso no podia ser,ya le habian informado que en el curso de la visita el consultante deberia de hallarse a solas con el iniciado.

Durante unos momentos se sintio profanada por aquellos inquisidores ojos oscuros que parecian escarban en su interior, ella habia bajado la vista para despues desviarla hacia el craneo humano que descansaba en una de las esquinas de la mesa. Los dedos de sus manos entrelazados se apretaban con fuerza concentrando en ellos el estado de excitacion que la dominaba.

Cuando hablo se sintio impactada por el sonido bronco de su voz.

- ¿ Cual es tu problema ?- pregunto.

Su relato aunque conciso, ofrecio una presentacion primordial de los hechos. Al finalizar, le parecio encontrarse mas tranquila, como si con aquella exposicion todo su cuerpo se hubiese relajado. Se sintio mas contenta por ello.

El habia quedado en silencio con la cabeza inclinada como meditando; asi estuvo unos minutos, despues cogiendo el medallon que pendia de su cuello sujeto por una cadena plateada se lo llevo a los labios besandolo. Cuando lo solto observo que en el grabado del medallon se representaba una cruz con un Cristo crucificado; pero en posicion invertida.

- Dame tu mano- le ordeno de improviso, tomandola de sorpresa.

Extendio su brazo, e l que quedo prisionero entre las manos del brujo, quien comenzo a trazar circulos imaginarios sobre la palma de su mano al tiempo que murmuraba extrañas palabras perteneciente a un idioma que no alcanzo a descifrar.

- Tendras que elegir- sentencio de pronto soltandole la mano, la que fue retirada por ella con presteza frotandosela con la otra como si quisiera borrar el contacto que habia tenido con aquel hombre.

-Tendras que elegir- volvio a repetir.

Ella habia quedado expectante a que continuase.

- Tu hombre o su mujer - habia finalizado el ocultista.

Comprendio a que se referia. Mas de una vez aquella pregunta se le habia atravesado por la mente; pero siempre habia rechazado su respuesta. Y ahora aquel hombre volvia a ponerla en aquella encrucijada.

- Es tu decision- volvio a hablar aquel extraño personaje escudriñandola con atencion- Para mantener a tu hombre , solo existe un medio, estar dispuesta a cortar los debiles hilos que sostienen con vida a esa mujer.

Un desagradable escalofrio recorrio todo su cuerpo estremeciendola al escuchar sus palabras. Vacilo un instante antes de contestar, recostandose contra el espaldar de la silla en todo su peso suspirando con profundidad como para tomar coraje, luego inclino su cuerpo hacia adelante con su vista fija en el rostro imperturbable del ocultista. Su voz quebradiza reflejaba la

angustia que dominaba su persona cuando dijo:” No me importa lo que le pase a esa mujer. Quiero a mi hombre “

Aquello fue todo. Luego vinieron los conjuros y maleficios y asi se vio impensadamente sometida a increibles practicas de magia negra que la fueron absorbiendo paulatinamente. Ya eran desconocidas hierbas para hacer amargas infusiones que debia beber clamando la benevolencia de espiritus malignos,ya pociones de sangre de gallo enfermo que le entregaba su amigo el hechicero para arrojar contra la casa en donde vivia su rival de amores, ya una cola de gato negro empolvoreada con tierra de cementerio cuya finalidad tambien era dejarla caer en la casa de aquella mujer.

De esta manera se fueron sucediendo infinidades de cosas, una mas increible que otra y lo mas asombroso, es que comenzaron a llegarle referencias de que la esposa de Carlos, cada dia desmejoraba mas y mas.

Un dia, en una de sus visitas, el hechicero la esperaba con un muñequito de cera , perfectamente tallado que representaba la figura de una mujer.

- Esta figurilla - le dijo- Simboliza a la mujer que odias.

Ella habia cogido el muñeco en sus manos admirada de la perfeccion de la obra.

-Deberas clavarle esto todas las noches- continuo el. Le mostraba un clavo que no se diferenciaba en nada a la infinidad de clavos que habia visto en su vida.

- Es un clavo de ataud- puntualizo el, luego le explico- Tiene propiedades que no las tienen los clavos que puedes haber visto antes.

Cuando se retiro portando aquel muñeco y el clavo, la acompañaban las ultimas palabras que le habia dicho el hechicero.” Falta poco para concluir lo que has empezado. El hilo cada vez es mas debil.Las herramientas que ahora llevas son para darle el corte definitivo “

Con que cuidado habia recostado aquel muñeco contra su pecho hasta llegar a su casa.

Todas las noches durante casi cerca de un mes se habia dedicado a cumplir aquella orden. Todas las noches claveteaba aquel muñeco. Y por las

noticias que recibia, seguia acrecentandose el mal estado de aquella mujer. Hoy precisamente, habia sufrido un desmayo habiendo quedado inconsciente aproximadamente una hora.

Los pasos de su madre la despertaron de aquel estado de ensimismamiento en que se encontraba. La escucho abrir la puerta de la cocina, luego se dejo oir el caracteristico sonido del chispero tratando de encender la hornalla. El clasico te de las once de su padre. Miro su reloj despertador para corroborar su reflexion. Exacto, las once en punto. Siempre habia admirado la regularidad con que su padre desarrollaba sus acciones.

Se volco hacia un costado de la cama abriendo luego la pequeña puerta de la mesa de luz. Del interior del mueble retiro una caja de carton color azul, que en un pasado no muy remoto se encantaba de ser depositaria de unos exquisitos bombones. Levanto la tapa dejando al descubierto el muñeco, a la altura de la cabeza del mismo se hallaba el clavo. Lo cogio con placer para atravesar el muñequito de cera esta vez a la altura del vientre. Luego volvio a taparlo regresandolo a su lugar. Despues de apagar la luz se echo a dormir satisfecha.

.....

El sonido de la campanilla del telefono estimulo el estado de letargo en que se encontraba el señor Sierras. Aquel sabado no las tenia todas consigo. Generalmente los sabados no trabajaba, ya que a su modo de ver, consideraba aquel dia como el mejor para el descanso, por la muy particular razon de que al dia siguiente no tendria que pensar en levantarse temprano a reanudar sus cotidianas tareas de oficina. Pero aquel sabado habia modificado su linea de conducta. El apoderado de la empresa le habia solicitado como algo especial, la conclusion del trabajo que venia realizando desde hacia una semana referente a las estadisticas de ventas por provincia, y para ello, se habia visto obligado aunque muy a pesar suyo a anexar el sabado a su semana de labor.

La campanilla se dejo escuchar por segunda vez. La mano del señor Sierras se dirigio hacia el telefono, que detras suyo, descansaba sobre una repisa asegurada contra la pared. Pero al llegar a la altura del mismo se detuvo al observar que habia dejado de sonar. Un grueso garabato se le atraveso por la mente, el que destino sin muchos miramientos a la persona que habia interrumpido su tarea. Bastante tenia con aquel trabajo, se dijo, para que los gansos viniesen a molestarlo.

Pero todo no termino ahi. En el momento en que se disponia a proseguir la labor suspendida sono el telefono nuevamente. Esta vez su reaccion fue mas agil, ya que se dio vuelta con rapidez cogiendo el tubo con presteza para descargar un “ Hola” que broto bronco y amenazador.

Una voz de mujer contesto del otro extremo de la linea.

-Con el señor Sierras por favor.

-¿ Como? Ah si. Con el habla- respondio. Y se sintio confundido,atenuando el tono de su voz, en la intencion de mejorar la primer impresion ofrecida,producto de un arranque de malhumor.

- ¡ Soy yo papa !-

Con la velocidad de un registro de computacion se movilizo su mente al receptar aquellas palabras. “ Diablos, su hija” reflexiono, y enseguida comprendio que algo andaba mal.

-¿ Que pasa querida ?- inquirio en un tono por demas sereno, que contrastaba notablemente con su verdadero estado de animo.

- Mama se ha desmayado. No se encuentra nada bien.-

Las ultimas palabras las dijo reprimiendo un sollozo, el que se dejo escuchar con nitidez.

- Otra vez - murmuro mas para si mismo que en respuesta a su hija, y se quedo en suspenso sin saber como continuar. Pero aquel titubeo duro tan solo unos segundos, reponiendose al instante. Luego carraspeo aclarandose la garganta para decir:

- Esta bien, voy para alla. Mucha calma querida, mucha calma. Voy para alla.-

Colgo el tubo respirando con profundidad. Aquel era el tercer desmayo en menos de quince dias Algo como para preocuparse.

Lo mas extraño resultaban los conceptos medicos, ya que estos desechaban de que los desmayos fuesen producto de su estado flebitico, encauzando la razon sobre deficiencias originadas dentro de su sistema nervioso.

Luego de manifestar al apoderado que se veia obligado a retirarse por haber sufrido una recaida su mujer, coloco la funda en su maquina de escribir guardando la documentacion sobre la que estaba trabajando en uno de los cajones de su escritorio. Cumplido esto, gano la calle con rapidez.

La cuadra y media que lo distanciaba de la parada de autobus, la hizo a paso apresurado. Tenia cerca de media hora de viaje.

Aunque trataba de convencerse pensando que todo no pasaria de un mero susto, no se sentia muy seguro de ello, y en su fuero interno temia que al llegar a su casa se lo recibiese con una desagradable sorpresa.

Al llegar a la parada del autobus comprobo que se hallaba sobre excitado. Sentia que le faltaba el aire,como si una mano invisible le agarrotase los pulmones. El corazon le golpeaba como un tambor dentro del pecho. Tenia que calmarse, se dijo , y trato de hacerlo contando hasta diez, aspirando oxigeno con profundidad, de esta forma espaciar la cuenta antes de llegar al final.

Luego de repetir la operacion durante tres veces, llego a la deduccion de que no le servia de mucho todo aquello. Su estado de animo era como una caldera a presion a punto de estallar y la demora del autobus contribuia a elevar aquel estado.

El autobus tardo diez minutos en llegar. Salto a su interior pagando su boleto y corriendose hacia su parte posterior. El ultimo asiento individual se encontraba desocupado por lo que se sento abriendo un poco la ventanilla. Un sol radiante iluminaba una hermosa mañana de septiembre.

Durante el viaje trato de rechazar ideas que se asociaban inconscientemente a sus pensamientos. La muerte era la que mas insistente se fijaba en los mismos.

En un determinado momento se pregunto si aun estaba enamorado de su esposa y trato de ser honesto en la respuesta. Si, la amaba. No con esa fiebre de los años juveniles. No asi. Pero si con la serenidad de los años maduros que acumulan las experiencias y sacrificios de toda una vida. Tambien penso que si la perdia era como si perdiese parte de el. Con el correr de los años aquella mujer habia llegado a constituir parte de su persona.

Faltaba poco para llegar a su destino cuando subio una señora con un bebe en brazos. Ante la indiferencia del pasaje, se vio en la circunstancia de tener que ofrecerle el asiento. Su estado de tension habia disminuido bastante aunque todavia sentia esa presion que descompasaba su ritmo de respiracion ¿Habia sido un buen marido? Esta pregunta se la formulo en el instante de bajar del autobus. Penso que si. Trato de dar a su mujer lo mejor, dentro, eso si, de sus posibilidades. Tambien considero que habia llegado a ser un amante marido, y fue al pensar esto cuando recordo a Mabel. Fue como una bofetada a sus pensamientos. La conciencia se elevo ante el señalandolo acusadoramente. Si, era verdad. Tenia aquella estigma sobre su conducta matrimonial. La unica. Una estupida historia de incongruencias. Una chiquilla y un hombre maduro. La estupida historia de siempre. El hombre que se encapricha en ignorar sus años para vivir un sueño de juventud. Claro que aquello, no habia sido mas que eso, un capricho.

Acelero el paso tratando de cubrir distancias hasta su casa. El corazon seguia golpeando en su pecho como un tambor.

.....

Sus ojos cargados de sueño se entreabrieron recibiendo los rayos de luz que se traslucian a traves de la cortina de tul. Se desperezo con indolencia , una sensacion agradable recorrio todo su cuerpo. Al arquearse

estirando su naturaleza en todo lo largo, toco con sus pies el espaldar de la cama.Recordo que de pequeña tenia por costumbre hacer lo mismo, y que al no llegar, se introducia de a poco debajo de las mantas hasta quedar totalmente cubierta; finalmente tocaba el espaldar saliendo apresurada ante la sensacion de falta de oxigeno.

Un hermoso sabado de primavera, se dijo, al observar el raudal de luz que se introducia por la ventana.

Los sabados no trabajaba, por lo que aprovechaba a levantarse un poco mas tarde. Al mirar el reloj despertador, noto que este marcaba las ocho y media , por unos instantes estuvo cavilando en levantarse o seguir acostada, hasta que determino que permanecer en la cama en un dia como aquel hubiese resultado una tonteria.

Luego de descubrir las frazadas, salto de la cama calzandose las chinelas,acto seguido se coloco el salto de cama dirigiendose al baño. La lluvia tibia de la ducha rocio su cuerpo arrancando los ultimos vestigios de modorra que se afincaban en su cerebro. Terminado el baño se vistio, decidiendo para ello un blue jean y una camisa a cuadros. Su madre se hallaba en la cocina, la saludo al entrar preguntando por su padre.

- Esta por levantarse -respondio. Acababa de volcarse la leche de la hervidora y se dejaba notar el olor a leche quemada al caer esta sobre la hornalla.

-¿ Se acostaron tarde?

- Como siempre. Ya sabes que tu padre no se acuesta si no se ve esa serie de televion, ¿Como se llama ? Patrulla.....

-Patrulla Secreta.

- Esa misma. Esa que se pasan matando japoneses como si fuesen moscas.

Sonrio ante aquella observacion de su madre. Comenzo a ayudarle a preparar el desayuno sacando el queso cremoso y la mermelada de la heladera. Vio a su padre cruzar como una sombra fugaz la puerta a traves del pasillo en direccion del baño. Su madre despues de accionar el chispero repetidas veces habia logrado vencer la humedad y prender la hornalla.

- ¿ No hay pan lactal ? - pregunto,buscando en el cajon donde se guardaba el pan.

- No, creo que el que quedaba lo termino tu padre.

Corto rebanadas de pan frances las que distribuyo prolijamente en la panera. Desde el baño le llego la voz de su padre cantando. A traves de la ventana vio una pareja de gorriones jugueteando alegres, revoloteando alrededor del naranjo.

Concluidas las funciones de aseo de su padre, sirvieron el desayuno. Algunas de las cosas las llevo ella al comedor, las tazas de cafe con leche las sirvio su madre.

Su padre fue el primero en sentarse, como era costumbre, a la cabecera de la mesa. La ultima fue su madre.

Durante el desayuno se tocaron algunos temas de trascendencia nacional tales como el aumento de los energeticos; pero lo que dio verdadero colorido a la conversacion fueron los chismes de su madre, recogidos en sus compras diarias por el barrio, y que dejaban a buena parte de la comunidad en traje de Adan.

Cerca de las diez y media acordaron levantar la mesa. Su padre manifesto que se correria hasta el puesto de diarios a comprar el periodico por lo que se despidio con un “ Vuelvo enseguida” al tiempo que abria la puerta de salida.

Luego de trasladar la vajilla y todo lo demas a la cocina se repartieron con su madre la limpieza de la casa. Tres cuartos de hora mas tarde podia decirse que habian cumplido con la tarea.

-¿ Que vas a hacer de comer ?- pregunto, mientras acomodaba los elementos de limpieza en el mechinal que daba al patio y que usaban de lavadero.

-Tallarines- respondio su madre desde la cocina.

Torcio los labios en un gesto que daba a entender muy a las claras que no era muy amante a ese tipo de comida.

En la cocina encontro a su madre secando la vajilla en que habian desayunado.

-Tengo que ir a comprar una lata de conservas para hacer la salsa- le comento,depositando la taza que acababa de secar sobre la mesada.Ademas el pan,frutas y algunas verduras. ¿ Me acompañas?-

- No- se apuro en contestar- Tengo el ropero hecho un lio. Voy a ver si lo pongo en orden.-

- ¡Ah, bueno! - solo atino a responder su madre.

Al quedarse sola se encerro en su dormitorio; pero no se dedico a ordenar el ropero como habia dejado saber, sino que saco del interior de la mesa de luz la caja de carton azul.

Con mano nerviosa se apresuro a destaparla encontrandose con el muñeco. Lo cogio, por unos momentos,lo tuvo en sus manos como si no supiese que hacer con el, de pronto en un arranque subito de colera lo escupio para despues atravesarlo tres veces consecutivas con el clavo mientras murmuraba con los dientes apretados por la ira.

-¡ Maldita! ¡Maldita! ¡ Maldita!

En lo alto, el sol seguia dejando caer sus rayos acariciadores sobre la ciudad

El caracteristico chirrido de la verja al abrirse, la puso en aviso de la llegada de alguien..Hacia tiempo que habia ocultado el muñeco y ya calmada se habia puesto a acomodar algunas cosas en el ropero.

Mientras continuaba con lo que estaba haciendo,sus sentidos quedaron expectantes esperando de que alguien entrase. Extrañada al ver que esto no se producia se dirigio al comedor. Desde ahi escucho la voz de su madre conversando. Acercandose a la ventana que daba al jardin de entrada, descorrio la cortina levemente para espiar al exterior.

De la parte de adentro de la casa, su madre se apoyaba contra el pilar de la verja entreteniendose en platicar a brazo partido con Doña Pepa, una vecina del lugar, que pasaba su vida viviendo en las casas de los demas mas que en la suya. Acerco su rostro a la ventana, el que quedo practicamente pegado

contra el marco de la misma en su deseo de poder escuchar con mas nitidez lo que se hablaba.

- Tal cual se lo he dicho Carmelita, tal cual se lo he dicho. Una verdadera desgracia-exclamaba la vecina en aquellos momentos.

Desde su posicion en que se hallaba podia apreciarla en toda su figura.Tenia uno de sus brazos encogidos, a la altura media de su antebrazo pendian las manijas de una bolsa de compras repleta de verduras mientras el brazo libre se movia en el espacio dibujando filigranas al momento de hablar.

- Usted lo ha dicho Doña Pepa, una verdadera desgracia- era su madre la que hablaba ahora- Gente tan buena. Porque los Sierras, no me diga usted, son de lo mejorcito que hemos tenido en el barrio.

Los Sierras, su madre habia dicho los Sierras. Su circulacion comenzo a acelerarse en forma desproporcionada. Sintio como su cuerpo se desequilibraba en un temblequeo incontrolable. En aquel estado de tension no alcanzo a escuchar la respuesta de Doña Pepa, por lo que se abstuvo en prestar atencion a lo que su madre decia nuevamente.

- No somos nada. Esa es la verdad Doña Pepa,no somos nada. Lo que le digo a usted. Fijese que ayer justamente me encontre con la señora Sierras en la carniceria, conversamos de algunas cosas, precios generalmente, que otra cosa se puede conversar en estos dias.

-Tiene usted razon, vaya si la tiene Carmelita. No somos nada. Cuando el de alla arriba nos llama.....

-Hola ,hola , ¿ Como esta la gente ?-

Era su padre que regresaba. Se detuvo a la entrada,cogiendo de las manos de su madre la bolsa de compras. Dijo algunos chistes a Doña Pepa que los festejo riendose estruendosamente como era su costumbre, mientras sus amplios pechos parecian escaparse de sus corpiños al compas de sus carcajadas .Luego abrio la verja,despidiendose de la vecina e introduciendose en la casa.

Antes de que su padre hubiese abierto la puerta de entrada, habia cruzado el comedor para meterse en su dormitorio.

Un estado de nervios la absorbia por completo, se sentia liviana, volatil, con un monton de ideas que al cruzarse en su mente chocaban entre si ofuscando la logica de su razonamiento. Pero se sentia feliz, eso si. Feliz porque se habia producido lo tantas veces esperado. El maleficio se habia cumplido, y ella, su
rival , habia muerto.

Se sento al borde de la cama entrelazando las manos con nerviosidad. Asi estuvo por espacios de unos segundos , absorta en sus ideas. Luego, se inclino
para abrir la pequeña puerta de la mesa de luz. Nuevamente tenia en sus manos la caja de carton, la destapo.En su interior, el muñeco, con el clavo de ataud clavado al pecho parecia mirarla. Lo cogio en sus manos lanzando a un costado la caja con violencia al tiempo que se dirigia al baño. Alli, concienzudamente comenzo a despedazar el muñeco de cera. Primero fue la cabeza, luego los brazos y piernas mas tarde el tronco. Los trozos fueron arrojados al inodoro que se hundieron en las aguas calmas del sifon, Debio apretar tres veces el boton del tanque del deposito de agua para que los restos del muñeco desapareciese por el caño de desague.

Mas tarde se sento sobre la tapa del inodoro. Ahi estuvo un rato con ambas manos cubriendose la cara tratando de coordinar ideas. Dios mio, se decia, por fin todo habia concluido. Por fin Carlos era libre. Y una alegria inmensa se posesionaba de su persona, pareciendo que estuviese a punto de estallar de gozo de un momento a otro.

Quince minutos mas tarde, mas calmada, salio del baño. Su madre ya se encontraba en la cocina y estaba preparando la salsa para los tallarines.

-¡Hola! ¿Arreglastes tu ropero?-le dijo al verla entrar.

-Si, aunque todavia falta algo.Pero eso voy a ver si lo hago otro dia. ¿Comprastes todo ?-

-Todo y como siempre con precios nuevos. Es increible, con estos cambios de precios todos los dias ya no se puede vivir.-

- Te escuche que conversabas con alguien- indico, tratando de agilizar el tramite para que hablase de lo que a ella le interesaba..

-¡ Ah, si! Con Doña Pepa. Veras....me estaba contando lo de los Sierras.-

-¿ Los Sierras ? - y trato de ser indiferente en el tono de voz.

-Si, la familia Sierras. Una desgracia. Estan de duelo.-

-¿ Los Sierras? - y ahora el tono de su voz se elevo como si hubiese sido sorprendida.

- Si, hija. Los Sierras. Fue una sorpresa . Un paro cardiaco.....

- ¡ Pobre mujer! Pero eso es algo que se esperaba. Ya el señor Sierras, cuando trabajaba con el, me habia manifestado el estado delicado de su esposa.-

-¿ No te entiendo ?

- Quiero decir....bueno, todos sabiamos que la esposa del señor Sierras despues de aquella operacion no quedo muy bien.-

- Pero ella no ha fallecido.-

-¿ Como?

- Ella se encuentra bien. Es el señor Sierras el del paro cardiaco. Esta mañana se lo llamo a la oficina porque su esposa habia sufrido un desmayo. Cuando llego a la casa su mujer se habia repuesto de la crisis, el en cambio parecia encontrarse bastante agitado. Dicen que se acerco a su esposa que se hallaba recostada en la cama, sentandose a un costado de la misma ,que estuvo un tiempo mirandola y sonriendole sin decir nada y que el infarto vino tan de sorpresa que nadie atino a hacer nada. Lo vieron encogerse, palidecer y acercar sus manos a su pecho, abrir la boca en un jadeo que resulto impresionable verlo. Despues doblarse en dos y caer muerto. ¿ Te das cuenta lo terrible que debio de haber sido?

Pero Mabel , ya no la escuchaba, se habia quedado estatica, clavada al piso, mirandola con los ojos muy abiertos, desorbitados, los musculos de su rostro se habian endurecido ofreciendo una expresion de demencia que llego a alarmar a su madre.

- ¿ Pero que te pasa hija?

No obtuvo respuesta, la muchacha giro sobre si misma, la cabeza gacha, alejandose con pasos vacilantes, lo brazos estirados y sus puños cerrados se apretaban fuertemente a sus costados.

La madre se encogio de hombros. Comprendia que la noticia la habia afectado.Pero le parecio un poco exagerada la actitud de su hija.Por lo que se dedico a continuar con sus tareas.

Cuando mas tarde la busco, la hallo en su dormitorio. Se encontraba sentada a un costado de la cama. Al entrar, ella levanto la vista.Su rostro se habia suavizado y sus pupilas reflejaban una candidez que no supo definir. Vio que en sus manos sostenia una caja de carton azul.

-¿ Que estas haciendo ahi? - le pregunto extrañada.

Y entonces pudo ver como los ojos de su Mabel se llenaban de lagrimas lloriqueando, para preguntar con esa vocesita de niña mimada que hacia muchos años habia dejado ella de escuchar.

-Mamacita,mamacita.....¿Donde esta mi muñequito?

.....

La Motocicleta

Irene saco el hueso de la pierna de cordero, haciendo un corte profundo, el que relleno con pan mojado en leche, cebolla picada, perejil, codimentandolo despues con sal, pimienta y ralladura de limon. Luego cosio la abertura poniendo a cocinar la pierna en una cacerola con abundante aceite,nabo y puerro finamente picado. Sentado frente a la pequeña mesa con tabla de formica ubicada detras de la heladera, Andres la observaba en silencio.

- Ese imbecil se ha pasado toda la mañana con esa maldita moto- dijo la mujer, secandose las manos con un descolorido repasador que en un tiempo se habia destacado con un manojo de rosas estampado a vivo color.

Era una mujer joven, alta, de buena figura. Su rostro expresivo, realzaba su naturaleza decidida. Tenia ojos claros y pequeños, nariz aguileña y labios carnosos y sensuales que en aquel momento apretaba con furia, reprimiendo la ira que segundo a segundo se acrecentaba en su interior.

Andres no contesto. Se sirvio un vaso de vino mirando en la direccion en que se encontraba la mujer. Le quedaba muy bien aquella solera de fondo negro con florecillas rojas y blancas, penso. Aquellos hombros que se dejaban ver, aquellas espaldas, aquellas caderas bien torneadas... apuro de un trago el contenido del vaso, sintio como la bebida se deslizaba hasta el estomago. Un calorcillo alegre comenzo a recorrerle el cuerpo mientras se servia otro vaso de vino.

Irene en tanto miraba a traves de la ventana que daba al patio de la casa. Arrodillado al lado de la motocicleta, Roberto, su marido , seguia estusiasmado armando y desarmando aquel artefacto con una devocion que confundia, la cual bien podia decirse que rayaba en la locura.

-Pero ese ganso no va a parar nunca- manifesto la mujer, mordiendose los labios con nerviosidad.

Andres apuro el segundo vaso de vino encogiendose de hombros por toda respuesta.

- Se levanto a las seis de la mañana- continuo Irene- son las once. No ha sido capaz de tomarse una triste taza de te. Toda la mañana pegado a esa maquina. Contestame con honestidad. ¿ No es un estupido tu primo?-

Los ojos oscuros de Andres se clavaron en las espaldas de la mujer. Que bien se ajustaba al cuerpo aquella solera, se dijo. Cerro los ojos por un instante y la imagino desnudandose, acostandose al lado de su primo, para decirle palabras de afecto, mientras este centraba sus pensamientos en las doscientas cilindradas de su motocicleta.

- Si, creo que tienes razon. Es un estupido.- respondio

Ella giro su rostro mirandolo con cierta sorpresa. En realidad no habia esperado que Andres contestase de aquella manera. Generalmente defendia a Roberto de todos los ataques de los cuales era objeto de parte suya..

- Te desconozco- preciso Irene, esbozando una fugaz sonrisa.

- Creo que a mi me pasa lo mismo. Pero hay cosas que no se pueden decir de otra manera.

Por unos segundos las miradas de ambos se encontraron, era como si se descubrieran por primera vez. El fue el primero en desviar la vista agachando la cabeza para servirse un tercer vaso de vino. Ella se volvio con el ceño fruncido, no habia podido evitar que los colores se le subieran a las mejillas. Destapo la olla comenzando a revolver su contenido con una cuchara de madera. Un nerviosismo que no sabia explicarse se habia apoderado de su persona. Las aletas de su nariz se dilataban en un estado febril. Tapo la olla nuevamente dejando la cuchara de madera a un costado de la mesada de marmol. En el patio entretando su marido se preocupaba de pasar con suavidad un trapo empapado de gasolina a los aros cromados de la motocicleta.

Lo observo. Mas que la dedicacion que consagraba hacia aquel artefacto, lo que mas la exasperaba era el afecto, la especie de ternura que destinaba hacia aquel monton de hierros como si se tratase de un ser cargado de sensibilidad y reacciones propias. Hubo veces que lo habia sorprendido palmeando el tanque de gasolina como se suele en algunas ocasiones palmearse los hombros de algun ser querido en un gesto de complacencia. Se hubiese jurado, de haberse acercado lo suficiente, que habria podido escucharlo conversar con la motocicleta.. Tan ensimismada se hallaba que no sintio al hombre acercarse. Un escalofrio le recorrio de pies a cabeza cuando percibio la mano de Andres apoyarse sobre su hombro. Al volverse se encontro ante su rostro, se hallaba tenso, agitado, sus pupilas la miraban fijamente sin pestañear.

- Irene- dijo. Su voz parecio brotar metalizada.

- ¿ Que sucede?- habia levantado el menton y lo miraba en actitud desafiante.

El hombre trago saliva antes de continuar.

- Te quiero...- murmuro. Sus palabras cargadas a tufo de vino obligaron a la mujer a echarse atras.

-¿ Te has vuelto loco?- alcanzo a decir ella.

Eso fue todo. Las manos de Andres la tomaron de los hombros atrayendola con rudeza hacia el. Trato de besar sus labios pero ella logro evitarlo y el beso fue a morir en una de sus mejillas. Entonces comenzo a besarla con desesperacion, en las orejas, en el cuello, en los ojos, en la nariz. La resistencia de Irene parecia debilitarse en cada beso del hombre que parecia absorberla, hasta que, totalmente vencida, fue ella la que ofrecio sus labios, fue ella quien se apreto a Andres con pasion de mujer ardiente y olvidada que desea fundir su cuerpo al hombre que desea poseerla.

Calmado en parte sus ardores se apartaron mirandose con extrañeza, como si no supiesen explicarse lo que habia sucedido. Ambos se agitaban convulsionados por los sentimientos que habian surgido a la luz, derrumando los muros de indiferencia en los cuales se habian mantenido hasta el momento.

- ¿ Que es lo que esta pasando Andres? ¿ Que explicacion puedes darme? ¿ Como hemos llegado a esto?- habia perplejidad en el tono de su voz.

El la volvio a tomar , esta vez con suavidad, como si temiese que aquello que tenia entre sus manos pudiese esfumarse.

- Son cosas dificiles de explicar. En algun momento nacen sin darse cuenta de ello, luego se desarrollan y lo que fue un insignificante brote se transforma en una maraña que te atrapa, te asfixia, no te deja vivir...-

-Roberto siempre se porto bien contigo. Te lo ha dado todo. Alojamiento en su casa. Te consiguio un empleo...-

- Lo se. Lo se. ¡ Por Dios! No me tortures con eso. Se que esta mal lo que he hecho. Pero me siento atraido hacia ti. ¿ Que puedo hacer? Esa es la verdad. Te deseo.-

La atrajo hacia el apoyando sus mejillas a las de ella.

- Te deseo y nada puedo hacer contra eso.-

Irene se estrecho a Andres. Estaba confusa; pero se sentia feliz, la falta de hombre la sacaba de quicio. Y bien sabia Dios que Roberto hacia tiempo que no le daba ni la hora.

El hervor de la olla levanto en parte la tapa, un vapor grisaceo se elevo hacia el cielorraso, En la posicion en que se encontraba podia ver de soslayo a Roberto como continuaba entusiasmado con su pasion.

Serian aproximadamente cerca de la una de la tarde,cuando Roberto decidio dar por finalizada su labor. Dio una patada a la palanca de arranque poniendo en marcha la motocicleta. La acelero para despues desacelerarla y comprobar el paso de la gasolina. Satisfecho, hizo girar la llave de contacto cortando el paso de electricidad.

- Estas hecha una joya querida.- murmuro, palmeando el tanque de gasolina como ya era su costumbre.- Nada que ver a como estabas cuando te vi por vez primera.-

Los rayos de sol se reflejaban en las partes cromadas del vehiculo que relucia como un espejo.

La habia comprado de segunda mano a un gitano ropavejero que solia pasar de cuando en cuando por la zona, comprando todas aquellas cosas que la gente comienza a creer que estan de mas en su casa.Le vendio algunas botellas vacias saldo restante de las fiestas de fin de año,mas algunos kilos de papel de diario que se habian acumulado hasta la fecha y algunos trozos de bronce de un antiguo catre de su padre que ningun beneficio sacaba teniendolos arrinconado en el galpon. Se entablo una conversacion entre el gitano y el, hasta que en uno de esos giros que suelen surgir a veces de un charla, se hablo de motocicletas.

-Yo tengo una para vender.- le habia dicho el gitano.- Y esta en precio. Es cosa de verla y ver si podemos hacer negocio.-

- ¿ A que se le llama estar en precio?

Le dijo la cantidad. Le parecio un regalo.

- A que se debe que este tan baja. Debe de estar reventada.

El gitano se sonrio mostrando su dentadura amarilla de nicotina.

-No,no lo esta. Algunas pequeñas cosas, como es natural habra que cambiarle; pero esta en condiciones. Si la tengo baja de precio es porque no la puedo vender. Mi gente dice que esta embrujada y puede que tenga razon. Vinieron tres compradores, uno no la pudo hacer arrancar, se canso de darle patadas, la puso a punto, la toco y retoco, era mecanico y entendia de esas cosas. Se fue echando ajos. No quiso saber nada. El otro, logro hacerla arrancar a la primer patada. Riase usted, si. La puso en marcha y todo parecia que iba bien. De pronto, cuando habia tomado velocidad se detuvo de golpe. El pobre diablo salio por encima del manubrio yendo a parar a un zanjon que habia en el lugar. Tampoco la quiso comprar. El tercero fue peor, le da la patada, la pone en marcha, se sube , la embraga poniendola en primera y cuando suelta el embrague, la moto se para en una rueda como un caballo encabritado cayendosele encima. Fue a parar al hospital con cuatro costillas rotas. Le estoy dando la justa para que vea porque la vendo casi regalada. Si usted cree en brujerias, no se tome el tiempo de ir a verla. Si no cree en esas cosas,lo espero mañana.

Y asi fue. Al dia siguiente se hizo presente en el domicilio del gitano. Una casita pequeña, de material, pintada de blanco, en cuyo frente se ofrecia un jardin muy bien cuidado donde se destacaba un frondoso limonero cargado de frutos. A su izquierda, una entrada de vehiculos conducia hasta un inmenso tinglado levantado con chapas de zinc.

- Adelante,adelante- habia dicho el gitano al verlo, haciendolo pasar. Y asi lo introdujo en aquel deposito verdadera babilonia de objetos con sabor a historias encantadas.

Aquel gitano tenia de lo que le pidiesen. Una cortadora de fiambre, un televisor, una plancha a carbon, sillas antiguas, modernas, cocinas a leña,tocadiscos...¡ Demonios! En aquel deposito se podia encontrar hasta la lampara de Aladino. Y

ahi, en un rincon,pegada casi a un inmenso ropero antiguo construido en madera de caoba, estaba ella. Doscientas cilindradas de motor, tanque de gasolina pintado de negro con capacidad para unos diez litros. El cromado del manubrio y de los guardabarros estaba un poco descascarado, el oxido habia comenzado a hacer su trabajo. Pero en general, se la veia bien. Solo habia que ver ahora como andaba de motor. Se acerco inspeccionando el robusto cuadro construido en acero al cromo molibdeno, paso la mano por el lomo del tanque de gasolina fijandose en su suspension delatera telescopica e hidraulica, la trasera era basculante con amortiguadores hidraulicos, en la union de la tapa con el motor se podia ver una gran mancha de aceite. Seguramente habria que cambiar las juntas, se dijo. Habia algo que lo atraia de aquel vehiculo; pero no sabia explicarselo. Algo que estaba mas alla de la maquina. Le parecio estupido pero percibio como si una corriente de comunicaciones se estableciese entre la motocicleta y el. Recordo la conversacion que habia tenido el dia anterior con el gitano en la cual le dejo saber que se daba a aquel vehiculo por embrujado y no pudo menos que reirse para sus adentros.Tan abstraido se hallaba en sus reflexiones que no se dio cuenta que el gitano le estaba hablando. Se volvio encontrandose con sus ojos oscuros y astutos.

-¿ Y que tal?-

Las pupilas inquietas del gitano le hacian recordar las de una laucha.

-Me gusta- respondio. Fue espontaneo. La alegria manaba como un torrente acompañando a sus palabras.

- Con algunos pequeños retoques le queda de primera- dijo el gitano.

- En efecto- asintio, realzando lo dicho con un movimiento de cabeza,

- Ahora me gustaria probarla.-

Noto como el gitano tragaba saliva con la misma dificultad que si estuviese tragando tuercas.

- Naturalmente esta en su derecho.- contesto despues de un breve lapso de tiempo. Habia sacado un pañuelo y se secaba el sudor de la frente. Estaba nervioso y eso lo hacia transpirar como un condenado a galeras.-Solo que para su

advertencia.- prosiguio- las cosas deben de tomarse con calma. Creo que ayer fui lo suficiente explicito para que no le quedase dudas de como se las gasta esta dama.-

Hizo un gesto indicativo con la cabeza en la direccion en que se encontraba la motocicleta.

- Si es verdad, pero no me queda otra alternativa, no voy a comprar algo que no se si va a funcionar.

- Comprendo.- asintio el gitano, dibujando una mueca de resignacion.

Cogio la motocicleta del manubrio y comenzo a hacerla rodar hasta la calle. Era una maquina pesada, lo comprobo cuando en un momento dado se ladeo a un costado y tuvo que soportarla con el peso de su cuerpo. El gitano caminaba a su lado, habia cierta comicidad en su rostro saturado de preocupacion.

Ya en la calle bajo el pie quedando el vehiculo parado por sus propios medios.

- ¿ Tiene bateria ?- pregunto.

- Caballero,tiene todo lo necesario para que esto salga caminando. Siempre que este en ella querer hacerlo.-

Aquella salida del gitano le hizo reir. Era muy natural en aquella gente hacer verdades las mentiras que ellos mismos inventaban. Y si en aquel momento estaban convencido de que aquel rodado se hallaba embrujado, no habia Cristo que se los pudiese sacar de sus cabezas. Habia tenido relaciones anteriormente con gitanos y parecian estar todos moldeados con el mismo patron. Giro la llave de contacto dando el encendido. Cebo el carburador hasta que la gasolina se rebalso por la juntura superior, luego dio la patada. Fue suficiente. El motor se puso en marcha. Lo acelero suavemente hasta llegar al maximo. La maquina tronaba con la furia de mil demonios enloquecidos ,todo vibraba alrededor de ella. Le parecio excesiva su potencia Conocia bastante de motocicletas y nunca habia visto nada igual. Se acomodo para sentarse, apreto el embrague llevando el cambio a primera. El gitano lo miraba con ojos de asombro. Fue soltando el embrague al tiempo que lo aceleraba poco a poco. Comenzo a desplazar el rodado por el

pavimento, llevo el cambio a segunda acelerandolo. Al llegar a la ruta la paso a tercera dandole el maximo al acelerador y probando su velocidad. Era una bala. El motor se encontraba de primera. Que brujerias ni que ocho cuartos. Estaban locos los que no se la habian llevado y loco estaba el gitano que la regalaba a ese precio.

Cinco minutos mas tarde se hallaba nuevamente en el lugar de partida.

- ¿Y, como estamos ?- le interrogo el gitano al verlo llegar.

- Ni una palabra mas amigo, me la llevo.

-¿ Ningun problema?-

- Por el momento no, ya veremos mas adelante.-

Y sin agregar mas a lo dicho se hicieron las tramitaciones correspondientes. El gitano se quedo con el dinero y el se llevo la motocicleta.

Cuando llego a su casa , Irene lo miro con cara de basilisco.

- ¿ Que es eso? - pregunto al verlo descender del vehiculo.

- No me digas que no sabes lo que es una motocicleta.- le habia respondido de no muy buen talante.

- Si que lo se. Lo que no se que es lo que estas haciendo con ella.

-Acabo de comprarla. Mira que sencillo que es.-

Despues fue algo asi como una explosion. Una explosion de verbosidad. Una explosion de palabras dichas sin ubicacion, para molestar , para dañar, propias de una neurotica insastifecha que busca nivelar su deficiencia sentimental con reacciones emocionales de corte violento que parten desde la injuria hasta la calumnia.

- ¿ Que para que queria aquel artefacto,para matarse? Porque para eso hubiese resultado mas economico un revolver. Si un revolver imbecil. O es que habia otro motivo. ¡ Pero claro! Con aquella motocicleta el señor pretendia convertirse en el centro de atraccion de las chicas de la zona. ¡Vamos! Que ella no era ninguna estupida. Que antes quemaba aquel monton de hierros. Que lo entendiese bien, lo quemaba. Que le daba un tiempo para desembarazarse de ella y que fuese en la

brevedad. Si, en la brevedad. Porque si no, al primer ropavejero que pasase se la vendia por chatarra. Porque ella tenia la cabeza dura, bien dura. Que lo entendiese bien, que cuando se le metia algo entrecejas se salia con la suya.-

Si que lo entendia, vaya si lo entendia; pero lo que no entendia su mujer era que el tenia la mollera mas dura que ella. Y fue asi que la motocicleta se quedo.

Un año hacia de esto. Por un momento temio que cumpliese su amenaza. Parecia ridiculo confesarlo, pero se habia encariñado de una manera muy especial con el rodado. Era como si se hubiese posesionado de su persona ligandolo a sentimientos que resultaban no comunes entre una maquina y un ser humano. Por lo tanto perderla hubiese resultado un golpe muy duro de soportar. Ademas, un hecho de esta naturaleza lo hubiese inducido a reaccionar violentamente y sabe Dios en que forma hubiese actuado en contra de su mujer.

Felizmente nada de eso paso a mayores y todo no llego a ser mas que una mera explosion de palabras. Con el tiempo Irene dejo de despotricar,parecio resignarse, aunque el odio vivia latente en todo su ser. Habia que verla pasar al lado de la motocicleta lanzandole esas miradas tan particulares suyas animadas de aversion, en las cuales hubiese querido fulminar el vehiculo.

Poco a poco comenzo a acostumbrarse a ese estado de cosas. Y aquellas miradas de Irene se convirtieron en lo habitual de todos los dias. Y fue asi que mientras mas se acrecentaba ese sentimiento de penetracion que parecia fusionarlo a la motocicleta mas se iba distanciando de aquellos lazos que en un tiempo lo habian unido a su esposa. Y si antes de tomar contacto con el rodado el estado sentimental con Irene no pasaba de regular, a aquellas alturas se podia decir con perfecta propiedad que se encontraban bastante mal. Y que de haber sido posible de buena gana hubiese cambiado a su esposa por algunos repuestos que hubiesen resultado utilizables para el vehiculo.

La motocicleta la puso en condiciones. Dos meses despues de su adquisicion hubiese sido dificil reconocerla. Neumaticos nuevos, piezas que habian sido salpicadas por el oxido fueron nuevamente cromadas quedando como recien

salidas de fabrica. Cambio de aros, afinacion del carburador y reparacion total del encendido de luces. Si, dos meses despues, el gitano hubiese dado la cabeza contra la pared de ver el cambio que se habia operado en aquella maquina.

Su marcha era perfecta. Su estado de primera. La misma maquina que en un momento de inconsciencia habia regalado por algunas monedas haciendose eco de los prejuicios propios de su raza.

Todos los sabados se habia convertido en algo tradicional para el, hacer una revision al vehiculo. Ajuste, limpieza, engrase, cambio de piezas si habia que hacerlas, de manera que esta se encontrase en condiciones hasta el siguiente sabado. Y era lo que habia estado haciendo aquel dia. Con franciscana paciencia se habia dedicado desde las seis de la mañana a revisar todos los pormenores relacionados con el perfecto funcionamiento de la maquina.

Y en aquel momento podia darse por satisfecho. Habia cumplido con lo que el llamaba el baño semanal Paso su mano por el lustrado manubrio que brillaba como un faro a los reflejos del sol. Desconecto la bateria y despues de darle una palmada al asiento mientras se despedia con un “ Adios muchacha! Se encamino hacia la casa.

Al entrar casi se tropezo con Irene que en aquel momento salia de la cocina portando una fuente humeante de comida.

- ¿ Terminastes?- pregunto. Detras suyo Andres la seguia llevando una botella de vino.

- Si. Me lavo las manos y estoy con ustedes.-

- Bien. Te esperamos- repuso ella dirigiendose al comedor.

Un aroma agradable habia saturado el ambiente. Roberto lo aspiro con plenitud invadiendo lo mas recondito de su ser. Una apetencia incontenible lo impulso a higienizarse con mayor rapidez de lo acostumbrado.

Sentado a la mesa se dejo servir por su mujer. Generalmente se hablaba muy poco a la hora de comer. Andres, su primo , era un excelente muchacho; pero muy poco conversador. Por eso se extraño cuando comenzo a relatar algunas

situaciones que se habian presentado en la empresa donde trabajaba; pero lo que mas le sorprendio, fue cuando su esposa le pregunto por la motocicleta.

-¿ Le cambiastes el cable de embrague?- habia preguntado.

- Si, se lo cambie.-

- Recuerdo que te escuche decirle a Andres que estaba por cortarse. ¿Quedo bien?

- Mejor no podia quedar.-

-Que bien, otro problema solucionado. Andres me estaba diciendo lo importante que es cuando se tiene un vehiculo, tenerlo en condiciones.-

- Es verdad. Es muy importante.-

Aquello estaba fuera de serie. Resultaba insolito. Irene preocupandose por la motocicleta. La escuchaba y no podia creerlo. ¿No estaria soñando? La miro a la cara. A decir verdad la encontraba distinta. Quien sabe mas alegre, mas vivaz. No sabia como explicarselo pero no era la misma.

Corto un trozo de cordero y se lo echo a la boca. Los miro a ambos mientras masticaba. Irradiaban alegria y eso era bueno. La alegria siempre es buena, se dijo. Giro su cabeza en direccion del patio a traves del ventanal, alla estaba ella, parada sobre su pie, habia altivez en sus formas, como esos toros de lidia que se plantan ante el torero con todo el orgullo de su especie y se regocijo por ello. Si, la alegria es buena volvio a decirse. Andres y su mujer se reian en aquel momento por algo que habia dicho ella y sin conocer el motivo se echo a reir tambien.

.....

La noche era clara, estrellada. Hacia el oriente se perfilaba la luna en su fase de cuarto creciente. Sus rayos plateados se dejaban caer suavemente mientras una brisa calida y juguetona recorria libremente las calles de la ciudad.

-Una hermosa noche- declaro Irene. Tenia el ceño fruncido. Su rostro ojeroso delataba largas noches de insomnio.

Andres la miro sin contestar. Levanto el pocillo bebiendo de un sorbo su contenido.

-Este cafe esta horrible.- gruño, dejando el pocillo sobre la pequeña mesa con cubierta de formica. Se notaba alterado, sobre su frente se perlaban gotas de sudor las que seco con su pañuelo. Extrajo un paquete de cigarrillos de entre sus ropas sacando uno y encendiendolo. Invito a la mujer pero esta con un gesto le indico que no queria fumar.

- Te estan comiendo los nervios.- apunto Irene clavando sus pupilas en las de el.

Aquello lo molesto.

- Se me nota.- pregunto de mala manera.,

- ¿ Que te parece?

- No todos los dias se prepara uno a asesinar a un hombre.-

- Si estas arrepentido lo podemos olvidar.- dijo Irene. Sus labios se torcieron en una mueca de desden.

Andres pestañeo repetidas veces. Una oleada de rabia lo inundo. Lo estaba llamando cobarde, lo decia en una forma sutil, pero lo decia.

- No,no es eso. Tampoco tengo miedo. Se planeo hacerlo y lo vamos a hacer. Solo que, no puedo dejar de pensar de que voy a matar a un ser humano, maxime cuando este es mi primo y sentirme como si fuese a una fiesta.-

- Lo entiendo.- hubo una pausa- tampoco yo me siento bien. Deberiamos tomarlo con calma. Cuando todo esto termine nos vamos a sentir mejor. Ademas, bien lo sabes, no podemos vivir como lo hemos estado haciendo. Creo que en su momento resolvimos que esta decision era lo mejor.-

Andres aspiro el cigarrillo llenandose los pulmones de tabaco, camino unos pasos expeliendo el humo que se elevo hacia el cielorraso de la cocina en curiosas filigranas.

- Si, tienes razon- asintio, se habia colocado frente a la ventana y de espaldas a la mujer. Desde aquel lugar se podia ver en la claridad de aquella noche, el fondo de la casa, y el galpon donde Roberto entre otras cosas acostumbraba a guardar su apreciada motocicleta.

- Toda la razon del mundo - continuo,volvio a aspirar una nueva bocanada de tabaco-Durante dos meses nos hemos estado amando a escondidas de tu marido. Dos meses que han sido los mas felices de mi vida. Nunca pense que pudiese llegar a amar a alguien como lo he hecho contigo.- hubo otra pausa para despues proseguir.- Mi idea era contar a Roberto lo nuestro. Hubiese sido comportarse con honestidad; pero tu me dijistes que eso hubiese sido estupido.-

- Y lo hubiese sido- recalco la mujer.

- El se volvio y sus ojos se encontraron con los de ella. La mirada de Irene mas fuerte que la de el, le obligo a desviar la vista. Camino hacia el lugar donde se encontraba el cenicero y aplasto la colilla de cigarrillo que apretaba entre sus dedos.

- Si, lo hubiese sido- repitio la mujer- De que honestidad me estas hablando,de la que tuvistes cuando me tomastes entre tus brazos para haceme tuya. Ademas, que facil resulta, vente conmigo, abandona a tu marido. Siempre es la mujer la que se estigma, nunca el hombre. Para el hombre se suavizan los calificativos; pero para la mujer ¡Dios! Para ella no, para ella hay que buscarles los mas duros, los mas ofensivos, hay que dañarla en lo mas profundo. Y ademas, si el matrimonio es una sociedad y si en cinco años de casados se han obtenido beneficios, porque perderlo o pretender la mitad de ellos buscandolos detras de prolongados juicios que a la larga van en desmedro de esos beneficios, cuando uno puede tener la oportunidad de quedarse con todo sin problemas de picapleitos.-

-No es justo lo que dices.-

- No me hagas reir. Pero dejemos eso y vayamos al grano. Muchos en la misma situacion, harian lo que vamos a hacer nosotros y si no lo hacen es porque son unos cobardes. Esa es la verdad. Los vas a ver lloriqueando, quemandose el cerebro pensando que lo podrian hacer; pero les falta eso que se necesita para poder hacerlo.-

Estaba nerviosa. Su rostro alterado habia enrojecido. Andres agacho la cabeza guardando silencio, las palabras de la mujer lo atropellaron avasallandolo. Tuvo

entonces miedo de hablar. Miedo a su punzante ironia. Miedo a esos argumentos frios calculadores que le presentaba. Miedo de que lo insultase llamandolo cobarde. Entonces callo.

Ella parecio calmarse al ver que el no respondia. Lo estudio por unos segundos tratando de definir los rasgos expresivos del rostro de Andres.

- Bueno, bueno. No hablemos mas de esto., Todo saldra bien- dijo al fin, se acerco a Andres pasando su mano juguetona por sus cabellos- Vas a ver que dentro de unos dias nos vamos a reir a lo grande de todo este asunto.

Su rostro se habia suavizado tomando una expresion dulce y cautivadora.

-Tienes razon, a lo hecho pecho - contesto Andres, trago saliva haciendolo con dificultad.

-¿Esta todo preparado? El llegara-Irene miro su reloj pulsera- mas o menos dentro de una hora

-No te preocupes, lo tengo todo preparado-con el pulgar y el indice de su mano derecha se pellizcaba el lomo de la nariz en su parte inicial en un gesto de reflexion para despues abrir ambos dedos en forma de abanico y restregarse los parpados- Si,

todo esta preparado-repitio-cuando el entre se dirigira al galpon con su motocicleta como hace todas las noches.He cambiado la lamparilla que habia, colocando en su lugar otra con el filamento quemado, de manera que cuando trate de encenderla se va a encontrar que no tiene luz. Entonces es cuando se tendra que dirigir hacia el pupitre donde esta la lampara de brazo extensible. Esta es de metal y lo he arreglado de tal manera que en estos momentos una carga de doscientos veinte voltios lo recorre en toda su extension. Cuando mi primo trate de encender la lampara en la oscuridad en su busqueda por el interruptor, va a tener que coger el brazo extensible.

- ¿ Tiene posibilidades de salvarse ?-

- Es posible. Siempre existe un margen de posibilidades; pero si todo se llega a producir como lo he previsto, no lo creo. Al coger el brazo extensible la descarga

electrica lo va a obligar a contraer los musculos de su mano aprisionandolo de tal forma, que le va a resultar imposible desprenderse de el. De todas maneras todo esta hecho con mucha simplicidad. Si no resulta, no existe mucho margen para que nosotros caigamos en sospecha. El pensara que ha sido algo accidental.-

- Ojala resulte. No resta mas que decir una cosa. No le podemos pedir ayuda a Dios, en este caso. Por lo tanto que el diablo nos ayude.-

Sus pupilas titilaban reflejando la malsana alegria que la dominaba.

Andres penso que tenia razon. Solo el diablo podia ayudarlos en aquella ocasion.

Se sento y tomo un mazo de cartas españolas que habia sobre la mesa.

- Hare un solitario- dijo- Es una forma de acortar el tiempo.

Irene se encogio de hombros por toda respuesta. Encendio la hornalla colocando la cafetera al fuego.

- Voy a hacer cafe fresco-dijo.

Andres movio la cabeza en un gesto de comprension. Habia colocado las cartas en cuatro hileras de doce iniciando el solitario.

Serian aproximadamente las nueve cuando llego Roberto. Escucharon la motocicleta mucho antes que se detuviese frente a la casa. Irene se corrio hasta el dormitorio y desde la ventana que daba a la calle observo cuando se detenia apagando el motor. Lo vio desmontar y encaminar su maquina hasta la verja que daba al zaguan. Volvio entonces a la cocina para verlo pasar por el patio en direccion al galpon. Se hallaba en un profundo estado de extasis. A su lado se encontraba Andres, palido, los ojos desorbitados. Ambos siguieron la figura de Roberto hasta que este se perdio con su vehiculo.-

Esperaron, los ojos fijos hacia la puerta del galpon. Callados ambos no despegaron por un momento la vista de la entrada. Irene miro su reloj pulsera, queria controlar el tiempo pero a su entender las agujas parecian estar en el mismo lugar.

- ¿ Cuanto tiempo ha pasado? - pregunto.

- Unos cinco minutos- respondio Andres.

- ¿ Esperamos otros cinco minutos?- pregunto Irene.

- Creo que seria conveniente.-

Andres saco el paquete de cigarrilos. Quedaba tan solo uno. Se lo puso en los labios encendiendolo, luego hizo un bollo con el papel del envase y lo tiro. Los nervios lo carcomian y fumar lo tranquilizo un poco. Seguia con la vista fija en la entrada del galpon. De pronto se dio cuenta de que era un estupido. La idea que se habia adueñado de el no lo queria dejar . Que era un imbecil no cabia duda; pero hubiese dado diez años de su vida por ver salir a su primo vivo del galpon. Pasaron cinco minutos pero Roberto no salio.

.....

Transpiraba. Sus ropas se hallaban empapadas de sudor. Cruzo el umbral. Tenia miedo, de que valia negarlo. Un miedo que punzaba despiadamente el estomago alterando el equilibrio de su naturaleza. Su boca se hallaba reseca,carente de saliva, hubiese jurado que de haber querido hablar, gritar, no hubiese podido . En la mano llevaba una linterna de cuatro elementos que le habia ofrecido Irene antes de salir de la casa. Ve tu solo, le habia dicho, yo no podria. Para mi seria muy impresionable. Y asi, ahora el muy estupido se hallaba solo, saturado de panico con una linterna en la mano tratando de ver lo que habia ocurrido con su primo.

La motocicleta habia sido dejada al lado del banco de carpintero que utilizaba Roberto para hacer sus pequeños trabajos, paso al lado de ella alumbrando en la direccion donde se tenia que encontrar el pupitre.

Sintio que se le erizaban los cabellos cuando lo descubrio. Se hallaba en una posicion de contraccion practicamente pegado a la lampara, con ambas manos presionando el brazo extensible que habia estirado al maximo en su desesperacion

Se acerco hasta donde le parecio prudente. Tenia el rostro violaceo por la asfixia. La electrocucion habia crispado su fisonomia y ahora se presentaba una mascara de horror ante sus ojos.

- Muerto.- se dijo.Y penso que a partir de aquel instante todo estaba bien. Toda la aprension que lo habia perseguido hasta el momento se desvanecio como

por encanto. Todo habia terminado. Habia sido un imbecil al haberse preocupado tanto. Despues de todo, Irene tenia razon. Ahora todo iba a cambiar. Se volvio dispuesto a retirarse. Habia que comunicarselo y porque no, festejarlo.

Fue entonces que se encendio el foco de la motocicleta. El haz de luz le dio de lleno en el rostro enceguecendolo por unos segundos. Aquello lo tomo de sorpresa dejando caer inconsciente la linterna al suelo, la cual al golpearse contra el piso se apago. Parpadeo repetidas veces tratando de acostumbrarse a aquella luz mientras se colocaba la mano derecha a modo de pantalla ante sus ojos. El foco lo alumbraba. Parecia surgir como un ojo acusador de entre las penumbras.

Como demonios se habia encendido aquella luz si al entrar al galpon se encontraba apagada, se pregunto. Comenzo a transpirar nuevamente y el miedo volvio a posesionarse de el. Avanzo hacia la motocicleta lentamente, aunque trataba de dominarse le resultaba imposible dejar de temblar como una hoja.

El foco seguia bañandolo con su luz. Y que pasaria si de pronto aquella bestia de hierro se le diese por arrancar y lo atropellaba, reflexiono.

Acaso no habia escuchado decir a Roberto que el gitano que se la vendio se la habia regalado porque estaba embrujada. De pronto reacciono.¡ Cuernos! Que es lo que estaba pensando. Vaya delirio el suyo. Aquello no era mas que una maquina creada por el hombre y si se habia encendido el foco, sabria el diablo en la forma accidental en que habia sucedido. Seguramente algun cable del circuito electrico habia hecho contacto. Quien podria decirlo.

Al llegar hasta la motocicleta se inclino desconectando el cable de la bateria apagandose el foco en forma instantanea. Esa era la verdad. Aquello no era mas que una maquina. Su suposicion no estaba muy alejada de la verdad. Algun cable haciendo contacto en falso. Ya la revisaria mas adelante.

Penso en el susto que se habia llevado por pensar en locuras y se echo a reir. La mente nos hace malas jugadas. Salio riendo del galpon en un ataque de histeria

que lo acompaño hasta la casa. Irene lo recibio, lo miraba sin comprender, el ceño fruncido, los ojos inquisidores.

-¡ Muerto! ¡ Bien muerto!- exclamo, cuando atino a calmarse un poco.

La vio sonreir y entonces se abrazo a ella en un abrazo fuerte, brutal, tratando de descargar en la mujer la tension que lo embargaba.

Minutos despues tranquilizados se sirvieron una copa de coñac y brindaron por el exito del plan. Se hablo de avisar a la policia y de preparar el siguiente acto con todos los ingredientes histrionicos necesarios; pero en ningun momento Andres hizo mencion de que el foco de la motocicleta se habia encendido sorpresivamente sin razon alguna.

.....

Todo habia resultado como se habia planeado. Seis meses mas tarde Andres e Irene podian manifestarlo a carta cabal. Roberto tres metros bajo tierra. Enterrado con todos los requisitos que responden a un buen cristiano. Las autoridades convencidas de una muerte accidental desaparecieron de la escena. Irene en una actuacion incomparable hizo una viuda digna de una actriz de alto nivel. Y ambos amantes proseguian en su delirio borrando los recuerdos del finado en ardientes noches de pasion. Solo se esperaba que se cumpliese un tiempo prudente para que la suerte de ambos se concretase dentro de los terminos legales. Andres habia examinado la motocicleta concienzudamente tal como lo habia propuesto con el objeto de venderla y a su parecer se hallaba en optimas condiciones dispuesta para ser ofrecida al primer comprador que se presentase.

Y asi se sumaban los dias y se iban conformando los meses.

Fue la noche de San Juan, era sabado, se habian amado y satisfechos ya, no sabian que hacer.

- Podriamos salir- dijo Irene, mirando el cielo estrellado- Es una noche hermosa y aun no son las nueve.-

-Tienes razon- admitio Andres, sus pupilas parecieron iluminarse entusiasmado con la idea- Podriamos ir a cenar al nuevo restaurante que se inauguro dias pasados en el Cruce de la Ruta. Tiene un nombre italiano, “Bambino” dicen que es un poco caro, pero me han dicho que es de primera. Tiene un proscenio donde un conjunto toca compases de viejas y nuevas melodias y una pista de baile por si te interesa bailar.

-¡ Seria divino! ¿ Pero... y para volver? Tu sabes que el unico autobus que transita por esa zona termina su recorrido a la medianoche. No me agradaria tener que regresar caminando. No seria gracioso. Ademas, ya sabes como estamos con los asaltos y robos por aqui, a la orden del dia, y despues de las diez de la noche en el Cruce de la Ruta, no encuentras un taxi ni de casualidad. Tampoco me gustaria tener que comer a las apuradas.-

- Es verdad, para ir a esos lugares a estas horas, hace falta un coche.

- En eso te doy la razon. Pospongamoslo hasta que nos compremos un auto.-

-Vamos a tener que esperar un buen poco.- indico Andres, sonriendo con sorna al tiempo que se pasaba la mano por la nuca.

-¿ Tienes algo mejor ?-

- Podria ser. Siempre que estuvieses dispuesta a hacerlo.-

- ¿ De que se trata?-

Lo miraba con extrañeza.La motocicleta- exclamo Andres levantando ambos brazos en un gesto excesivamente ampuloso.-Tenemos una motocicleta- continuo Andres- esta en perfecta condiciones. Solo falta darle marcha y subir en ella. ¿ Esta claro?-

- ¡ Estas loco!- indico Irene grabando en su rostro una pronunciada expresion de disgusto- Mas que loco, si crees que voy a subir a ese artefacto. Bien sabes tu cuanto aborrezco esa motocicleta.

- Si mujer. Si que lo se. Era tan solo una idea. Aunque no veo el porque...-

-Tengo mis razones. En cuanto a ideas trata de fabricar otras mejores.-

Durante quince minutos discutieron el asunto. Empecinada en su posicion Irene se mantenia en su negativa hasta que las razones de Andres expuestas con objetiva propiedad fueron minando su resistencia.

- Vas a ver que mas tarde cuando reflexiones sobre todo esto te vas a convencer de lo tonta que has sido- apunto Andres pellizcandole cariñosamente la mejilla derecha.

- Asi lo espero- declaro Irene haciendo una mueca de conformidad- Ahora saca esa motocicleta y vamos a ver si todo es tan bonito como me lo pintastes.-

Andres se dirigio al galpon. Minutos despues empujaba el rodado atravesando el patio para llevarla por el zaguan y estacionarla frente a la entrada de la casa.

Ahi se quedo esperando a Irene mientras realizaba algunos examenes menores al vehiculo a la escasa luz del farol de alumbrado publico. Irene salio algunos minutos mas tarde. Vestia polera blanca y una falda azul.

-¿ Lista?- pregunto su amante.

-Lista - respondio ella, terminando de cerrar la puerta de calle. Le entrego una campera de cuero la que el se coloco enseguida, levantandose el cierre hasta el cuello.

Que la motocicleta estaba en condiciones no cabia duda. A la primer patada arranco poniendo el motor en marcha. Aquello puso contento a Andres y cierta euforia se posesiono de el. Luego de acomodarse indico a Irene que hiciese lo mismo detras suyo. Apreto el embrague pasando el cambio a primera, luego fue soltando el embriague con lentitud mientras la iba acelerando. La maquina comenzo a deslizarse lentamente primero hasta tomar cierta velocidad. Un nuevo accionar del embrague y un nuevo accionar de cambios y ahora la maquina corria en segunda. No se veia trafico de manera que la calle parecia ser suya. Irene se abrazaba a el como un naufrago a un madero. La motocicleta parecia rugir como una bestia enloquecida sobre el pavimento.

Al llegar a la ruta la puso en tercera, para despues pasarla casi simultaneamente a cuarta. Ahora ya no corria, parecia volar. Tenia el acelerador al maximo y el

rodado parecia crecer y crecer en velocidad. Uno a uno fue sorteando los vehiculos que alcanzaba a los que sacaba considerable distancia perdiendolos en la noche. Andres escucho a Irene tratando de decirle algo pero no la entendio. El ruido del motor se trago las palabras de la mujer .Ademas ,a decir verdad, no les presto mucha atencion. La sentia apretarse con desesperacion a el y comprendio que estaba asustada. Eso le gusto. No sabia porque pero le gustaba. Que grite, que llore, se decia manteniendo el acelerador al maximo. Un gozo indefinible se le metio de lleno en el pecho que parecia dilatarse a dimensiones gigantescas convirtiendolo en un ser omnipotente sobre aquel caballo de hierro. Que grite, que llore, volvia a repetirse notando que las manos de Irene se crispaban como garfios clavando sus uñas hasta romperlas en su campera de cuero.

Algo le estaba diciendo Irene, si, escuchaba sus palabras o sus gritos aunque no lograba entenderlas. Eso si, percibia su miedo. Estaba seguro , convencido de que le estaba suplicando. Y mientras mas convencido se encontraba, con mas pasion mantenia al tope el acelerador devorando en su delirio el pavimento de la ruta.

Fue un poco antes de llegar a la curva que desembocaba al Cruce de la Ruta que se dio cuenta de que algo andaba mal. Trato de disminuir la velocidad comprobando entonces que el acelerador no le respondia y que la motocicleta seguia en su alocada carrera. Sin comprender muy bien lo que estaba pasando hizo funcionar el freno de pie y de mano al mismo tiempo; pero estos tampoco respondieron. Horrorizado entonces adelanto su mano derecha hasta el foco donde se encontraba la llave, cortando el contacto, pero aquello tampoco sirvio de nada. La maquina seguia su marcha y lo mas inaudito era que la velocidad se acrecentaba mas y mas. Andres se aferro al manubrio. Su cabeza daba vueltas y vueltas sin entender nada. El panico lo inundaba. ¡Dios mio,que es esto! Grito. Detras suyo Irene se aferraba a el gritando desaforadamente. La motocicleta implacable seguia su carrera.

De pronto, trescientos metros antes de llegar al cruce, freno. Fue algo violento, inesperado, una frenada en seco. Si a aquellas horas de la noche se

hubiese encontrado un observador en aquel paraje solitario, habria podido ver como dos cuerpos eran despedidos,volando practicamente por el espacio para caer grotescamente al paso de un camion semi-acoplado. Los cuerpos quedaron practicamente estampados sobre el asfalto. La motocicleta ,despues de patinar unos veinte metros sin perder el equilibrio, rodo caprichosamente hasta la banquina donde se dejo caer suavemente como quien se dispone a descansar.

.....

Los Horcs

¿Que es belleza? ¿ Que es fealdad?
Cuestión de imaginación.
Nada es mentira o es verdad.
Depende en que dimensión
se encuentra la entidad
para su apreciación.

Donald Sutter conducía su vehículo con despreocupación. La noche lo había atrapado en mitad del camino a su hogar. Jefe de redacción del “ The Monitor” de McAllen, Texas, uno de los periódicos más prestigiosos y de mas tiraje en el valle del Río Grande, había tenido que asistir invitado por las autoridades gubernamentales, a la inauguración de la Planta de Agua Potable erigida en las márgenes del Río Nueces en el Condado de McMullen. Una gigantesca obra

llena de capacitación y tecnificación que la llevaría a ser la más importante dentro de ese genero en toda la Unión American.cubriendo por tal razón, de orgullo a toda la comunidad texana.

Llevaba hora y media conduciendo. La llegada de la noche lo había puesto de malhumor. Odiaba viajar en la ruta después de la caída del crepúsculo. Tan pronto las primeras sombras comenzaban a oscurecer el firmamento, mientras conducía un vehículo, nacía en el una sucesión de bostezos, que le hacían temer que en el momento menos pensado, pudiese quedar dormido sobre el volante con las consecuencias catastróficas del caso.

Encendió la radio del auto, esperando encontrar en algún programa el aliciente para mantenerlo lo suficiente despejado como para no caer en aquel estado anímico de somnolencia tan frecuente en él. Una estación de Corpus Christi fue la primera en ser receptada. Pasaban música “ Country” y aunque no era precisamente un fanático de ese tipo de música, la dejo. Fue en el preciso momento en que después de una bien cargada dosis de publicidad en la que el locutor ponía en conocimiento el próximo tema, cuando le pareció ver un punto luminoso que en forma zigzagueante se iba acercando en su dirección. Detuvo el coche y se quedo mirando sin comprender muy bien lo que estaba pasando. Por un momento le pareció que podía ser una avioneta en dificultades, de las que comúnmente utilizan algunos rancheros de la zona; pero al ir aproximándose, observo que lo que había sido un punto luminoso en su primer instancia se iba transformando en algo oval, algo así como un inmenso huevo de diversos colores.

Abrió la portezuela del coche descendiendo. Aquello no era cosa de tomarlo a chiste. Había oído hablar de Ovnis, quien podía decir en este mundo actual que no había oído hablar de ellos, incluso había defendido en mas de una ocasión y en forma apasionada la teoría de su supuesta existencia, aunque nunca había visto uno.

Noto como la sangre parecía congelarse en sus venas mientras aquel objeto se acercaba hasta situarse a unos doscientos metros de donde el se había detenido. La radio que había dejado encendida, sufrió una interferencia que la

anulo por completo, dejándose oír tan solo un estridente e insoportable zumbido. Apago la radio metiéndose dentro del coche y cerrando su puerta como si con esta acción, fuese suficiente, para encontrarse protegido de aquel objeto. A los cien metros de donde se encontraba, el Ovni se detuvo quedando suspendido a una altura de unos diez metros de la carretera.
Tonalidades de luces de distintos colores cambiaban en forma rápida y sucesiva. Los irisados destellos perforaban la noche abarcando de luz una gran extensión. De pronto, el Ovni se elevo unos treinta metros como si hubiese sido lanzado por una catapulta para después trasladarse en forma lenta hacia oriente, comenzando luego a descender en su trayectoria. Donald Sutter lo siguió con la vista. Lo siguió hasta verlo asentarse sobre la superficie terrestre a unos seiscientos metros de la carretera. Con las manos agarrotadas
sobre el volante había visto toda la escena. Los cabellos se le habían erizado. Un sudor frío que le nació en la nuca, le recorrió la espina dorsal, en cuanto al corazón, semejaba una maza golpeando en su interior con la intención de abrir una brecha en su pecho. Había recibido un buen susto, no le cabía duda. Poco a poco se fue calmando hasta encontrarse a sí mismo. Miro en dirección donde se encontraba el Ovni, el huevo luminoso continuaba intercambiando colores de luces. Donald Sutter considero que lo mas aconsejable por el momento era poner distancia entre aquel objeto y su persona. Puso el motor en marcha apretando el acelerador, luego se alejo por la carretera hundiéndose en la noche. Atrás, el Ovni continuaban en su cambiable juego de luces.

.....

El exquisito aroma del café invadía hasta él ultimo rincón de la oficina. Willam Poltz cogió la jarra de cristal de la cafetera eléctrica sirviéndose un vaso mediano de aquel oscuro bebraje. Bebió un par de sorbos sin azúcar, como era su costumbre, para después dirigir su vista al exterior. “ Un hermoso día “se dijo. Aquella reflexión le hizo pensar que agradable seria encontrarse gozando de los placeres que representaba la piscina que había inaugurado en su residencia la semana anterior. Tomo el último sorbo de café. Luego dejo el vaso vacío sobre

el armario metálico que se hallaba detrás del escritorio. Sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta encendiendo uno.
Una espesa bocanada de humo fue a estrellarse contra los cristales de la ventana creando una onda expansiva en forma de hongo que se diluyo en el espacio “ Si un hermoso día” volvió a decirse. Lanzo una nueva bocanada de humo contra los cristales, como si quisiera con ello despedir el malhumor que le causaba verse obligado a permanecer en aquel lugar en un caluroso día de Julio. Dando media vuelta, se dirigió al escritorio. Ordeno algunos papeles que se esparcían mal amontonados sobre su superficie. Luego leyó el parte de detención de Jim Kramer arrestado por el Sargento Pauze al filo de la medianoche en su recorrida nocturna. El viejo Kramer con una borrachera de los mil demonios, a aquella hora, había pretendido que le vendiesen una botella de whisky en la tienda de Leonard Weppler. Como nadie había salido a atenderlo después del escándalo hecho para llamar la atención, se le ocurrió lo más radical. Hacerle añicos la vitrina de la calle. Aquello fue suficiente, no para llamar la atención de Leonard Weppler, sino para que el Sargento Pauze se hiciese presente y lo arrestase, alojándolo en la una de las celdas del Departamento Policial.
William Poltz se sonrió. A aquellas horas ya se le habría pasado la borrachera al viejo. Lo mejor que se podía hacer era dejarlo en libertad. Mas tarde se le enviaría una citación para pagar la multa por alteración del orden sumado a los gastos correspondientes a los destrozos hechos contra Leonard Weppler. El viejo Kramer era algo muy especial. Héroe de la guerra de Vietnam, era muy querido en el pueblo. Su único problema era que cuando tomaba algunas copas de mas se salía de carril para terminar hospedado en los calabozos de la ciudad.
William Poltz se alzo en toda su estatura volviéndose a dirigir a la ventana. Era un hombre voluminoso, arriba del metro ochenta, cabellos rubios y mirada penetrante. Esa clase de hombres que con su sola presencia imponían respeto. Contaba cincuenta años y hacia cinco que tenia a su cargo la posición de Jefe del Departamento Policial de Orange Grove, pequeño pueblo de granjeros

ubicado a dieciocho millas de Alice, entre la intersección de la State Highway 359 y Farm Road 624, al nordeste del Condado de Jim Wells.

Camino unos pasos mirando el reloj. Las nueve. Tiro la colilla de cigarrillo en la escupidera plástica que se hallaba al lado del armario metálico.
“Bueno, creo que es hora de soltar al viejo Kramer, se dijo. Giro sobre sí mismo dirigiéndose hacia la puerta que conducía a los calabozos. Fue en aquel momento cuando la campanilla del teléfono se dejo oír. Enarcó las cejas al tiempo que se pellizcaba el lóbulo de la oreja izquierda. Al inclinarse a levantar el auricular se dio un puntazo en el brazo con el pincha papeles que se encontraba al lado del aparato telefónico. Aquello le hizo lanzar una maldición, en la cual rememoro a la prostituta más prostituta de las prostitutas.
-¡ Hola!- exclamo, y por el tono de voz se podía comprender que no estaba de muy buen humor.
-¡ Hola! ¿ Poltz?
- Sí con él. ¿ Quién habla?-
- Vamos muchacho. ¿ No me digas que ya no reconoces la voz de tu amigo?-
- ¿ Que pasa Karl?- William Poltz trato de apaciguar el tono de voz al contestar. Karl Kauffman era el Mayor de la ciudad y podía decir sin temor a equivocarse que si estaba a cargo de la Jefatura Policial de Orange Grove se lo debía exclusivamente a él.
—Dos cosas muchachos, dos cosas.—había comenzado a hablar en alemán. Era el idioma primordial de los pobladores de aquel pueblo de mil y tantos habitantes descendientes directos de aquellos colonos alemanes que se habían establecidos a principio del siglo veinte después de la subdivisión y venta de 2500 acres pertenecientes a los Ranchos Ventana y Miller. El ingles se usaba con los forasteros que pasaban por el pueblo.— Primero suéltame al viejo Kramer. Sus hijos vinieron a interceder por él. Tu sabes el viejo es muy querido en la población.
- De acuerdo. Estaba por hacer eso.- respondió Poltz

-—Bueno... — hubo una pausa- Lo otro parece mas bien un chiste. Me llamo Tom Parker, Mayor de Alice. Dice que por allá llegó un tipo enloquecido, un tal Donald Sutter. Jefe de Redacción del “The Monitor” de McAllen diciendo que había visto un Ovni- se tomo una pausa-Por las referencias que dio parece que lo vio cerca del Camino de Fennell Dibrell.
-¡Que!- gruñó Willam Poltz, arrugando su rostro en una expresión de desconcierto.
-Lo que te digo muchacho. Lo que te digo. Dice que por esos lados lo vio. Ahora bien, real o fantasía, el caso es que el ejercito ha enviado cuatro camiones hasta el tope de soldados y equipados con armas que son la ultima novedad en la materia. Todo esto sin ningún tipo de alharaca y exigiendo a las fuentes de información el mas absoluto silencio. ¿ Te das cuenta?-
- Estoy tratando... -
- Quiero decir que es muy posible que haya algo de verdad en todo esto. Y como el Camino de Fennell Dibrell esta dentro de tu jurisdicción...
-¡ Diablos Karl! Esto es una broma. ¿ Por que tenemos que seguirle la corriente a cada loco que se nos cruza en el camino?
-Lo que sea Poltz; pero vas a tener que ir. No podemos dejar, de ser esto cierto, que no contemos con alguien que nos represente en lo que es nuestro territorio.
- Tu mandas Karl. Iremos a dar una vuelta.
Colgó el auricular maldiciendo por lo bajo. Luego se dirigió a la oficina de recepción. El sargento Weimar que se hallaba cómodamente sentado leyendo el periódico frente a su pupitre, se levanto como si lo hubiesen pinchado las asentaderas con un alfiler.
-¿ Pasa algo Jefe?- pregunto al ver el rostro alterado de Poltz.
-Nada, nada. ¿ Dónde esta George?
- Hubo un accidente en Farm Road 624 a la salida de Orange Road. Fue con David.
- Esta bien. Yo voy al Camino de Fennel Dibrell, no sé a que hora voy a regresar. Ve a la tienda de Leonard Weppler y pídele la cuenta por los daños ocasionados a la vitrina y se la entregas al viejo. Luego lo dejas en libertad.

- Esta bien Jefe. William Poltz se coloco el sobrero ladeando el ala derecha como era su costumbre.
- Eso es todo. Nos vemos.
- Suerte Jefe.- saludo el Sargento Weimar mirando a William Poltz que en aquel momento se alejaba. Lo siguió con la vista hasta después de atravesar el marco de la puerta de entrada, después volvió a sentarse para continuar con su interrumpida lectura.

.....

William Poltz consulto su reloj. Las once. El sol era una bola de fuego dejando caer sus rayos sin piedad. Había llegado al Camino de Fennel Dibrell por lo que había abandonado la State Highway 359 introduciéndose por aquel camino polvoriento que cien años atrás los vaqueros de Rancho Ventana utilizaban para arrear el ganado hasta los Ferrocarriles de San Antonio y Aransas. Fue en el momento de atravesar una arboleda de nogales americanos cuando avisto los camiones del ejercito. Eran cuatro. También vio dos helicópteros a cierta distancia de los camiones. En el instante en que doblo él recodo libre de los matorrales que obstaculizaban su visión fue cuando estuvo a punto de comerse el sombrero.

Detuvo el jeep a unos doscientos metros de los camiones y a unos ochocientos metros de aquella cosa. Bajo del vehículo y se quedo mirando. Un huevo, eso era. Un enorme huevo plateado, reflexiono. Retiro las llaves del jeep metiéndoselas en el bolsillo. Luego se dirigió en la dirección en que se encontraban los camiones del ejercito. Un soldado se acerco con una metralleta en la mano.
-¡Alto!- exclamo- Esta zona esta bajo control militar.- sostenía el arma cruzada contra su pecho.
William Poltz se saco el sombrero golpeando su pierna derecha con el mismo.
- Soy el Jefe de Policía de Orange Grove y esta zona esta bajo mi autoridad. ¿Quiero saber que es lo que esta pasando aquí?- El soldado parpadeo descansando el arma.

- Lo siento señor- dijo, dibujaba una mueca estúpida en su rostro- Nadie sabe todavía que es lo que esta pasando. Solo que esa cosa esta ahí.- hizo un gesto con la cabeza en dirección donde se encontraba el Ovni.
—¿Quién esta a cargo de esto?
- El Coronel Blank.
- Lléveme donde él.
Un gesto dubitativo se reflejo en el rostro del soldado.
- No se si debería...
Los ojos penetrantes de Willam Poltz taladraron al soldado. Sus pupilas comenzaban a reflejar su disgusto.
-Yo me hago cargo de eso muchacho. Vuelvo a repetirle, soy la autoridad y este es mi distrito.
El soldado se encogió de hombros.
- Esta bien acompáñeme.
El Coronel Blank era un hombre alto, delgado, pura osamenta; dueño de un rostro angulo pero de expresión agradable.
William Poltz se acerco a el presentandose.
- Coronel Blank...Willam Poltz. Jefe del Departamento de Policía de Orange Grove.-
-¿ Que hace por aquí Jefe? - respondió el Coronel extendiéndole la mano.
- Esto esta en mi jurisdicción. Queremos saber que es lo que esta pasando.-
- Muy lógico, pero todavía no pasa nada.-arrugo el entrecejo dirigiendo su mirada al ovni- Hace mas de cuatro horas que tenemos rodeada esa cosa. Cada diez minutos les dejamos saber que somos el ejercito de los Estados Unidos, que pueden salir, que serán bien tratados por las autoridades de nuestro país. Se lo hemos dicho en ingles, francés, alemán, español, ruso, chino, árabe, hebreo. ¡Cuernos! Algo teníamos que hacer, aunque sabíamos que no nos iban a entender, esa cosa no es de este planeta.
Dos hombres vestidos de civil se acercaron en ese momento colocándose al lado del Coronel. Uno era calvo, moreno, de ojos saltones. Llevaba camisa a

cuadros y pantalón vaquero. El otro, de abundantes cabellos entrecanos, vestía correctamente un traje color oscuro.
—¡ Coronel! — exclamó el de camisa a cuadros.- El equipo acaba de salir de Houston. Así que en media hora lo tenemos aquí.
- De acuerdo Di Carlo. Esa es una buena noticia. Veremos que es lo que se puede cuando lo tengamos aquí.- hizo una pausa para dirigirse a William Poltz- Jefe, le presento al Ingeniero Di Carlo. Pertenece al Cuerpo de Ingeniería Especializada del Ejercito de Los Estados Unidos.-Luego se volvió a su acompañante.-El señor es Donald Sutter. Fue quien tuvo la suerte de ver esa cosa caminando.
-¿ Debe de haber sido interesante?- pregunto Poltz, dirigiéndose al hombre de cabellos entrecanos y traje color oscuro.
- Se lo puedo asegurar- respondió este.
- ¿ Y ahora que es lo que piensan hacer?- preguntó Poltz, arqueando su figura y fijando su vista en el horizonte.
- Explíqueselo usted Di Carlo- respondió el coronel, mirando su reloj pulsera.-Ya han pasado los diez minutos- murmuro como si estuviese hablando consigo mismo- Creo que es hora de que tratemos de comunicarnos nuevamente con estos señores. Con su permiso. Se dirigió a uno de los cajones, donde se encontraba en ese momento un sargento impartiendo ordenes a unos soldados. Le dijo algo al sargento y este abrió la portezuela del camión cogiendo un micrófono que entrego al coronel. Segundos después la voz del
Coronel se esparcía por el espacio con la la resonancia de un trueno.
- Esta haciendo eso cada diez minutos- manifestó el Ingeniero Di Carlo.
- ¿ Ningún tipo de respuesta? - preguntó Poltz.
- En realidad no sabemos- manifestó Sutter - A veces nos parece escuchar una especie de zumbido.
- Si, es verdad- intervino Di Carlo- Algo así, como un siseo, como del orden de las treinta mil frecuencias por segundo que se acrecienta poco a poco, en forma suave, para después desaparecer de improviso. Por eso hemos mandado pedir el equipo de Houston. Traerán el traductor y dos técnicos especializados.

- No entiendo nada- dijo Willam Poltz, frunciendo el ceño- ¿ Qué es eso del traductor y los técnicos?
- Bueno, el traductor es un artefacto electrónico propiedad del ejercito. La ultima novedad en lo que a inventos se refiere. Los técnicos, responden al equipo especializado que conoce su manejo.
- ¿ Y eso que utilidad nos va a dar? - continuo preguntando Poltz.
- Muy sencillo Jefe- dijo Donald Sutter, sacando un atado de cigarrillos y convidando a los presentes.- Esa maquina que es un verdadero ingenio, nos va a traducir, si es que hay algo para traducir, lo que esos seres, si es que los hay, nos quieren decir.
-¡Vaya!- Poltz los miraba con el cigarrillo en los labios sin encender.
- Ahora explíquenme como funciona eso.-
Di Carlo se sonrió encendiendo su cigarrillo.
- Tratare de darle una explicación.- dijo después, alcanzando su cigarrillo encendido a Poltz para que encendiese el suyo.- Tratare de dar una explicación hasta donde pueda darla. Y hasta donde pueda usted entenderla.
- Adelante- indicó William Poltz.-
-Bien, ese artefacto actúa a manera de un grabador magnetofónico. Las determinadas frecuencias van siendo registradas en la cinta, las cuales debidamente amplificadas pasan a un segundo circuito donde una mezcladora las recibe para después pasarlas a una oscilador. Luego un cerebro electrónico recepta la señal diferenciando las diversas longitudes de ondas que se producen de acuerdo a la modalidad del sonido, de ahí pasan a otro oscilador que las envía a una especie de tablero alfabético el cual al recibir dichas pulsaciones las remite a otra cinta, la que al pasar frente a una bobina induce una corriente eléctrica produciendo sonido. Y en este caso, traduciendo las frecuencias almacenadas desde un principio.
-¿Se entiende. ?.-finalizo el Ingeniero di Carlo echando hacia un costado una espesa bocanada de humo.
Willam Poltz aspiro profundamente. Lo mas profundamente que podían aspirar aquellos pulmones de búfalo que tenia. Después dijo:

- No mucho. Pero continué usted.-
Donald Sutter sonrió irónicamente mientras pasaba su mano izquierda a modo de rastrillo por sus cabellos entrecanos.
- Yo le voy a presentar una explicación más elemental.- dijo palmeando el hombro derecho de Poltz.- Haga usted de cuenta que a esa maquina le habla usted en un extremo en ingles y por el otro lado va saliendo la traducción en ruso.
- Eso esta mejor.- dijo Poltz. Tirando él pucho de cigarrillo y calándose bien el sombrero.-Pero eso si ellos nos hablan a nosotros. Y si somos nosotros quienes queremos hablar con ellos.
- Es lo mismo- observo Di Carlo- Solo que tenemos que tener una referencia respecto al tipo de frecuencia en la cual ellos desarrollan sus conversaciones. Quiero decir, si es un idioma terrestre no hay ningún problema. Ubicamos el idioma con el selector, hablamos en ingles y del otro extremo nos responde el traductor en el idioma que hemos seleccionado.
Eso porque creemos tener registrados todos los idiomas y dialectos de este planeta, pero de ser un tipo de expresión extraterrestre totalmente desconocido en nuestro medio, no podríamos, hasta no grabar algo de esa forma de expresión y que al quedar registrado en el cerebro electrónico del traductor sirviese de patrón para poder traducir a su vez a la inversa.
- Usted me habla de frecuencias Di Carlo, yo le pregunto: ¿No tienen todos los idiomas de este planeta mas o menos las mismas frecuencias?-
- No Poltz.. No las tienen. Las frecuencias del ingles con las del español o del alemán son completamente distintas. Eso se puede comprobar con amplificadores súper sensibles, apreciándose de esta manera las diferentes longitudes de ondas que existen entre uno y otro.
- Me rindo - exclamo Poltz- sacándose el sombrero para rascarse la cabeza.- Esto es demasiado para mí.
-Ahí viene el helicóptero- apuntó Sutter, extendiendo el brazo y señalando en la dirección que se acercaba este.

Todo el mundo dirigió su vista hacia el lugar en que señalaba Sutter. El helicóptero se acerco lentamente hasta colocarse casi verticalmente encima de donde se encontraban los camiones, luego se desplazo a un costado aterrizando. Tres militares descendieron del helicóptero. Dos capitanes y un teniente. El teniente llevaba algo parecido a un maletín color negro debajo del brazo. Di Carlo y Sutter se acercaron junto con el coronel a los recién llegados. William Poltz se quedo clavado en el lugar donde se hallaba. No quería parecer demasiado intruso. Con las manos en los bolsillos los vio como deliberaban pero no alcanzo a entender bien lo que decían. Luego se entretuvo en observar el huevo plateado que se asentaba a unos quinientos metros mas o menos de donde el se encontraba. Grupos de soldados habían formado una especie de cerco a una distancia de cien metros del ovni, con sus armas preparadas dispuestos a actuar en caso de la peor de las eventualidades.
Di Carlo y Sutter se acercaron. Detrás de él venia el coronel y los visitantes.
- Ahora va a ver como trabaja esto- dijo Di Carlo palmeándole las espaldas y girando la cabeza con un guiño en dirección del coronel y sus acompañantes.
- Eso va a ser interesante - apuntó Poltz, secándose el sudor de la frente y colocándose el sombrero.
El coronel y los recién llegados se aproximaron al camión donde se hallaba el equipo de amplificación. El teniente que portaba el maletín se introdujo dentro de la cabina del vehiculo. Abrió aquello que parecía un maletín extrayendo un numero de cables que comenzó a conectar al amplificador.
- ¿ Ese maletín es el traductor?- preguntó Poltz.
- Exacto.- respondió Sutter.
- Dentro de unos instantes lo veremos funcionar - agrego Di Carlo.
Willam Poltz volvió a secarse el sudor de la frente. Miro nuevamente su reloj. Las doce y cinco. Hacia un calor de los mil demonios. Miro a Donald Sutter y se pregunto como haría aquel tipo para poder soportar aquel calor con aquel traje oscuro y aquella corbata ahorcándole el gaznate.
Todas las miradas estaban fijas en el Coronel Blank, cuando este cogió el micrófono para hablar.

Era la cuarta vez que hacia uso del micrófono desde que había sido conectado el traductor al amplificador, sin haberse obtenido hasta el momento ningún tipo de respuesta.
- Habla el Coronel Blank del Ejercito de los Estados Unidos- la voz del coronel era pausada y rica en matices, dejándose escuchar con claridad. Queremos que se identifiquen y que nos dejen saber cuales son sus intenciones para con nosotros y nuestros país.
—Es inútil— exclamo Di Carlo, se hallaba junto con Sutter y Poltz, a corta distancia del lugar en que se encontraba el coronel- Si ellos no contestan, no existe registro de ondas en el cerebro electrónico del traductor, por lo tanto, falta el patrón para poder traducir en su frecuencia. Es como estar hablando con una pared.
— No habían dicho ustedes que en un determinado momento les había parecido escuchar un zumbido— dijo Poltz, introduciendo el meñique en el pabellón de su oreja derecha para rascarse.
- Sí. Pero fue en sus primeros momentos. Después dejaron de hacerlo.
El Coronel Blank había dejado el micrófono entregándoselo al Teniente Simpson que era el encargado de maniobrar el traductor. Luego se dirigió a los dos capitanes encogiéndose de hombros en gesto de resignación.
Fue en el momento en que Willam Poltz se había decidido a preguntarle a Donald Sutter como demonios podían soportar aquella corbata anudada al cuello con el calor insoportable que hacia, cuando comenzó a escucharse un zumbido suave, lejano, que se iba acrecentando paulatinamente.
- ¡Ahora!- grito Di Carlo, dirigiéndose al Teniente Simpson quien bajo una palanca con rapidez poniendo en funcionamiento el traductor.
Todos quedaron anonadados cuando una voz grave, cortante y espaciada comenzó a fluir por el parlante del amplificador.
— Hablan seres de Arxton... — comenzó diciendo la voz— Arxton... situado en el hemisferio norte de la galaxia 532, sistema Aniden...quince años luz de vuestro sistema...Hemos sufrido un desperfecto en nuestra nave...Nos

encontramos imposibilitados para poder despegar...¿ Pueden ustedes ayudarnos?
El zumbido se apago y la voz se detuvo quedando todo en silencio nuevamente. Todos se miraban unos a otros sin saber que decir. Willam Poltz tenia los ojos muy abiertos como si le costase digerir lo que acababa de escuchar.
- Le toca a usted coronel- manifestó Di Carlo, tragando saliva al hablar.
El Coronel Blank volvió a coger el micrófono, temblaba de emoción al hacerlo. Antes de hablar carraspeo, aclarándose la voz.
-Habla el Coronel Blank- solo los que estaban cerca del coronel podían escuchar su voz.
Del parlante fluía ahora un zumbido suave, lejano que se acrecentaba para después desaparecer y comenzar nuevamente.-Habla el coronel Blank del Ejercito de los Estados Unidos, planeta Tierra. Nos hacemos cargo de vuestra situación. Cuanta tripulación cuenta vuestra nave y en que forma se os puede ayudar. Cambio.
- ¡ Extraordinario!- exclamo Di Carlo dirigiéndose a Sutter- Extraordinario, nos estamos comunicando con seres de otro planeta. ¿ Que me dice Poltz? ¿ Que me dice de esto?- se encontraba eufórico.
William Poltz lo miro haciendo un gesto indefinido sin contestar.
Nuevamente volvió a escucharse el zumbido y nuevamente comenzó a trabajar el traductor.
- Gracias que podemos comunicarnos...Somos...dos tripulantes solamente...Nuestra nave se moviliza a través de fuerzas magnéticas...que se equilibran por medio de elementos paramagnéticos y diamagnéticos... Necesitamos elementos diamagnéticos para poner en funcionamiento la nave, un metro cúbico de dichos elementos...Creemos que en vuestro planeta existen...¿ Pueden ustedes ayudarnos?... Cambio...
- Podemos. Sí caballeros. Claro que podemos. Nuestro gobierno les proveerá a ustedes de lo que necesiten- la alegría del coronel se traslucía en un agitar de brazos que lo hacia asemejar a un clásico demagogo.- Así que pueden descender de la nave caballeros... y de esta manera uniremos en un abrazo

fraternal los sentimientos de bondad y solidaridad que reúnen los pueblos de ambos planetas. Cambio.
-¿ Es necesario que descendamos?- se dejo escuchar la voz nuevamente.
¿ Creen ustedes que es necesario? Cambio...
- Lo exigimos señores. Lo exigimos. Son ustedes nuestros huéspedes. Con todo el sentimiento, con el gozo que llena nuestros nobles espíritus de hombres de este planeta, exigimos que desciendan. Cambio.
Por un momento todo fue silencio. Un estado de suspenso invadía el ambiente. Todas las miradas centralizadas en el ovni, expectantes, esperando ver de un instante a otro a aquellos seres que provenientes de otro planeta habían logrado comunicarse con el hombre.
De pronto del extremo medio del huevo, se desprendió una parte formando una rampa que tomo contacto con la superficie terrestre.
William Poltz se restregó los ojos colocándose después la mano a modo de visera. Todas las miradas estaban fijas en aquella abertura que se había producido en el ovni.
Nadie quería perderse detalle de lo que estaba por pasar.
El Coronel Blank había tomado el micrófono y estaba por hablar nuevamente en su intención de alentar a aquellos visitantes extraterrestres, cuando los tripulantes del ovni comenzaron a descender por la rampa.
Un grito ahogado brotó de la garganta de todos aquellos que estaban observando la escena. William Poltz sintió como sus piernas empezaban a temblar y estuvo a punto de echar a correr. El Coronel Blank se quedó con el micrófono en la mano sin saber que decir, atónito, aterrorizado, mirando a aquellos seres que se aproximaban con parsimonia al lugar donde el se encontraba.
-¡ Dios mío, que monstruos horribles!- exclamó Donald Sutter, la vista fija en aquellos seres que semejaban unas inmensas arañas negras, peludas, del tamaño de un caballo. Avanzaban una al lado de la otra y con sus ocho ojos parecían dominar perfectamente a los presentes que los circundaban, sus patas terminaban en una base que guardaba cierta similitud con las manos humanas.

-¡ Por el amor de Dios coronel!- grito Di Carlo horrorizado- ¿ Qué espera usted? Que nos despedacen esas bestias.
El Coronel Blank pareció despertar de su letargo. Soltó el micrófono que aun tenia en sus manos al tiempo que gritaba como enloquecido.
- ¡Fuego! ¡Fuego!-
Una granizada de balas fueron a clavarse en los cuerpos de aquellos seres. Se vio como se retorcían al recibir los impactos y como pretendían arrastrarse buscando el amparo de la nave espacial. Pero la lluvia de balas continuaba implacable.
- ¡ Los lanzallamas! ¡ Rápido! ¡ Los lanzallamas!- se escuchaba la voz desesperada del coronel dirigiendo la operación.
Soldados portando lanzallamas se adelantaron rápidamente en dirección de donde se encontraban los cuerpos ya moribundos de aquellos extraños visitantes. El combustible cayo sobre aquellos cuerpos y en pocos segundos ardían hechos una pira, que se elevaba al cielo despidiendo un nauseabundo olor a azufre.
Terminada la acción se dio la orden de inspeccionar el interior del ovni.
-¡ Vaya monstruos coronel! - observó Di Carlo- Si así son los visitantes provenientes de otros planetas, mejor que se queden en sus casas.-
- Tiene razón Di Carlo- respondió el coronel, estaba pálido y parecía haber envejecido diez años- Les juro...nunca pensé que hubiese criaturas tan horribles.
Del interior de la nave comenzaban a descender los soldados que habían ido a inspeccionar.
-Parecen que traen algo- comento William Poltz, hablando a Sutter que todavía no se había repuesto del susto y continuaba temblando como una hoja.
En efecto, el sargento Peck traía un objeto de forma piramidal de unos veinte centímetros de altura el cual deposito en manos del coronel.
-¿ Que es esto?- pregunto el militar haciendo girar el objeto en sus manos.
- Lo único que pude encontrar coronel. No hay nada en la nave. Salvo un inmenso tablero atestado de botones que habrá que dejar en manos de nuestros científicos para que lo puedan descifrar.

-¿ Y esto que es?- volvió a preguntar el coronel señalando el objeto que descansaba en sus manos.
- Quien puede saberlo coronel. Lo único que puedo decir es que tiene dos botones. ¿Los ve usted?
- Si, los veo.
- Bien, si usted aprieta uno de ellos se escucha un zumbido similar al que producían esos seres cuando hablaban con usted. Si usted aprieta el otro, el zumbido desaparece.-
El Coronel Blank apretó uno de los botones y el característico zumbido que había escuchado minutos antes volvió a cruzar el espacio.
Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo. Por un momento se vio esperando a aquellos monstruos que se acercaban en pareja hacia donde el se hallaba. Apretó el otro botón y el zumbido desapareció.
-¿ Que cree usted que puede ser esto?- preguntó el coronel al Teniente Simpson que en ese momento se llegaba a él.
- No sé, pero lo podemos averiguar.- dijo el teniente, cogiendo la pirámide en sus manos para después dirigirse hacia el camión donde se encontraba conectado el traductor al equipo de amplificación. Apretó el botón y el zumbido volvió a dejarse oír. Luego puso en funcionamiento el traductor.
El coronel se quedó observando mientras William Poltz se colocaba a su lado. La voz, aquella voz grave, entrecortada, se volvió a escuchar de nuevo. Todos sintieron como el pánico, un pánico frío lo hacia temblar como si fuesen marionetas.
-Arxton...me escucha Arxton- decía la voz- Estamos grabando para ustedes... estamos grabando para ustedes...Nos encontramos varados en el planeta Tierra...Nos faltan elementos para poder despegar...En estos momentos estamos haciendo contactos con los seres de este planeta...Dicen que nos pueden ayudar...Nos piden que descendamos...No nos grada mucho la idea... Estos seres parecen buenos, pero debemos confesarlo, son monstruosos... Tienen dos ojos solamente...Son bípedos y de piel lisa...Se parecen mucho a esos repugnantes animaluchos que existen en nuestro querido Arxton y que

tanto asco nos dan...Los Horcs...Eso es, los repugnantes Horcs...Pero tienen inteligencia y eso es importante. Tienen inteligencia...Arxton...Me escucha Arxton...Estamos grabando para ustedes. ..Estamos grabando para ustedes...
La grabación continuaba en forma interrumpida. El Teniente Simpson desconectó el traductor. Nadie dijo nada. Nadie quiso decir nada.
William Poltz se encamino hacia el lugar donde había dejado el jeep. Cuando se alejo eran las dos y media de la tarde.

.....

Momento Argentino

El Peugeot se detuvo arrimando contra el cordon de la acera. Su conductor un hombre alto de rostro duro y gruesa contextura, giro la llave apagando el motor.

- Habra que esperar.- dijo despues de unos momentos de silencio, sacando del interior de sus ropas un atado de cigarrillos para encender uno. Nadie le respondio. El aroma a tabaco pronto invadio el ambiente del vehiculo.

Octavio miro a traves del parabrisas, estaba sentado adelante, en el medio al lado del conductor y de su amigo Anibal. No le gustaba mucho todo aquello, todavia no alcanzaba a comprender en que momento se le ocurrio meterse en aquel lio.

El conductor y aquellos tres individuos que se encontraban sentados en el asiento posterior no gozaban de catadura muy recomendable. De aspecto siniestro, parecian estar emparentados con el bajo mundo.

Anibal lo habia entusiasmado y el habia sido lo suficientemente estupido como para seguirle la corriente. Habia conocido a Anibal en una asamblea sindical. De eso hacia muchos años. Peronista al igual que el, ambos habian consolidado una amistad a traves de aquella afinidad politica.

Hacia un tiempo que venia hablandole de los troskos, de los rojos. “Hay que terminar con ellos” era su frase favorita. Contaminan el ambiente, envenenan la atmosfera. Mira como se meten en nuestras Universidades, en nuestros colegios, disfrazados de catedraticos, de profesores, para asi envolver a nuestros muchachos con sus falsedades. “ Es un crimen che, decime si no es un crimen” Y que se puede hacer en estos casos, le preguntaba. “Golpearlos viejo, golpearlos duro, bien duro, hasta hacerles escupir los dientes juntos con sus embustes” Respondia, frenetico en su apasionamiento. Y asi, siempre que se encontraban, sus conversaciones terminaban girando sobre el mismo topico. “ Golpearlos viejo,golpearlos...”

Un par de meses atras, le confeso que habia tomado contacto con cierta gente del partido, gente de agallas, peronistas de ley, hombres patriotas. Salian a ciertas horas de la noche, con un destino fijo, todo estaba minuciosamente estudiado. Apresaban al trosko, ya en la calle o como en algunas ocasiones irrumpiendo en su propio domicilio donde era sacado a viva fuerza para luego transportarlos en un vehiculo hasta algun lugar retirado donde lo molian a golpes, Vaya si era divertido ver como el infeliz se bañaba en su sangre jurando fidelidad a Peron e Isabel, negando a Mark a Engel y a todos los doctrinarios rojos mientras le pateaban las costillas.

En una oportunidad le relato la captura de un integrante de la JTP, al que desnudaron colgandolo por las muñecas de un arbol, en un descampado, camino a La Plata; despues le ataron una plomada de albañil a los testiculos, Era escalofriante escuchar los gritos de aquel infeliz, recordaba su amigo, cuando le balanceaban la plomada en forma de pendulo mientras le separaban las piernas para que esto pudiese ser posible. Cuando se cansaron del juego lo abandonaron. Estaba seguro que al dia siguiente, quienes lo encontraron, se habran admirado del tamaño de los testiculos de aquel pobre diablo. Grandes como toronjas.

Aunque le desagradaba escuchar todo aquello, nunca se atrevio a decirselo. Incluso, a veces, sonreia, como si se sintiese complacido con aquellas narraciones.

Cuando lo invito a participar en aquella caza de brujas, supo excusarse. Tenia obligaciones, su mujer, su hija, ademas el lo sabia, no le sobraba el tiempo, tenia la necesidad de trabajar en alguna otra cosa, su sueldo de obrero no bastaba para cubrir la quincena, habia una familia detras suyo. Por lo tanto hacia trabajos de electricidad en las horas libres para completar el faltante. Ya sea una instalacion, una plancha, tal vez una licuadora, en fin siempre habia algo que hacer. El caso de su amigo era distinto. Era soltero, no tenia responsabilidades. Anibal lo comprendio La muerte de Hector lo afecto. Hector pertenecia a la Juventud Sindical. Ambos trabajaban en la misma empresa. Casi todas las mañanas viajaban en el mismo transporte. En el lapso de tiempo que tenian para merendar, se habia hecho costumbre en ellos preparse la comida juntos. Era un muchacho alegre, simpatico, lleno de vida. Peronista de corazon. Hubiese dado la vida por su lider. El siempre lo decia.

Una noche se encontraba a la entrada del sindicato con otros compañeros. Hablaban de politica, tambien de otras cosas. Quien podia imaginarse lo que iba a suceder. Un coche se deslizo por el pavimento como una exhalacion. Nadie tuvo mucho tiempo para pensar. De las ventanillas del rodado surgieron los negros cañones de las metralletas vomitando fuego.Del grupo, solo uno se salvo, herido en la pierna izquierda una bala le atraveso la rodilla haciendole astillas el rotulo. Era un muchacho joven, aun no habia cumplido los veinticinco, jugaba de centro delantero en el equipo de la fabrica. Queria morirse cuando se entero. Nunca mas volveria a integrar un equipo de futbol. La pierna habia perdido flexibilidad. Era como si fuese de palo.

Los otros no fueron tan afortunados.La metralla no perdono sus vidas. Cuatro cuerpos quedaron grotescamente retorcidos sobre las baldosas de la acera. Una de aquellas balas penetro por el ojo izquierdo de Hector atravesandole el craneo, para despues incursionar en su cerebro hasta encontrar su salida por la nuca. Su muerte fue instantanea.

Durante dias anduvo como enloquecido, hubiese querido encontrar a los asesinos. ¡Dios! Que cosas habria hecho con ellos. Para calmar su rabia estuvo bebiendo, pero aquello fue peor, el alcohol en vez de atenuar su colera

la acrecentó. Francisca, su esposa, trato de consolarlo ; pero en aquel momento su unico consuelo hubiese sido tener un arma y a los criminales frente a el. Cerca, bien cerca, para poder acabar con ellos.

En el sindicato dijeron que habian sido los del ERP, aunque hubo algunos que atribuyeron la culpabilidad a los Montoneros. De todas maneras en realidad, nada se sabia con seguridad y lo mas probable era que nunca se supiera.

Dos noches atras Anibal habia reiterado su invitacion para que lo acompañase en sus excursiones nocturnas.” Tenemos una presa, habia dicho. Es de la linea de los Montoneros. Una sucia rata.Esta molestando bastante. Es abogado y una pieza importante de la tendencia en la zona sur .Tiene mucha informacion. Mañana va haber una reunion en su casa. Queremos arreglar cuentas con el. Esta todo programado. Es cosa facil.. ¡ Vamos viejo! Animate, todos tenemos que colaborar en esta gran cruzada peronista.”

No le dijo que no, como otras veces, lo pensaria, le contestaria al dia siguiente. Asi fue, como aquella noche no pudo pegar los ojos. Se veia frente a los bolches, los troskos, todo aquello que se pintaba rojo. Individuos de fisonomia perversa , maligna, verdaderos demonios, y entre ellos lograba localizar a los asesinos de Hector, a los que retaba en un duelo a muerte, saliendo airoso del mismo y exterminando a todos aquellos facinerosos. Cuando se durmio, faltaba muy poco para que el reloj despertador le indicase que comenzaba una nueva jornada.

Las pupilas de su amigo se dilataron de alegria cuando le contesto afirmativamente. Le estrecho la mano con fuerza y le explico la hora y el lugar en que se deberian de encontrar al dia siguiente.

Y ahi estaba el ahora metido en aquello, formando parte de aquel equipo de patriotas purificadores de la nacionalidad.

Cuando se detuvo el Peugeot en el lugar indicado y su amigo lo hizo ascender presentandole a sus acompañantes, una sensacion desagradable recorrio su espina dorsal. La fisonomia de aquellos sujetos dejaba mucho que desear. Comenzo a arrepentirse de haberse embarcado en aquella aventura.

.....

Los hombres escuchaban absortos. La voz clara y sonora de Julio Martinez llenaba el ambito de la habitacion. Congregados alrededor de una mesa rectangular, aquellos hombres prestaban religiosa atencion a sus palabras.

Por unos instantes se detuvo el orador aspirando con profundidad, como si quisiera absorber todo el oxigeno del recinto. De pie, frente a los concurrentes, sus pupilas verdes parecian concentrar todo el dinamismo de su personalidad.

- Los unicos responsables de los atentados contra nuestros locales- exclamo de improviso reanudando el dialogo interrumpido mientras señalaba con su dedo índice a los asistentes- son aquellos que sienten peligrar sus puestos privilegiados ante el avance de la clase trabajadora y del pueblo. Las bombas no son solamente para inutilizar los locales, no señores, lo que se quiere eliminar es la organizacion del pueblo. Por eso contra quien se atenta, tenganlon presente caballeros, es contra la lucha consecuente por la liberacion nacional. Escuchamos a menudo que esos terroristas antipopulares cometen sus atropellos escudandose en una identidad peronista, mentira, mil veces mentira, nadie puede autodenominarse peronista cuanto intenta perjudicar los intereses del pueblo. Pero una cosa tenemos que tener en claro, que nos atacan y si lo hacen, es porque nosotros hemos estado siempre firmes en la lucha contra....

Veintinueve años,abogado, resultante de una generacion de universitarios que en determinado momento, recapacita, despertando de su letargo para abofetearse con la verdad. Una verdad cruel, que presenta un pais esquilmado por las maquinaciones de un sector nacional, vendido en forma absoluta a los intereses del imperialismo. Bien se puede decir que no son dueños ni de los calcetines que llevan puesto. Y es entonces cuando las iras escondidas brotan a la superficie en el seno de las universidades.

Las juventudes se agrupan, se organizan, dispuestas a realizar un cambio de fondo en las estructuras obsoletas que pesan sobre la nacion. Distintas corrientes ideologicas presentan frentes de batalla y asi surgen diversas

organizaciones guerrilleras que recorren el pais de extremo a extremo, levantando en alto sus estandartes de liberacion. Son los salvadores de la patria, son los que luchan , son los que ofrecen el coraje de sus pechos ante las injusticias de la dictadura militar.Es asi como la guerrilla va tomando cuerpo hasta cumplir mayoria de edad. Echando raices profundas en aquello que llamamos pueblo. Hasta que al fin, la casta parasitaria, desgastada ante los continuos ataques que se le inflige desde diversos sectores de la poblacion, inclina la cerviz y entrega el poder. Y asi se les oye hablar de institucionalizacion.Lo dicen a grandes voces, y es tal la propiedad que ponen en sus palabras que quienes los escuchan pueden llegarse a convencer de que estos señores creen en el significado absoluto de este vocablo.

Luego las elecciones. El triunfo del Frejuli. Campora al gobierno, Peron al poder. Una ancha sonrisa se distiende en los rostros apasionados de esa mayoria popular. Una mayoria que cree con conviccion en su lider, en su patria, que cree....

Luego comienza la desmembracion. Los falsos se disfrazan de leales. El lobo viste piel de cordero. La burguesia teje astutamente sus argucias, el imperialismo introduce solapadamente sus contactos y el gobierno, aquel gobierno que en su ingenuidad la gran mayoria llego a pensar que era popular,se va arrancando la careta para mostrar su verdadera fisonomia. Y es asi como el pueblo,observa como los adulones, los alcahuetes, los falsarios, se remontan desvergonzadamente hasta la cumbre, defendiendo sus intereses, que no son precisamente los intereses del pueblo. Y aquellos que se rebelan, que no se atienen a engaños, que han venido luchando durante años por la verdad, comienzan a ser perseguidos tildandoselos de mercenarios, antipatrias, traidores, comunistas.

Vanos son los esfuerzos de quienes intentan abrir los ojos del caudillo. No los escucha.El viejo chochea. Se lo ve pasear con sus mascotas. Un tropel de simpaticos perrillos,como si en realidad fuese lo unico que le interesase. Quienes se sientan a su diestra, hipocritas y oportunistas lo embriagan con falsedades. Nunca mas que en aquel momento se precisa la personalidad

inquebrantable de Eva Duarte. Bien sabria ella que hacer con aquellos simuladores, que sabiendo aprovechar las circunstancias se ubican en los puntos claves del gobierno proclamando un sentimiento popular que estan muy lejos de sentir. Pero Eva Duarte ya no esta y el viejo es conducido a traves de los desacertados senderos que arteramente le trazan aquellos cortesanos en quienes confia ciegamente. Cuando fallece, el primero de julio de mil novecientos setenta y cuatro, no habia alcanzado a comprender que estaba rodeado de un puñado de truhanes.

.....

La reunion habia finalizado. Los asistentes se retiran saludando con respeto al abogado. Son trabajadores, algunos delegados de fabricas. La congregacion tiene por objeto orientar, preparar al individuo, capacitarlo, para que ya en nucleos o en forma independiente vayan esclareciendo a su vez a esa gran mayoria, el proletariado. Es un trabajo dificil, un trabajo de hormiga. Julio Martinez lo sabe. Tambien sabe que es imperativo despertar a esa mayoria que vive un sueño de inocentes. Al pueblo debe de hacersele comprender la realidad. Es la unica manera que no se dejara arrastrar por falsos cantos de sirena.

Al quedar solo se dedico a reunir algunos papeles que habia dispersos sobre la mesa, coloco en la biblioteca un par de libros que habia utilizado en la disertacion . Miro el reloj de pared, eran las diez, lo controlo con su maquina de pulsera, atrasaba un minuto. Lo puso en hora dirigiendose luego hasta la ventana para bajar la persiana. Mabel, su mujer, aparecio en aquellos momentos.

- Por fin se han ido- dijo, acercandose- Cuanto demoraron esta vez- Llevaba un vestido rojo, que acentuaba la palidez de su rostro. Rubia de ojos pardos, tenia un rostro agradable aunque no podria decirse que fuese bonita.

-Si es verdad. Esta vez nos tomamos un poco mas de tiempo- respondio Julio cogiendola por los hombros y estrechandola.

A su mujer no le gustaban aquellas reuniones, tampoco le gustaba que anduviese metido en politica. Tenia miedo y era lo normal.

- ¿ Como esta Tina?- pregunto.

- Durmiendo. Le prometi que cuando terminases ibas a pasar por su habitacion a darle el beso de las buenas noches.-

Sonrio Julio al tiempo que extraia de uno de sus bolsillos interiores de su chaqueta un atado de cigarrillos. Tina tenia tres años. Una muñeca de bucles dorados. Habia nacido al segundo año de su matrimonio y los tenia enloquecidos a ambos.

-Descuida, que asi lo hare- dijo, al tiempo que lanzaba una espesa bocanada de humo.

- ¿ Queres un cafe?- pregunto su mujer.

- Claro que si; pero traeme tambien una copita de coñac.-

- Muy bien.-acordo ella, retirandose en su encomienda.

Julio se dirigio al living encendiendo el televisor. Alli se quedo de pie al lado del aparato aguardando que se iluminase la pantalla. Giro el selector, buscando un programa. Luego de recorrer todos los canales se decidio por una serie policial. Haria uno diez minutos que se hallaba comodamente instalado, recostado sobre uno de los brazos del sofa mirando la television cuando se hizo presente Mabel. Sobre una bandeja de acero inoxidable traia dos copas con coñac junto con dos pocillos de los que se escapaba un delicioso aroma de cafe.

-Te voy a hacer compañia- dijo, depositando la bandeja encima de la mesa de centro.

- Me parece muy bien querida- respondio el, apagando el cigarrillo en el cenicero de pie que se encontraba a un costado del sofa. Cogio uno de los pocillos llevandoselo a los labios,el cafe estaba demasiado caliente asi que tuvo que soplarlo antes de poder tomarlo.

-¡ Diablos que esta caliente!-

- Esta recien hecho mi amor.-

Meneo Julio la cabeza sin decir nada. Luego levanto una de las copas paladeando un sorbo de coñac.

Se dedicaron a prestar atencion a la television. Basto unos segundos para que Mabel dijiese que aquel capitulo ya lo habia visto. Decidiendo cambiar de

programa, en uno de los canales encontraron que estaban pasando una pelicula de Humphery Bogart, era una pelicula viejisima que habian visto infinidad de veces; pero como les gustaba el actor resolvieron volverla a ver.

Llevaban cerca de quince minutos acompañando las desventuras del personaje que representaba Bogart en aquella pelicula, cuando sono el timbre de la calle.

- ¿Quien puede ser a estas horas?- pregunto la mujer frunciendo el ceño con extrañeza.

-No tengo la menor idea.-

Se levanto Mabel bajando el volumen del televisor para mirar a traves de las junturas de las tablillas de la persiana.

- No se, veo dos hombres parados junto a la puerta de calle.-

-¿ Los conoces?-

- No. Creo que no. Como no sean algunos de esos que vinieron esta noche.Pero en verdad, no me parece haberlos visto antes.-

- Bien, veamos quienes son entonces- dijo Julio poniendose de pie y mirando
tambien a traves de la persiana al igual que su esposa.- No, no los conozco- manifesto despues de unos segundos en los que se dedico a observar detenidamente a los visitantes.

- ¿ Que pensas hacer?-

- Creo que no me queda otro camino que enterarme quien es esa gente.-

- Tengo miedo Julio. Mejor no salgas. Vos sabes a lo que me refiero, andan detras de ustedes. Estas no son horas para recibir a nadie.

- Yo se lo que me queres decir.Tendre cuidado. Aunque no creo que sea nada de lo que estas pensando. Voy a salir y ver que quiere esa gente.

La mujer hizo un gesto de contrariedad pero no insistio.Conocia a su hombre y sabia que seria en vano tratar de hacerlo desistir. Julio en tanto se dirigio a la pieza contigua llegandose hasta la biblioteca. A un costado del mueble habia un pequeño armario, lo abrio corriendo una de sus gavetas, un revolver empavonado treinta y dos se presento ante su vista.” Con esto podre cuidarme”

se dijo, metiendoselo en uno de los bolsillos de la chaqueta. No echaba en saco roto las advertencias de Mabel. La cosa no estaba para chistes. La noche pasada habian matado un par de chicos de la JP por pintar leyendas en las paredes contrarias al gobierno. Los habian acribillados a balazos. No, no estaba ella muy desencaminada. Habia que cuidarse. Los Lopezrreguistas y sindicalistas, recorrian el pais en bandas fuertemente armadas, vejando y asesinando a mansalva a quienes no sabian acomodarse a sus fanaticas ideas.

Primero descorrio el pasador, despues hizo girar la llave de la cerradura. Al abrir la puerta un soplo de aire helado le abofeteo el rostro. Los dos hombres se hallaban frente a la puerta de entrada del lado de la calle. Ambos vestian oscuros sobretodos. Uno de ellos el mas alto se cubria la cabeza con una boina vasca.

-¡ Buenas noches!- saludo el mas alto- Perdonenos la deshora para hacer visitas.Pero desearíamos conversar con el abogado Martinez.-

- Buenas noches. Yo soy Martinez. En que puedo servirles.-

Su figura se dibujaba en el marco de la puerta. Miraba con recelo a los visitantes. Tenia ambas manos en los bolsillos de la chaqueta, una de ellas empuñaba el arma dispuesta a disparar si fuese necesario.

-Venimos de parte de Gustavo Rodriguez- nuevamente hablaba el mas alto- Tenemos entendido de que se comunico antes de ayer con usted. -Somos de Construcciones Metalicas Lemos. Tambien nos entrego esta nota de presentacion.- Habia sacado un sobre del interior de sus ropas y hacia ademan de ofrecercelo. Julio arrugo la frente al tiempo que hacia memoria. Gustavo ¡Claro esta! Vaya cabeza la suya. Se habian encontrado dos dias atras en la Unidad Basica de la zona. Era un joven mas o menos de su edad, empleado bancario y afiliado a la organizacion desde sus comienzos. Hablaron de Construcciones Metalicas Lemos. Habia un problemo interno con el sector obrero. La gente no se hallaba conforme con la actuacion del sindicato." Creo que con un buen asesoramiento los tenemos ganados para nuestra causa" habia finalizado diciendo. Si, ahora lo recordaba.

El corto tramo que habia desde la puerta de entrada a la casa hasta la de la calle, lo hizo en dos zancadas. Confiado, habia sacado ambas manos de sus bolsillo, abandonando la guardia. Al llegar frente a los visitantes se detuvo, comenzaba a extender el brazo en clara actitud de querer recibir la mencionada nota de presentacion, cuando vio que el mas bajo, apartaba con cierto disimulo el periodico que portaba en su mano izquierda dejando entrever lo que habia estado ocultando. La negra boca del cañon de un revolver se presento ante sus ojos apuntando directamente a la boca de su estomago.

Comprendio la trampa.Sintio que se le hacia un nudo en los intestinos mientras un frio de muerte le recorria la espina dorsal.

-Quieto,tranquilo- volvio a hablar por lo bajo el mas alto.

-Quedate piola, hace como que no pasa nada.- esta vez hablaba su compañero. Tenia una voz gruesa y desagradable.

- ¿ Que es lo que quieren.?

- Mira hace de cuenta como que no pasa nada. Abri la puerta y camina tranquilo hacia el Peugeot que esta ahi enfrente. No despertes sospechas, porque si sale tu mujer y nos hace un escandalo ahi no mas la bajamos. ¿ Entendido?-

No era momento para ponerse a discutir.Siguio las instrucciones tal cual se las habian indicado. Corrio la aldaba de la puerta de calle. Despues que le quitaron el arma acompaño a los dos sujetos que a ambos lados de su persona lo custodiaron celosamente. Estaba por llegar al Peugeot cuando escucho a Mabel, llamandolo.

-¿ Julio, donde vas?-

No tuvo tiempo de responder. Se abrio la puerta del coche y los rufianes a empellones lo introdujeron dentro del auto.Escucho los gritos de desesperacion de su mujer. Los siguio escuchando hasta que el coche se alejo del lugar.

- Buen trabajo Chino, asi que este es el pajarito.- dijo Anibal, volviendose para mirar atras.

-Ni mas ni menos. Ya lo tenemos con nosotros.- gruño el mas bajo que respondia a ese apodo.

- ¿ Y el pajarito va a cantar?- continuo Anibal.

- Claro que va a cantar.¿ No es asi Pancho? - se dirigia al compañero con quien habia realizado la operacion- ¿ No es verdad de que nuestro invitado va a cantar?-

- Seguro que si.- respondio este.

- ¿ Que te parece Octavio? Este es uno de los culpables de la muerte de Hector y de tantos otros inocentes como el.- indico Anibal.

Octavio solo atino a mover la cabeza sin decir nada.Se sentia extraño. Le costaba creer que todo lo que estaba viendo pudiese ser real.

- Algun problema- pregunto el chofer que hasta el momento no habia dicho palabra alguna pero que habia dejado bien asentado de que era el jefe del grupo.

- Todo normal Nico- respondio Chino. Mirando a los ojos de este que se reflejaban a traves del espejo retrovisor.

- ¿ Se puede saber que es lo que piensan hacer conmigo?- la pregunta de Julio los tomo de sorpresa.

- Ya te vamos a atender. No te pongas nervioso- contesto Nico..-Ahora chito y musarela.

Julio entendio la advertencia. Por lo que decidio callar y esperar los acontecimientos.

.....

Octavio miro a traves de la ventana sin ver nada. Eran las tres de la mañana. En algun lugar lejano ladraba un perro. Miro a su alrededor, se encontraba en el interior de una de esas casillas prefabricadas construidas con chapas de zing. Tenia cielorraso de carton prensado y sus paredes sin forrar trasminaban humedad.

En un rincon sobre una pequeña mesa de patas cortas, un calentador a mecha elevaba su llama calentando una pava llena con agua. Escuchaba las voces de quienes lo acompañaban en la pieza contigua.

Interrogaban a Martinez. Aquel pobre diablo habia sido golpeado en forma tan brutal, dejandole inconsciente por dos veces, teniendo despues que

introducir su cabeza en un balde de agua fria y abofetearlo para que reaccionase. A aquellas alturas ya estaba asqueado de todo. Reflexiono sobre su amigo Anibal y aquellos rufianes que estaban con el. Basura, se dijo. Nada mas que basura. Maldijo ese momento de debilidad que lo habia lanzado en aquella aventura que ahora estaba deplorando.

- ¡ Hola viejo! ¿ Como esta esa agua? - era Anibal entrando en la habitacion. Tenia la camisa arremangada hasta los codos.

- Creo que ya esta hirviendo . Fijate.

Vio como su amigo se dirigia hacia la pava levantando la tapa de la misma.

- ¿ Como te sentis Octavio?- pregunto, volviendo la tapa a la pava y retirandola del calentador.

- No muy bien.-

- ¿ No te gusta esto?

- No creo que sea nada agradable.-

Lo miro serio por unos segundos. Luego hablo.

- De acuerdo. Te comprendo. Creo que te comprendo. Esta forma de lucha es baja. Sucia. Pero con esta gente no podes luchar de otra manera. Hay que colocarse en su terreno. Sino llevas las de perder. Ahora estamos tratando de sacarle informacion. ¿ Como crees vos que se puede hacer? Diciendole, a ver Don Julio me dice todo lo que sabe.No viejo. Asi vas muerto. A estos hay que darles con un caño. Ya vas a ver como va a largar el rollo. Y este sabe bastante, necesitamos la direccion de un monton de tipos que como el viven levantando humaredas de discordia en el pais. Y lo peor de todo, dentro de los mismos peronistas.Tenemos que agarrarlos Octavio. A todos. Sino se nos vienen encima. No se puede trabajar si se tiene a estos contreras serruchandoles a uno el piso.

- Pero si le siguen golpeandolo de esa manera no creo que lo dejen en condiciones para que pueda decir mucho.-

Anibal levanto la cabeza. Habia echado cafe soluble en un vaso con agua y lo estaba batiendo.

- No creas hermano. Sabemos lo que hacemos.-se detuvo, alzo la pava agregando un poco mas de agua al vaso.- Ya vas a ver lo que viene.- continuo- Todavia no vistes al Chino en accion.- deposito un par de cucharaditas de azucar en el cafe las que revolvio para probar luego un pequeño sorbo del mismo.

-¿ De que se lo acusa a ese tipo? ¿ Que es lo que ha hecho?- pregunto Octavio sacando un cigarrillo del atado que llevaba en el bosillo de su camisa y encendiendolo.

- Lo que no se puede perdonar. Falsificar nuestra doctrina. Esta noche por ejemplo, estabamos enterados de que tenia una reunion en su casa. Que es lo que crees vos que se dice en este tipo de reuniones. Mentiras. Puras mentiras a un monton de imbeciles que estan dispuestos a creerlas. A un monton de imbeciles que son engañados con frases peronistas, ideas peronistas pero con intencionados fines marxistas. A los cuales incluso se les recita las veinte verdades peronistas.Te imaginas che. Las veinte verdades peronistas que son nuestras unicamente nuestras. Y lo peor de todo, es que esa gente se lo cree, eso es lo peor Octavio. Y eso es malo. Entendelo. Nos divide. Nos debilita. No podemos permitirlo. A este lo teniamos fichado desde hace tiempo. El otro dia cuando nos enteramos por intermedio de un muchacho que trabaja en Construcciones Metalicas Lemos de que una comision de obreros de esa empresa habia hablado con un tal Gustavo Rodriguez y que este a su vez se iba a comunicar con este picapleitos,comprendimos que teniamos que darle un escarmiento. Mas que nada cuando el sindicato ya habia tratado el problema con la empresa y se habia encontrado una solucion momentanea. Por lo que decidimos hacerle una visita y a su vez sonsacarle toda la informacion posible referente a toda esa ramificacion de basura roja que se ha extendido por esta zona. Nuestra primer medida fue llegarnos hasta la comision de obreros que habia tenido la ocurrencia de no respetar nuestra clasica verticalidad para hacerles un prolijo lavado de cerebro que los dejo practicamente desinflados y sin ganas de volver a intentarlo nuevamente.-

- ¿ Que piensan hacer con el?

- No hay cuidado. Darle un susto y sacarle informacion. Luego lo dejaremos en libertad.

- A ver ustedes- la puerta se abrio dejando asomar el rostro patibulario de Chino.

- Si, que pasa.- contesto Anibal, apurando de un trago el resto de cafe.

- Vengan aqui.Este no es trabajo para algunos, este es trabajo para todos.-

- Esta bien,esta bien. Ahi vamos.- asintio Anibal con un leve encogimiento de hombros.

Octavio apago la colilla del cigarrillo aplastandola contra la pared de chapas de zing, luego siguio a su amigo mientras se acomodaba los pantalones cogiendolos de la pretina para levantarselos.

Cruzaron el umbral . El aire enrarecido por el humo de cigarrillos los envolvio. Un viejo catre de hierro, algunas sillas y una destartalada comoda, era todo el mobiliario.Tendido cuan largo era sobre la cama se hallaba el abogado. Desnudo, tan desnudo como su madre lo habia parido. Su rostro mostraba la golpiza recibida, Octavio no pudo reprimir una mueca de disgusto al ver el estado en que se encontraba aquel hombre. La sangre habia escapado de sus fosas nasales, serpenteando por su rostro hasta el cuello para caer despues sobre la sucia almohada donde recostaba su cabeza. Uno de sus ojos estaba completamente cerrado por la hinchazon que le abarcaba desde la ceja hasta el pomulo izquierdo.Respiraba con dificultad y su unico ojo abierto perseguia con expresion aterrorizada las figuras de sus secuestradores.

- ¿ Que es lo que pasa?- inquirio Anibal a Nico que estaba en la cabecera de la cama. Chino se habia dirigido hacia la comoda abriendo un pequeño maletin color negro, mientras Pancho, que habia atado con trozos de alambre las muñecas del prisionero afirmandolas contra el elastico del catre, trataba ahora de hacer los mismo con sus tobillos.

- Creo que nuestro hombre se ha puesto caprichoso- respondio Nico, haciendo un gesto significativo en direccion del abogado.

-¿ No quiere hablar, no?- pregunto Anibal.

- Asi es- admitio Pancho, asegurando sus amarres con una tenaza , en una especie de torniquete que envolvia las extremidades del prisionero haciendolo sufrir horrores.

- No se preocupen, ya lo haremos hablar.- señalo Chino, sacando del maletin una caja metalica color gris que por su forma parecia ser un amplificador de voltaje. La misma contaba con dos cables, uno rojo y otro color blanco. El blanco contenia en un extremo el regular enchufe para ser conectado a la linea principal de doscientos veinte voltios . El rojo en tanto mostraba una punta metalica en su extremo, similar a las puntas de pruebas que generalmente usan los diversos instrumentos de medicion que se utilizan en electricidad o electronica.

- No me digan ahora que lo vamos a picanear.- protesto Octavio observando el artefacto que habia extraido Chino del maletin.

- Acaso vos tenes alguna idea mejor.- replico este.

- No, de seguro que no. No me especializo en esas cosas.-

Chino lo miro con sus ojos brillantes y siniestros, Eran los ojos de un criminal y Octavio lo entendio asi.

- Entonces mejor cerra esa trucha y no te hagas el estrecho- dijo al fin.

- Bueno a ver si se calman.- era Nico quien hablaba- es a este a quien me interesa escuchar. No a ustedes.-

Se sento Nico al borde de la cama mirando fijamente el rostro estropeado de Julio.

-Vamos a ver.- dijo despues de unos segundos, en un tono que podriamos llamarlo paternal.- Vamos a ver si nos ponemos de acuerdo. No me gusta lastimar a nadie, me gustaria que pudieses comprender eso. Soy un tipo bueno. Me creo un tipo bueno, en serio te lo digo. Vos crees que me gusta hacerte todo esto. No, si lo crees estas equivocado. Muy equivocado. No tenemos deseos de hacerte daño; pero eso si, queremos que nos contes todo lo que sabes.-

Se observo como el prisionero se esforzaba por tragar saliva. Estaba asustado. Al hablar su voz entrecortada delataba el miedo que lo dominaba.

- No se que es lo que quieren...Les he dicho todo lo que se.

- No viejo. Eso no.¡ Vamos! Vos sabes mucho mas que eso. No queras pasarte de piola y hacernos pasar por pelotudos. Sabemos que sos un hombre importante aqui en la zona. Asi que tenes que saber mucho mas de lo que dijistes. Estamos enterados que hay infiltrados en todas partes. En los sindicatos, en la municipalidad, hasta en la policia. Si, si. Sabemos que hasta en la policia hay gente de ustedes. Ahora bien, solo queremos que nos digas los nombres. Nada mas. Eso es, los nombres. Los anotamos y todos contentos. Despues te dejamos ir.No ves que sencillo que es todo.-

Julio lo miro con su ojo sano. Le molestaba la luz de la lamparita que le daba de lleno en la cara; pero mas le molestaba los amarres de alambre.

- No se nada...nada...- dijo, moviendo lentamente la cabeza a ambos lados como si quisiera corroborar con esa accion sus palabras.

-¡ Maldito hijo de puta!- estallo Nico con furia aplicandole un brutal puñetazo en el ojo impedido del abogado, que al recibir el impacto gimio dolorido. Se levanto luego dirigiendose a Chino que lo miraba con expresion abyecta. Las pupilas de este parecian haberse empequeñecido mas de la cuenta y reflejaba la alegria animal que brotaba de lo mas recondito de su mezquino ser.

- Te lo dejo en tus manos.Empeza con treinta voltios, y si se pone porfiado, le vas subiendo.Dejamelo en condiciones- ordeno Nico.

- Esta bien- contesto Chino. Empezando a hacer los prepativos. Conecto el enchufe a la linea de doscientos voltios. Saco del maletin unos guantes aislantes de goma con los que cubrio sus manos. Todo lo hacia con la calma propia de un cirujano en sus momentos previos a una operacion.

- ¿ Asi que no queres cantar pichon,eh?- exclamo, acercando la punta del cable rojo al cuerpo del abogado. Quien aterrorizado dilataba al extremo el unico ojo que podia abrir. Atado como se encontraba el prisionero no podia ofrecer ninguna resistencia.

- ¡ Escuchenmen...! No tengo nada mas que decirles. Dejenmen por favor. Tengo una hija... ¡ Por favor!- suplicaba desesperado.Tratando inutilmente de liberarse

mientras practicaba ridiculas contorsiones que no hacian mas que hendir en sus carnes los alambres con los cuales estaba atado.

Chino acerco la punta a los testiculos del prisionero lanzando una risita enfermiza cuando el abogado se quejo en un brusco estremecimiento. Durante unos cinco minutos estuvo picaneando sin misericordia el cuerpo del abogado en sus zonas mas delicadas. Una expresion de placer se reproducia en sus facciones cada vez que aplicaba la punta y este se sacudia clamando de dolor. A una orden de Nico se detuvo.

- Muy bien.¿ Que tenes que decirme ahora?.- volvio a preguntar al prisionero.

Julio se paso la lengua por los labios. Se hallaba empapado de sudor.

Su lengua se movia torpemente, parecia no responder con correccion a sus impulsos. Tenia el rostro desencajado de terror. Le costo un tiempo reponerse y poder hablar.

-Ustedes no me creen...por favor...yo no puedo decirles nada mas. Yo no se nada mas...nada mas...- hablaba con lentitud, con frases entrecortadas.

Nico levanto los brazos en un gesto de contrariedad. Su rostro reflejaba la ira que lo dominaba.

-Este hombre no sabe mas de lo que ha dicho- dijo Octavio, pasandose un pañuelo por la frente y secandose la transpiracion. Todo su cuerpo se encontraba en tension. Consideraba aquellos cinco minutos como los mas largos de su vida. Habia seguido el espectaculo con repugnancia. En un momento se le cruzo por la mente intervenir con el fin de interrumpir el martirio de aquel desgraciado; pero el miedo lo detuvo. Una rafaga de miedo que lo envolvio como un velo helado al verse rodeado de seres que parecian haber sido arrancados de una estampa apocaliptica. Aquel miedo habia paralizado su cerebro clavandolo en su sitio, como una estaca, sin tomar determinacion alguna.

- Si que sabe,si. Es caprichoso no mas. Eso es lo que pasa. Segui no mas Chino. Dale con todo. Vamos a ver quien resulta mas caprichoso- respondio Nico.

- No, por favor. No me maltraten mas. Ya no puedo aguantar mas- suplico Julio, sus palabras brotaban mezcladas con sollozos.

Chino se acerco dibujando una mueca de placer.

- Conque te haces el duro che.- exclamo, acercandose y tomandole el pene.- Yo te voy a ablandar- retiro el prepucio hacia atras dejando el glande al descubierto,luego froto este con alcohol mientras su victima lanzaba escalofriantes alaridos de dolor. Despues introdujo un pequeño tubito de goma por la uretra como si fuese una sonda, para pasar por el mismo la punta de la picana hasta donde le fue posible.

Un salvaje grito broto de la garganta del prisionero. Se sacudio con desesperacion moviendo la cabeza a ambos lados como si quisiese golpearse con la misma en alguna parte hasta partirsela en dos. Despues callo,quedando quieto. Una baba espumosa escapaba por su boca.Un silencio profundo inundo el ambiente.

Por una fraccion de segundos los hombres se miraron sin atinar a decir nada. Fue Nico quien rompio el silencio.

- ¿ Se desmayo?- pregunto, dirigiendose a Chino que todavia sostenia en una mano el pene de su victima y la picana en la otra mientras lo miraba con expresion estupida.

- ¿ No lo habran matado?- comento Anibal acercandose a la cabecera de la cama.

- Creo que no andas muy lejos en lo que decis.- observo Pancho acercandose tambien.

-Octavio no se movio de su lugar. Estaba nervioso y temblaba como una hoja. Pero esta vez no era miedo lo que lo embargaba sino una furia que parecia acrecentarse en su interior. Los labios los apretaba con fuerza tratando de contener el estallido que presentia que de un momento a otro se iba a producir.

- Esta muerto.- dijo Nico.Mirando a los ojos del Chino.- Te pasastes esta vez.-

Chino se encogio de hombros.

-A esta gente no se la puede tratar como si fuesen niñas- manifesto.

-¡ Maldito asesino!-

Era Octavio quien habia gritado. Como una tromba se lanzo contra Chino golpeandolo con sus puños en el rostro y en el bajo vientre. Nico trato de detenerlo y tambien fue golpeado en pleno rostro,siendo lanzado contra la pared y azotandose la nuca. Octavio parecia un torbellino maltratando a quien se le pusiese por delante. Fue Pancho quien lo llamo a la quietud. Un puñetazo en los riñones brutalmente aplicado desde atras, lo arrugo como si fuese un trapo viejo. Un nuevo golpe, esta vez en la nuca, con ambos puños en forma de maza lo lanzo al piso dejandolo inconsciente.

-¿ Que le pasa a este hijo de puta?- exclamo Nico tocandose el labio que comenzaba a hincharse por el golpe recibido.

- Creo que no le ha hecho bien el espectaculo.- contesto Anibal saliendo en su defensa.

- Vaya con los maricones que nos traes. Y ahora que hacemos con el.-

- Despachemoslo. Que le haga compañia al otro.- farfullo Chino, con la rabia concentrada en sus pequeñas pupilas.

- No, eso no. No lo creo conveniente Nico. El muchacho es de los buenos. Que no estaba preparado para esto es otra cosa. Pero que es de los buenos, es de los buenos. Te lo puedo asegurar. Ademas es muy posible de que su mujer estuviese enterada de que saldria conmigo. Si le pasa algo me puedo ver en problemas. Mejor es hablar bien con el Hablandole bien lo va a comprender. Gil no es. Dejamelo Nico.-

- Como queras. Es todo tuyo. Pero explicaselo todo con cuidado. Ya sabes como son las cosas aqui, a los tipos que se les descorre el pico terminan con un relleno de plomo en un zanjon.

- Esta bien Nico- respondio Anibal, agachandose para tomar a su amigo que
yacia en el suelo y arrastrarlo hasta una de las partes laterales de la comoda donde apoyo sus espaldas, para comenzar a reanimarlo con leves bofetadas.

Lentamente se fue haciendo la luz en la mente de Octavio. Lentamente hasta que pudo dibujar con cierta nitidez la figura de Anibal.

.....

Amanecia. Los primeros albores despuntaban hacia el oriente. Una brisa suave fresca venia del rio.

Octavio descendio del colectivo. Mientras se alejaba el transporte, saco del ojal de su solapa el boleto del viaje que tenia por costumbre colocar en aquel lugar. Hizo una bolita con el, tirandolo luego contra el encintado de la acera, el boleto cayo sobre las aguas sucias que se deslizaban a un costado del pavimento para despues abrirse lentamente al tomar contacto con el agua, luego navego llevando su destino hacia la pronta alcantarilla.

Su vivienda se hallaba a unos cincuenta metros de distancia. Encamino sus pasos en aquella direccion. Al llegar a la entrada de la misma saco de uno de sus bolsillos las llaves de la casa abriendo la puerta de entrada. Un pasillo estrecho lo condujo hasta un amplio patio. Era una de esas casas viejas, tan comunes en la zona, cuyas edificaciones fueron levantadas a fines del siglo anterior y que en la actualidad se caian a pedazos, descascaradas como la corteza de un arbol viejo, agobiadas por el peso de los años.

Tres familias vivian en ella. La casa era grande, contaba con bastantes habitaciones. Octavio alquilaba junto con su familia dos de ellas, una era utilizada como dormitorio. La otra la mas pequeña, se usaba como cocina, tambien como comedor. Habia un solo baño en la casa y era comun para todos.

Abrio la puerta de la habitacion que destinaban como cocina comedor pasando a su interior. Encendio la luz, miro el reloj que habia sobre el armario, las seis y veinte. Pronto se levantaria su esposa. Giro una de las llaves de gas de la cocina acercando la llama de un fosforo a una de las hornallas, luego coloco una pava llena de agua a calentar.

Vio a traves de la ventana a Doña Carmen. Era una de las inquilinas, se dirigia al baño. Vestia una bata rosada y llevaba un orinal en su mano izquierda.

Se sento a pensar en todo lo sucedido. Habia sido una noche de infierno. Una maldita noche negra. Recordo al abogado, las escenas vividas en aquellas horas de terror. No podia apartar de su mente la expresion de horror que aquel hombre habia plasmado en sus facciones al morir. Lo que habia venido despues, como habia sido colocado el cadaver en una bolsa de celofan para luego llevarlo a un

apartado de la ruta y arrojarlo a un costado de la misma como quien se desprende de un bote de basura.Le costaba creer que habia sido testigo de aquellas escenas.Que hubiese vivido aquellos momentos. Tenia miedo. Sabia que se habia metido en algo grande. No habia echado en saco roto las advertencias de Anibal. Aquel personaje, quien llego a suponer que era su amigo.” Un paso en falso, una palabra, tan solo una que se te escape, y tu vida no vale dos centavos” le habia dicho. Tendria que andar con cuidado. Lo de aquella noche era para sepultarlo en lo mas recondito de su mente. Y aun con eso no estaba seguro de que aquellos sujetos no se decidiesen a liquidarlo cuando les viniese en ganas. Maldijo el momento en que se habia dejado llevar por las exhortaciones de Anibal. Nunca hubiese sospechado que el ser humano pudiese oscurecer su raciocinio guiado por corrientes doctrinarias, hasta perder sus principios morales para hundirse en aquellos insospechados parajes de la brutalidad.

El agua ya contaba con la temperatura necesaria. Por lo que disminuyo la salida de gas poniendo la llave al minimo luego de colocar la pava a un costado de la hornalla.

Echo yerba al mate acomodandola con la bombilla hasta asentarla. Encendio la radio a pilas que se encontraba en una esquina del armario. Queria escuchar musica, algo que lo entreteniese, algo que le hiciese olvidar toda aquella truculencia que se agolpaba en su mente en forma delirante. Tocaban un tango asi que lo dejo en aquella estacion. Retiro del fuego la pava sirviendose el primer mate. De uno de los cajones del armario saco un paquete de galletitas de agua sirviendose una de ellas. El tango habia terminado y ahora un locutor pasaba avisos comerciales. Se sirvio el segundo mate, luego movio el dial buscando otra estacion. Entonces se encontro con aquella cancion. La habia escuchado otras veces. Muchas veces. Era propaganda del gobierno. Se la podia escuchar en cualquier emisora de la cadena de radiodifusion. A la mañana,al mediodia a la noche. Se concentro en su letra:

“ Que lindo es ser argentino y sentirse asi.

Unidos como hermanos sabemos convivir...
Argentinos en cualquier lugar, gritan fuertes
su verdad.....
Que lindo es ser argentino y sentirse asi.
Unidos como hermanos sabemos convivir."

Finalizada la cancion, sintio que todo su cuerpo comenzaba a estremecerse.Algo estallaba en su interior fragmentandose en mil pedazos mientras las lagrimas comenzaban a brotar a raudales de sus pupilas. Se encontro gritando entre amargos sollozos los que mas bien parecian alaridos de bestia herida.

-¡ Malditos embusteros, malditos embusteros ! ¡Malditos embusteros!

Cuando entro Francisca, su mujer, aun continuaba gritando entre sollozos.

-¡ Malditos embusteros,malditos embusteros!

.....

Pena Capital

Lunes ,10 de mayo de 1999

A Quien Corresponda:

La realidad puede ser algo hermoso, cruel, sucio , aterrador. En la gran mayoria de los casos, nuestra sociedad solo gusta de acariciar aquellos temas que descansan en la superficie de la misma. Profundizar es tabu. Mejor no tocarlos ¿ Para que ? Es como mirarse al espejo y de pronto descubrir que no

somos lo que se refleja. Mejor vivir en el engaño ,pensar que somos divinos, que estamos hechos a la imagen de Dios , diferentes a esos antropoides que viven encaramados a los arboles saltando de rama en rama, a las fieras sanguinarias que viven escondidas en el follaje prestas a dar el primer zarpazo. La vanidad del ser humano es inconmensurable, llevandolo a vivir en el engaño, en la mentira,en la fantasia, tratando de evadir la superficie donde el habita para volatizar su imagen material, en su afan de ganar ciertas alturas donde por su natural peso gravitacional nunca podra realizar. Nuestra especie tan solo cumple una mision dentro del espacio cosmico, no menos importante es la mision que cumplen otras especies,algunas de ellas tan insignificantes a nuestra apreciacion, que no vale la pena perder el tiempo en mencionarlas. Nos creemos seres pensantes porque hemos creado cosas, sin razonar, que nuestra creacion es el producto de lo que la naturaleza nos permite crear. Solo somos el vehiculo. La naturaleza es quien crea y nos hace creer que somos los responsables. Ella nos llevo a crear a Dios y lo mas ridiculo es que en nuestra egolatria, creamos un Dios a nuestra imagen. Como si nuestra especie fuese la perfeccion terrenal. Lo que terminamos por creer. Como si ese Dios, en su recondito espacio donde El se encuentre, tuviese tiempo suficiente para prestar atencion en la inmensidad del Universo, a ese minusculo atomo denominado especie humana, que radica en un planeta, dentro de un sistema solar, que es parte de uno de los millones de sistemas que conforman esa lejana galaxia bautizada en la antiguedad como la Via Lactea.

Muchas veces he chocado contra la fatuosidad del ser humano. Su petulancia de llamarse racional, su preponderancia por considerarse entre las especies el eje principal a traves del cual gira el resto de la existencia. Infinidad de veces he tratado de convencer a estos personajes que la especie humano no es mas que parte de un todo, que en conjunto creamos el balance para poder subsistir, que si hemos llegado donde estamos es porque la naturaleza nos ha impulsado a ello. Pero el ser humano a diferencia de otros seres, pretende razonar, convirtiendose en un ente obsecado e intransigente, dificil de compenetrar. Y asi, en su incomprension, llegara el dia en que pasara a la historia, como paso la era de los dinosaurios. Agregandose otro eslabon mas a la arcaica historia de nuestro planeta. Pero hay algo que quisiera aclarar antes de terminar esta nota. En estas selvas, saturadas de fieras y alimañas ponzoñosas, me siento en paz consigo mismo, formando parte de la naturaleza. Mas tranquilo en este medio de seres irracionales , que junto a la maldad de aquellos que se autodenominan, humanos, civilizados y racionales.

Paul Lucas

Aldea Yanomami a orillas del rio Catrimani, Estado de Roraima, Brasil

Jueves 13 de abril de 1989. Prision Estatal de....

Las paredes grises daban un aspecto tetrico al recinto. La celda era compacta sin ventanas.Una abertura cruzada de barras en la parte superior

de la puerta de hierro, era el unico espacio que comunicaba al exterior. El hombre tenia la vista clavada al piso. Viajando con su conciencia. Por largo tiempo estuvo asi, luego cerro los ojos y suspiro. Inicio de que volvia a la realidad. Las seis de la mañana, se dijo. La ejecucion estaba programada para las ocho. Faltaban un par de horas.Siempre habia sido superticioso. Nunca le gusto el numero trece. Llevaba siete años esperando aquel dia. Por años habia visto como pasaban otros que llegaron antes que el. Hasta llego a pensar que nunca le tocaria. Habia sido condenado a la pena capital por asesinar en un asalto a una pareja de ancianos. Despues la policia le cargo tres crimenes. De aquellos era inocente; pero de que valia si ya todo estaba cocinado, igual lo iban a mandar al infierno.La policia le colgo tres muertes de la cuales era ajeno. Sin embargo nunca lo cogieron por los dos estudiantes muertos en el parque, ni cuando asesino al sacerdote catolico que lo atrapo robando en la Iglesia del Sagrado Corazon. Sin contar que a los trece años, habia enviado a su padrastro en un viaje sin retorno. En fin, no era tiempo para pensar en esas cosas, ya todo se habia dado.

Estaba sentado al borde de la litera por lo que se levanto para dar unos pasos. El reloj sobre la mesita situada a un costado de la misma, daba las seis y cuarto, ¡ Demonios ! Como pasaba la hora. El mes que viene cumpliria cuarenta años.Cuarenta puercos años. Se sento nuevamente. La litera parecio gemir ante su peso. No queria pensar, miro el reloj, las seis y veinte. Se agarro la cabeza cerrando los ojos ante la realidad que se avecinaba , el panico se apodero de el, un panico enfermizo.

Por largo tiempo estuvo asi. Lo hubiese estado indefinidamente si no hubiese escuchado que alguien trataba de abrir la cerradura de la puerta. Alzo la vista mirando el reloj. Las seis y cincuenta y cinco. Todavia no era la hora. ¿ Que estaba pasando? Su corazon se acelero como si fuese a estallar.

La puerta se abrio y reconocio a Harry, era uno de los guardianes de aquella seccion. Lo conocia desde que llego ahi. Hombre mayor, le faltaba poco para retirarse.

-Hola Jimmy. ¿ Como estas?

Detras de el observo la entrada de un hombre alto y de buena presencia. Le calculo unos treinta años, tenia ojos verdes de mirar bondadoso y vestia un riguroso traje oscuro.

- ¿ Como crees ?

- Entiendo. El es el reverendo Paul Lucas. El director le dio autorizacion para hablar contigo. Sabemos que no practicas ningun tipo de religion, pero el insistio. Es tu decision si quieres conversar con el o no.

Jim Miner ladeo la cabeza fijando su atencion en el visitante.

-¿ Hablar ? ¿ Por que no ? - indico ,encogiendose de hombros. En el poco tiempo que me queda no puede hacerme mal hablar con alguien-

- Muy bien. Cuando lo crea conveniente reverendo llameme.

- Asi lo hare.- respondio el aludido con cordialidad.

Despues que se hubo retirado el guardia, un silencio molesto se posesiono del ambiente. La litera y la pequeña mesa era todo el mobiliario que adornaba la desnudez de la celda.

- Aqui no hay muchas comodidades- dijo el visitante poniendose de cuclillas contra la pared.

- Asi es. - poniendo atencion al religioso pregunto-¿ Cual es su iglesia?

- Los Nuevos Hijos De Cristo-

- Es la primer vez que escucho hablar de ella.

- No lo dudo. Somos un grupo nuevo que nacio de la disidencia que se origino en el seno de otro grupo religioso que no vale la pena mencionar. Pero no creo que eso sea importante, no en estos momentos. Lo que me gustaria es es que supieses de donde vengo.

-¿ De donde ?

- Black Rock , en el Estado de ....

Un estremecimiento involuntario sacudio al presidario.

-¿ Black Rock? - habia sorpresa en su voz.

- Si , Black Rock. El mismo pueblo que te vio nacer hace casi cuarenta años.

-¿Quien lo envio ?

- Nadie. Me han dicho que tienes parientes. Hermanos creo. De eso me entere hace poco. Pero no, tu caso lo vengo siguiendo desde hace un par de años. El mismo tiempo en que se me asigno la parroquia.

-Si, tengo dos hermanos- comento Jim Miner, mas bien como si hablase consigo mismo. Creo que el mas chico todavia vive en Black Rock. Al menos, esa era la direccion que tenia su ultima carta.Claro....-hizo un gesto vago- eso fue hace tres años.

-Comprendo. Pero no, no me ha enviado nadie. Tu caso me intereso desde que tuve noticias de el. Primero, por enterarme que habias nacido en Black Rock, el mismo lugar donde inicie mi ministerio religioso. Segundo, lo que en mi concepto es lo mas importante, porque lo llevo dentro de mi desde que tengo uso de razon, mi discrepancia a esa ley existente en nuestra sociedad que cuenta con el derecho de condenar a un ser humano a la pena capital. La vida es un don preciado que Dios nos da y que solo El puede arrebatarnosla. Si algun dia el ser humano pudiese crear la vida, entonces tal vez podria argumentar el derecho a quitarla. Mientras tanto, no. Solo el Creador es El Dueño absoluto de esa decision.

-¿ Puedo hacerle una pregunta ?

- Tu diras.-

- ¿ Como dijo usted que se llamaba ?

-Yo no lo dije, Harry el guardia fue quien lo dijo. Me llamo Paul, Paul Lucas.

-Reverendo Lucas, ¿ Que lo trae a usted realmente por aqui ?

- Conocerte.-

- ¿ Es usted un activista ?

- Podrias llamarlo asi. Pero no estoy solo en esto. Somos un grupo numeroso que lucha en este pais por una Ley Federal que elimine la pena de muerte en todos los rincones de nuestra nacion. En ese grupo vas a encontrar, eclesiasticos, intelectuales, congresistas. Dia a dia nos encontramos mas fuertes.Y no esta muy lejos el dia en que podamos cumplir nuestro objetivo e erradicar esa equivocada legislacion de nuestra sociedad. Tu probablemente no

estes informado de ello, pero hicimos lo imposible por poder salvar tu caso. Anoche hable precisamente con el gobernador del estado tratando de suspender la ejecucion, fue en vano. Hace dos dias el senador Newton apelo tu caso ante el Presidente de la Nacion, tambien fue inutil. Somos muchos los que han querido ayudarte.-

Jim Miner echo una ojeada al reloj.

- Pues no creo que tenga nada que agradecer reverendo. Dentro de media hora me achicharran.

-Fueron cinco muertes- indico Paul Lucas, meneando la cabeza.-

-Tan solo dos reverendo. Las otras tres me las adornaron.-

-Como sea, no creo que el numero haga la diferencia.-

- Es verdad- asintio. Guardando unos segundos de silencio. Luego dijo- Ya no nos queda mucho tiempo. No se si habra gente que se acuerde de mi en Black Rock. Si la hay, despidame de ellos.

-Lo tendre presente.Tratare tambien de localizar a tu hermano.¿Como se llama?-

- Michael. En casa lo llamabamos Babe. Creo que todavia lo llaman asi. -

Paul Lucas experimento una vaga emocion. Habia mucha amargura en las palabras del condenado.

-Tratare de encontrarlo. Ahora creo que es tiempo de retirarme. Ha sido interesante llegar a conocerte. ¿ Como te sientes ?-

Una amarga sonrisa se dibujo en los labios del condenado.

-Con mucho miedo.

- Se que no eres creyente. ¿ Pero crees que pueda servirte de algo este crucifico ?

El presidario miro la cruz que Paul Lucas le ofrecia.

- Gracias reverendo. No creo que a estas alturas eso pueda ayudarme.-

Paul Lucas no respondio guardando el crucifico para despues llamar al guardia

Eran las siete y cuarenta cuando lo vinieron a buscar. Mientras caminaba hacia su fin por aquellos pasillos del presidio con media docena de guardias a su lado, penso en los viejos que habia asesinado.Penso en las tres muertes que le habian imputado y de las cuales era inocente. Penso en las muertes de los dos estudiantes del parque y la del sacerdote catolico de las cuales si era culpable. Penso en su padrastro. Y por su mente pasaron fugaces cuadros del pasado. Habian viajado a la Gran Ciudad. Su madre, su padrastro, su hermano mediano y el. Babe habia quedado en Black Rock con la abuela. Rentaron un cuarto de hotel. La primer noche su padrastro se esfumo, Dios sabe con quien. Regreso a la madrugada borracho como una cuba. Cuando su madre lo reprobo la emprendio a golpes con ella. El se interpuso y lo unico que consiguio fue que lo golpease brutalmente. Hasta Chris, su hermano, recibio aquella noche parte de la dosis. Tenia trece años y juro vengarse. La ocasion se presento al dia siguiente. Su padrastro lo llevo a visitar a un pariente que tenia en la Gran Ciudad, fue estando en el Metro cuando sucedio. Un mundo de gente esperaba la llegada del tren, su padrastro como muchos se hallaba al borde de la fosa ansioso de ser uno de los primeros en entrar. El se encontraba detras suyo, apretujado, asfixiado entre esa multitud nerviosa.

Todo fue instintivo, escucho la maquina haciendo su entrada. Recordo lo sucedido la noche anterior y no lo penso. Fue tan solo un empujon. Vio como caia sobre los rieles, su desesperacion, como clavaba su mirada en el. Su padrastro lo comprendio todo antes de que el Metro le pasase por encima.

Aun pensaba en el cuando a las ocho de la mañana del jueves 13 de abril del año 1989 el encargado de llevar a efecto la ejecucion, acciono los dispositivos para liberar los dos mil cuatrocientos voltios que calcinarian su naturaleza.

Domingo 16 de abril del año 1989. Parroquia de Los Nuevos Hijos De Cristo. Ciudad Black Rock.

Aquella habia sido una de sus mejores predicaciones. La congregacion de fieles aquel domingo,rebaso toda suposicion. La sala de la parroquia estaba llena. Nunca en los dos años que llevaba en aquel pueblo habia sucedido algo asi. Todo el mundo en Black Rock quiso ver y escuchar al hombre que habia visto a Jim Miner en sus ultimos momentos. Y eso lo considero positivo, porque en aquel cauce, tuvo la oportunidad de tocar el tema del cual el, era uno de sus abanderados. La abolicion de la pena de muerte. Hablo con pasion por tres cuartos de hora. Sus palabras absorbieron la asistencia y cuando finalizo y recorrio con su mirada aquellos rostros pensativos, supo que habia llegado hasta el fondo de sus corazones. A un costado del pulpito, sentada frente al organo, se hallaba su esposa rodeada del coro, un grupo de muchachas adolescentes que escondian sus figuras bajo una tunica celeste.

-Pagina mil ciento ochenta - indico, abriendo la Biblia- Primera Epistola De San Pablo A Los Corintios capitulo trece “ Himno A La Caridad” Su voz grave comenzo la lectura, mientras su esposa ejecutaba una conocida melodia religiosa acompañada del coro de niñas, sirviendo asi de fondo musical.

Veinte minutos despues, todo habia terminado. Por mucho tiempo en Black Rock, se recordaria aquel domingo. Como siempre pasa en estas cosas, algunos estarian de acuerdo con lo que se dijo, otros no. Pero eso lo sabia Lucas. El mundo es una coctelera de contradicciones. El asunto era luchar. El tiempo daria la respuesta. Mientras reflexionaba sobre esto inicio la etapa final. Despedir la concurrencia.

Era la una de la tarde cuando el encargado de la limpieza despues del oficio vino a decir que su trabajo habia concluido.

- Muy bien Billy. ¿Acomodastes el cuarto de utileria ?

- Por supuesto reverendo.

-¿ Y las entradas ?

-Unicamente la del frente he dejado abierta.

- Esta bien. Esa la cierro yo.

- ¿ Se va a quedar por mucho tiempo reverendo ?

- No,unos minutos mas.

-¿ Puedo retirarme entonces ?

- Seguro Billy. Nos vemos mañana.

- Hasta mañana reverendo.- se despidio el concerje.

Paul se dedico a chequear el equipo de sonido mientras Beth hojeaba partituras. Cuando considero que su reconocimiento habia concluido, apago las luces dejando prendidas sola las de la entrada. Beth dejo sobre el organo las partituras que habia separado para sus futuras practicas y juntos comenzaron a caminar por el alfombrado pasillo que los conducia al exterior. Una tarde nublada se les ofrecio al salir. Hacia el norte, un cielo oscuro presagiaba una futura tormenta.

- Tendremos lluvia- comento Beth.

- Si mi amor. Parece lo mas probable.

Aquello no importaba a Lucas. Tenia mucho trabajo que hacer. Llevaba mas de año y medio trabajando en “Pena Capital” dia tras dia, en su obstinado proposito de lograr despertar la conciencia americana.
“Pena Capital “ cumpliria el proposito. Su escrito llegaria a ser tan impactante como lo fue el manifiesto “Yo Acuso” de Emilio Zola.

Fue justamente en el momento en que cerraba la puerta de entrada cuando escucho que alguien lo llamaba. Ambos se volvieron sorprendidos encontrandose con un hombre joven, rubio y de alargado rostro.

-Perdon- exclamo, mirando extrañado al joven que tenia delante de el.

- ¿ El reverendo Paul Lucas ?-

- En que lo puedo servir.-

El joven vestia pantalon vaquero y camiseta color negro. Llevaba un collar al cuello de donde pendia una pequeña calavera. Sus labios dibujaban una perpetua e ironica sonrisa.

- ¿ Su esposa ? - pregunto ,refiriendose a Beth.

- Si. Es mi esposa.- afirmo Lucas.

- Es muy hermosa.- Sus ojos vidriosos, recorrieron su figura.

Beth sintio como si la estuviesen desnudando y un rubor asfixiante coloreo su rostro.

- Gracias- respondio Lucas, su tono fue cortante.- Pero usted no ha venido aqui solo para decirme eso-.

-Es verdad. Otro es mi proposito. En primer lugar felicitarlo , escuche su platica en el servicio y confieso que me impacto, hombres como usted es lo que necesita este pais.

Lucas volvio a agradecer al joven, aunque en su interior reconocia que le resultaba antipatico, en especial cuando su mirada se posaba con descaro en Beth.

-Ademas- continuo- quiero agradecer que haya estado con Jim Miner en sus ultimos momentos.-

-¿ Lo conocia?-

- Era mi hermano?-

Lucas pestañeo sorprendido.

-¿ Entonces tu eres...?-

-Michael.-

- ¿Babe?-

- Lo mismo da. Ya veo que mi hermano le hablo de mi persona.-

-Si. Lo hizo. Le prometi buscarte. Veo que no va a hacer necesario. Me gustaria poder hablar contigo. Claro, no aqui. En otra ocasion. Puedes venir a la parroquia yo me encuentro todos los dias de....-

- Descuide reverendo- le interrumpio- No va a faltar momento en que nos volvamos a ver.Especialmente despues de haberlo conocido personalmente a usted y a su adorable esposa.-

Se volvio hacia Beth ofreciendo su mano.Obligando a ella a extender la suya.

- Ha sido un placer conocerla señora- saludo, reteniendo su mano para despues retirarla en una lenta caricia.

Beth sintio que sus piernas se aflojaban, su rostro se habia encendido. El se dio cuenta y su sonrisa se hizo mas pronunciada. Estrecho la mano de Lucas en una accion ligera. La mano humeda, el apreton laxo, el mirar huidizo, hicieron comprender a Paul que el hermano de Jim Miner, no era hombre de confiar. Lo vio perderse a traves de la playa de estacionamiento de la parroquia, dejandolo con una inquietud que no supo definir.

-¿ Te sientes bien mi amor ?

Beth tenia los labios crispados. Su estado de exitacion era notable y el se dio cuenta de ello.

- Que tipo mas extraño- murmuro.

-Si, no cabe duda. Es un tipo extraño.-

Luego le paso su brazo a traves de sus hombros.

- Vamos- le dijo cariñoso- Tu madre y nuestra hija nos estan esperando.

Jueves 20 de abril del año 1989. Residencia del reverendo Paul Lucas.

“Y nuestra sociedad terminara comprendiendo que la llama de la vida, unicamente podra ser apagada bajo el soplo bendito de nuestro Creador”. Paul Lucas libero la hoja de la maquina de escribir. Era el final. La pagina trescientos setenta y ocho que completaba el total de “Pena Capital”. El manuscrito que golpearia la conciencia americana y que con la bondad del Señor, conduciria a derogar en todo los estados de los Estados Unidos, esa aberracion social. La pena de muerte. Año y medio de trabajo , innumerables entrevistas, cientos de datos y anecdotas que abarcaban desde los albores de la historia americana. Eso era “Pena Capital” Un grito a la razon para aniquilar un sistema que bien podria llamarse “Crimen Legal”.

Acomodo las hojas del manuscrito,llamo al senador Newton comunicandole la conclusion de la obra El senador Newton era uno de los mas interesados. El era quien se haria cargo de la edicion y de la publicidad. Habia supervisado su trabajo con entusiasmo en los ultimos tiempos felicitandolo por el mismo, llegando al extremo de comprometerse a regalar un ejemplar a cada congresista “Vas a ver Paul” habia dicho.” Cuando lean esto, no habra nadie en el Congreso que se oponga,¨“ Pena Capital “ iluminara las mentes opacas dando lugar a un nuevo concepto en nuestra legislacion. El nacimiento de la Ley Newton que suprimira para siempre esa denigrante ley, la pena de muerte. “ Paul Lucas sonrio al recordar esto.

Eran las nueve al finalizar la cena. Doña Betty fue la primera en levantarse tomando la niña en brazos.

-Vamos, dale un beso a tus papas que ya es hora de ir a dormir.

La niña corrio hacia los brazos de Paul y mas tarde a los de Beth cumpliendo la orden.

-Hasta mañana papito, hasta mañana mamita- saludaba con su vocesita, al tiempo que se retiraba acompañada de su abuela, lanzando besos a puñados con sus manitas.

Al quedar solos, se toco el mismo tema del cual se habia hablado en la cena. “Pena Capital.“ Su publicacion, sus consecuencias, su destino. Hablaron cerca de media hora. Ambos irradiaban alegria. El, por ser quien lo habia escrito. Ella, por el orgullo de ser la esposa del autor. Al levantar la mesa, el se dirigio a la biblioteca, ella comenzo a ordenar el comedor. Su madre se hizo presente para ayudarla.

-¿ Se durmio Diana ? -pregunto.

-Si. Me costo un poco pero se durmio. Es un angel.- halago la mujer. Beth sonrio. Hacia dos años que su madre vivia con ellos. Desde que su padre fallecio. En aquel entonces Diana contaba seis meses. Fue una gran ayuda.

Cerca de las once apagaron las luces, Doña Betty se dirigio a su cuarto, Beth decidio que se merecia un baño. Queria estar muy especial aquella noche. Al entrar al dormitorio por un camison de dormir, vio que Paul por enesima vez, hojeaba el manuscrito.

El agua tibia al recorrer su cuerpo, la excitaron, haciendole recordar caricias. Hacia tiempo que no desahogaba su naturaleza, Paul habia estado muy atareado en la composicion de su obra. La fragancia absorbente del perfume

inundaba todo su cuerpo cuando salio del baño. El camison de noche era color turquesa y su transparencia dejaba traslucir la perfeccion de su figura, en su afan de entusiasmar su hombre, prescindio de las bragas. Al entrar al dormitorio encontro a Paul sentado sobre la cama con una tijera en sus manos y totalmente concentrado en las uñas de sus pies.

- Mi amor,- exclamo, sin levantar la vista- tengo una uña que creo que se me esta por encarnar.

Ella se sintio desfraudada. Su entrada no llego a contar con la apoteosis que hubiese deseado.

-Por fin- exclamo Paul, finalizando su trabajo de pedicuro. Luego deposito las tijeras sobre el manuscrito que se hallaba sobre el velador. Fue entonces cuando descubrio a Beth al extremo de la cama. No pudo reprimir un gesto de admiracion. Ella comprendio que lo habia impactado.

-¿ No te conocia ese camison? -.

- Lo compre no hace mucho, queria darte una sorpresa.¿Te gusta?- Habia mucha alegria en sus ojos.

El penso que era atrevido. Pero no quiso apagar el brillo de dicha en las pupilas de Beth. No aquel dia.

-Si,es bonito - respondio.

Beth se introdujo entre las sabanas, su deseo la llevaba a un nerviosismo que trataba de disimular. Su naturaleza timida, siempre habia sabido esperar, nunca habia sabido tomar la iniciativa en estos casos. Era parte de su educacion. Miro a su marido, vistiendo tan solo aquellos anatomicos, con aquel

pecho velludo y bien conformado,sintiendo que la circulacion de la sangre se aceleraba en su interior.

-Es muy rico ese perfume- dijo el.

- Gracias- respondio Beth, mostrando la blancura de su dentadura en una amplia sonrisa.

Paul la miro a los ojos . Aquellas pupilas de un celeste divino. Miro su rostro angelical.” Es como una virgen” penso. A veces sus reflexiones iban tan lejos, que se decia que si el Señor decidiese bajar a la Tierra como lo habia hecho dos mil años atras, elegiria a Beth para que le concibiese el Hijo Divino. Se acerco a ella dandole un beso en la frente que hizo estremecer a Beth. Paul Lucas era un hombre radiante aquella noche. Pero tambien era un hombre agotado por el esfuerzo. Su naturaleza estaba muerta como para pensar en el amor. Mañana va a ser un dia largo para mi , se dijo, tengo una entrevista con el senador Newton. Apago la luz y se estiro cuan largo era en la cama. Beth espero por largo tiempo con sus manos cogiendose los pechos. Espero, hasta que los ronquidos de Paul , quebraron el silencio de la noche.

Viernes,21 de abril del año 1989. 1.15 de la madrugada. Residencia del reverendo Paul Lucas.

El resplandor era inmenso. Escucho murmullo de voces. Muchas voces. Habia una luz que lo enceguecia.Trato de caminar pero no pudo. Sus piernas estaban pegadas al suelo. Entonces desperto. No pudo comprender lo que pasaba hasta que las figuras comenzaron a tomar forma. Se restrego los ojos en su deseo

de clarificar su vision. La luz del dormitorio habia sido encendida. Vio cuatro desconocidos portando armas. Se enderezo desconcertado. Beth en esos momentos despertaba desperezandose.

-¿ Que es esto? ¿ Quienes son ustedes?- exclamo interrogante y asustado.

-Reverendo. Me sorprende. Tiene usted mala memoria.-

Dirigio su vista al individuo que habia hablado. Lo reconocio. Era Michael Miner. Babe...

-¿ Que es esto?- bramo.- ¿ Que hacen ustedes en mi casa?

Beth alzando la sabana trataba de cubrirse los pechos visibles a traves del camison.

-Quedamos en que nos volveriamos a ver reverendo.

-Fuera de aqui.- grito furioso avanzando agresivo hacia Michael Miner.- Fuera....

Un gigantesco negro lo detuvo cogiendolo por el cuello y apoyandole en la nuca el frio cañon de un revolver.

- Quieto hermano- murmuro- Quieto hermano. Tengamos la fiesta en paz.

Al sentir el contacto del arma, sintio que todo su ser se desarmaba. Giro su cabeza encontrandose con los ojos llenos de miedo de Beth , por lo que tuvo que bajar la vista avergonzado ante su impotencia.

-¿ Que es lo que quieren ? ¿ Dinero ? Tomen lo que quieran, pero vayansen. No llamare a la policia. Por favor, dejennos en paz.- su voz grave se habia tornado implorante. Se dio cuenta que tenia ganas de llorar.

-¿ Dinero? ¿ Cuanto dinero reverendo? ¿ Un millon de dolares ?

- Yo no tengo un millon de dolares.

Una violenta carcajada fue su respuesta. Sus acompañantes tambien rieron.

-Probablemente no reverendo - seguia riendo al decir esto- Pero esta mujercita si los vale.

-¿ Que esta tratando de insinuar ?

Babe no contesto, acercandose a Beth y arrancandole la sabana de sus manos. Su desnudez, a traves de la transparecia del camison se mostro en toda la plenitud ante la canalla.

-¿Que te parece Polaco, Frank, Mike ?¿ No vale esto un millon?¿Y si los vale por que no tomarlos ?

- Seguro Babe- asintio el negro presionando el cañon en la nuca de Paul.- Seguro.

Beth se habia arrodillado en la cama, roja de verguenza, tratando de cubrirse los pechos con ambas manos. Babe comenzo a quitarse los pantalones. En ese momento hizo su entrada Doña Betty.

-¿ Que es esto Dios mio ? - exclamo al ver la escena que se le presentaba ante sus ojos.

Fue todo lo que pudo decir. Quien respondia al nombre de Frank, la golpeo sin contemplaciones con el arma a la altura de las sien. La mujer cayo despatarrada al piso quedando en un estado semiconsciente. En tanto Babe semidesnudo habia comenzado a profanar con sus manos el cuerpo de una Beth llorosa e implorante. Paul Lucas, con las mandibulas apretadas como

trampas de acero, detuvo a medio camino un sollozo de desesperacion para despues convertirse en un espectador mas.

-Por favor no, por favor no- sollozaba Beth.

Trataba de defenderse del acoso del rufian. Sentia los besos ardientes del depravado, sentia sus manos acariciar su cuerpo , incursionando sus partes intimas. Cuando sintio que la masculinidad candente del canalla se apoyaba en las puertas de su resistencia, empezo a temblar y todo su cuerpo se aflojo. La penetracion fue brutal. Y entonces los presentes fueron testigos de lo inaudito. La mujercita llorosa, delicada, timida; olvidandose de todo, paso a convertirse en una mujer fogosa y deseosa del encuentro carnal, respondiendo a las caricias del violador, con la violencia de la hembra primitiva. Todos fueron sorprendidos, pero nadie lo fue mas que el reverendo Paul Lucas.

-Reverendo lo felicito, tiene usted toda una mujer.- se burlo Babe, comenzando a vestirse despues del acto.

Tendida en la cama, relajada, vencida , los ojos cerrados, Beth parecia no querer ver a nadie. Paul fijo su vista en ella y lo que vio lo dejo perplejo. Aquel rostro no expresaba terror.En cambio si mucha satisfaccion.

-Ahora te toca a ti Polaco- indico Babe.

Esta vez ella no ofrecio ninguna resistencia. Se dejo llevar. Respondiendo al Polaco con menos ardor del que habia desenvuelto con Babe. Frank fue el siguiente.

-Mike tu turno- indico Babe dirigiendose al negro que aun tenia sujeto a Paul por el cuello.

Una expresiva mueca se grabo en el rostro de este, antes de responder.

-Lo siento Babe, no lo tomes a mal. Pero creo que el postre esta bastante manoseado.

- ¿ Que quieres decir ?

- Me gustaria algo mas nuevo- apunto el negro, haciendo un gesto significativo en direccion de Paul.

- Maldito degenerado- rio Babe,- Ya me habian hablado de tus desviaciones. Pues bien, es tuyo. Todo tuyo. Haber muchachos, ayuden a Mike. Este hombre quiere viajar por tierras virgenes.

Paul Lucas estaba muy ensimismado como para darse cuenta de lo que estaba pasando. Vio,como si estuviese en las nubes, como sacaban a Beth de la cama y la dejaban sobre el piso. No se pregunto por que. Tenia su mente en blanco despues de los hechos sucedidos. Fue cuando el Polaco y Frank, lo cogieron de los brazos arrastrandolo hacia la cama, cuando comenzo a reaccionar. Cuando Mike le bajo los anatomicos entonces comprendio. Quiso liberarse, pero el Polaco y Frank no lo dejaron. La estocada fue salvaje, dolorosa. Sintio que lo destrozaban, pero peor al dolor, fue la humillacion.

Consumada la accion, Mike comenzo a ajustarse los pantalones. Los rufianes reian festejando. Paul avergonzado miro hacia Beth. La vio indiferente, despreocupada. Su suegra habia comenzado a reaccionar, tenia sangre coagulada en su mejilla izquierda. Se levanto el anatomico saltando fuera de la cama. Los cuatro rufianes continuaban sus festejos. Entonces vio el revolver. Mike lo habia abandonado en el momento de ejecutar sus perversos

instintos. Estaba escondido entre los pliegues de la colcha. La sorpresa lo aturdio, aunque no sabia que hacer. Los malhechores seguian dando rienda suelta a su insana alegria. Mike desatendiendose de el se hallaba a metro y medio de distancia. Las risas y cacajadas llenaban el ambiente. Fue un llanto. La sorpresa de un llanto lo que volvio todo a la calma. Todos se volvieron en direccion a la puerta para mirar la niña que habia interrumpido aquella expansion. Diana, vistiendo una camisa rosada y enseñando la desnudez de su inocencia. Se habia parado bajo el dintel llorando a lagrima viva. Al ver a su abuela corrio hacia ella, pero Frank se le interpuso.

-¡ Pero mira lo que tenemos aqui!- exclamo el gañan,levantando la niña en brazos.

Paul Lucas con los ojos desorbitados miraba incredulo aquella inesperada escena.

- Mira Babe, mira lo que tiene este angelito- le indicaba, apretando los muslos de la criatura.- Sale a la madre. Aunque desde el punto de vista de Mike, el padre no esta nada mal.

Nuevamente la risa volvio a hacer eco en el ambiente.

-A ver,a ver, que es lo que hay ahi.- sus manos comenzaron a buscar la intimidad de la niña.

Aquello era mucho mas de lo que Paul Lucas podia soportar. Enceguecido ,cogio las tijeras de la mesa de luz, la misma que habia usado horas antes para arreglarse las uñas de los pies. Y sin detenerse a pensar, la enterro en el cuerpo de Mike a la altura de los riñones El grito del

negro fue aterrador, quien trato de buscar apoyo contra la pared. Lucas no perdio el tiempo, cogio el revolver de Mike de donde se encontraba apuntando a Frank. El canalla asustado solto la niña que cayo al suelo golpeandose contra el piso. El estampido retumbo en la habitacion. Frank recibio la bala en pleno pecho siendo lanzado contra la pared para despues caer encima de Doña Betty. Mike maldiciendo trato de volverse para agarrarlo, pero ese ser trastornado, enardecido, portando un revolver en su mano izquierda y unas tijeras en la otra, ya no era el reverendo Paul Lucas de la Iglesia Los Nuevos Hijos De Cristo, era otro ser. Un ser milenario regresando desde los origenes de la historia. Sedienta de sangre, la tijera volvio a incursionar en Mike. Esta vez fue el cuello. La sangre del negro broto como si se escapase de un grifo bañando el rostro de Paul. El negro se desplomo como una bolsa de patatas, Babe y el Polaco, no habian tenido tiempo de reaccionar. Todo habia sido demasiado rapido. Paul avanzo hacia ellos como un angel vengador. El Polaco trato de decir algo; pero antes de que articulase palabra alguna trono nuevamente el arma lanzandolo contra la puerta del guardarropa. Paul descubrio que la perpetua sonrisa de Babe se habia borrado de sus labios. El terror inundaba todo su ser. Sus labios temblaban convulsivos. Cuando hablo lo hizo tartamudeando,casi llorando.

- Calma, reverendo,calma- suplicaba aterrorizado- Esto va contra sus principios, usted no puede... No hubo respuesta. El brazo de Paul se movio con rapidez y las tijeras dañaron uno de sus ojos.

-¡ Maldito! Mi ojo- aullo Babe, cubriendose con ambas manos el ojo herido-Mi ojo. Maldito....

El brazo del reverendo volvio a moverse ,esta vez las tijeras se hundieron en el ojo sano. Babe abrio la boca en un estertor. Paul introdujo el cañon del arma presionando el gatillo con indiferencia.

Sentado a los pies de la cama. Paul finalizo su relato ante el Inspector Drake. La casa habia sido invadida por policias. Las luces intermitentes de los autos patrulleros iluminaban el frente de la residencia.

- Por lo tanto estas son las unicas armas.- indico el inspector.

Paul asintio con un movimiento de cabeza. Los cadaveres de los delicuentes habian sido retirados. Tambien se habian llevado a su suegra que a pesar de estar consciente no habia emitido una sola palabra. Una mujer policia habia cogido a Diana arrancandola de aquel cuadro dantesco. En aquel momento, dos camilleros hacian su entrada llevandose a Beth, que al igual que su madre guardaba un silencio enfermizo. Sus miradas se cruzaron, fueron miradas inquisidoras, ella fue quien primero bajo la vista, Paul sabia que en aquellas circunstancias, no habia sido mas que una victima; pero tambien sabia que nunca mas todo seria igual.

- Usted tambien sera llevado al hospital reverendo. Necesitamos que lo examinen- observo el Inspector.

- Entiendo. ¿ Me permite vestirme ?

- Desde luego reverendo.-

Paul se dirigio al guardarropa. Al volverse, vio el manuscrito sobre la mesa de luz. Lo levanto juntandolo con la ropa que llevaba. Ya en el baño, entre cuatro paredes, comenzo a rasgar una a una las trescientas setenta y ocho paginas de ”Pena Capital “ las que fue echando al interior del inodoro, mientras lo hacia, penso que no habia encontrado mejor lugar para depositar “Pena Capital.”

El inspector Drake lo estaba esperando. Fue el quien lo acompaño hasta la ambulancia.

-Nos veremos despues del examen medico- le dijo, habia mucha tristeza en sus pupilas.

Martes 15 de junio de 1999. Aldea Yanomami a orillas del rio Catrimani. Estado de Roraima. Brasil.

Los disparos se escuchan rio arriba levantando reaccion en cadena de pajaros, papagayos, guarachas y monos. Luego silencio. Los hombres se miran entre si. Las mujeres protegen a los niños. El sol cae de pleno sobre la selva. Paul sabe lo que es eso. Los Yanomami tambien lo saben. Garimbeiros. Intrusos que buscan lo que Omame, el Creador del Universo, ha escondido en las entrañas de la tierra Asesinan niños, mujeres, ancianos en su afan de llevarse el dorado metal. Los hombres saben lo que tienen que hacer. Silenciosos, preparan sus armas. Fibra, musculo, sagacidad.Sus figuras son tragadas por la selva cuando abandonan la villa.

La aldea es un circulo de chozas, malocas, alrededor de una plaza central. Las malocas estan casi pegadas, de tal manera, que los techos conicos de hojas de palmera se superponen unos a otros dando la impresion de un gigantesco techo circular, solamente interrumpido por la diametral opuesta entrada a la villa.

En el centro de la plaza, tres hombres maltratados y amarrados con bejuco trenzado, se hallan tirados en el suelo. Son los garimbeiros que los exploradores apresaron en la selva. Miran con odio a la indiada. Ellos ya saben su suerte. Los Yanomami a poca distancia esperan la decision del jefe, el
“ pata“. Paul se acerca al “pata“ interrogante. La mirada del indio se confunde con la del blanco.No hay palabras, no hace falta. El “pata“ le ofrece su machete y armado con el, Lucas se acerca a los garimbeiros. Dos son blancos, rubio uno, pelirrojo el otro, el tercero es mestizo. Rio arriba decapitaron cuatro niños y tres mujeres tirando sus cuerpos despedazados a las aguas del Catrimani. El hombre rubio lo mira extrañado.

- Tu eres de los nuestros - dice en portugues, mirando de frente a Lucas, que desnudo y pintado como un Yanomami desentona con sus ojos verdes y piel clara.Paul no responde levantando el machete con ambas manos “ Hijo de puta” alcanza a vociferar el garimbeiro mirandolo con desprecio. De los otros dos se hace cargo la indiada. Sus cuerpos despedazados seran dejados en la selva para alimento de las fieras.

Abrazado a Ima, su esposa, bañan sus pies en el Catrimani. Ima es hermana del “ pata“, tiene doce años. Tenia once cuando se la dieron por esposa. En otra dimension seria una niña, en tierra yanomami ella es mujer. Lleva tres meses de embarazo. Una gran amistad une a Paul con su hermano, el “pata“. A veces, segun costumbre yanomami, intercambian esposas. El pata le pide a Ima, quien a su vez le ofrece a Titi, su esposa principal y tambien hermana. Aquello para el ha llegado a constituir algo perfectamente natural.

La noche es hermosa. Se siente feliz. Por su mente pasan las palabras del garimbeiro antes de ser muerto “ Tu eres de los nuestros “ Recuerda que yanomami en lengua indigena quiere decir humano. Entonces piensa en aquellos humanos que se hallan aguas abajo. Los que controlan el mundo. Los que se olvidan de Omame El Creador, con sus leyes insensibles, interesadas, asesinas. No, el no es uno de ellos. Y mientras estrecha cariñosamente a su esposa, se convence a si mismo, que el prefiere ser llamado yanomami

.....